



Volver... volver

SAÚL IBARGOYEN

Publicado por TheWriteDeal

Propiedad literaria © 2013 Saúl Ibargoyen

Todos los derechos reservados.

Diseño de portada © TheWriteDeal

TheWriteDeal, New York, NY

DOI: 10.5889.527.214

www.thewritedeal.org

SIMPLE ANOTACIÓN

Este relato novelístico, titulado así en obvia alusión al cancionero popular, y hasta donde la conciencia del autor lo reconoce, pretende agregarse a un cuerpo narrativo que empezó con dos cuentos asentados a lápiz en un cuaderno escolar de la infancia y debidamente ilustrados a varia color. Las páginas marcadas con ligeras rayas azules, para guiar el equilibrio y la horizontalidad de la escritura, protegieron la ineditéz de aquel balbuceo iniciático engendrado en una necesidad creativa, al cabo de décadas, todavía inexplicable. El cuaderno, más que sustituido, sería completado en cuanto sostén material y desarrollo escriturario, por libretas tipo vademécum, por hojas de diversa medida, por boletos de autobús, por espacios y márgenes en libros, revistas y periódicos consultados -siempre en contra de la línea del tiempo- durante quinquenios, aunque la máquina de escribir Remington, de mi madrina Luz, hermana mayor de mi padre, me hizo ingresar a un proceso revolucionario personal, similar al que, en una dimensión aun inmedible, produjo la invención de los tipos móviles de imprenta en la cultura mundial.

Mi madre recordó una vez haber visto unos versos de mi probable autoría, cuidadosamente mecanografiados, de asunto amoroso y seguramente producidos al ritmo de mis hormonas treceañeras. Sin embargo, continué elaborando penosos manuscritos, pero con el respaldo final de una buena pasada a teclado limpio. Mi tía vendió su máquina por motivos de estrechez dineraria, y yo pensé que con el aparato se perdían futuras obras maestras... El señor Tiempo, en diversas épocas, me dio chance de adquirir en cuotas dos máquinas mecánicas y una eléctrica; hoy, Mariluz me enseña cada día, con paciencia nahuatl, el manejo de su laptop; ahora, tecleo estas palabras en un “antiguo” ordenador que me obsequiaran mi áurea amiga Maite y Chelo, su mamá invencible, por lo que soy un torpe “zooinformatikum”, pero el “zoopoetikum” todavía escribe sus versos a mano, para sentir tal vez lo tactable de la sustancias de nuestro mundo, pleno de altas iluminaciones, aunque aún sometido a la vez a una enfermedad expansiva llamada capitalismo salvaje.

En verdad, pensaba añadir un comentario introductorio a esta presunta novela *Volver... volver*, pero bastante trabajo ha sido el haberla soñado, respirado y redactado en pocos meses, gracias a las pulsiones que la amiga Rosanna Yñigo logró desanudar en mí para que unas cuantas e invisibles manos las proyectaran verbalmente en pantalla y papel.

Esta obra está dedicada a las ya nombradas musas, a la memoria de mi padre y también a la nación oriental/uruguaya que aún habita fuera de las fronteras de la República Oriental del Uruguay, así como a mis compañera/os de luchas políticas y de exilio compartido, aquí y allá. A la hora inevitable del recuento final, los rostros y los nombres de los patriotas y camaradas que no están entre nosotros, surgirán con la nueva luz de las viejas banderas continentales de justicia y liberación.

El auctor, Ciudad de México, 2011

Volver... volver

SAUL IBARGOYEN

“... y he de seguir tras un anciano ciego
el camino de nadie conocido.”

RAINER MARIA RILKE

(2011)

Los zapatos de aquel hombre se encontraron de pronto diseñando transparentes líneas y espacios borrosos en la muestra de polvo y pedruscos expulsada por la calle de mezclados terregales. Llevaban ya tres o cuatro o cinco años terrestres transportando un par de pies de dolido encallecimiento y de latigueantes golpes de una sangre que confundía sus caminos. De pronto, dijimos, y cuántos de pronto hay cada día, pues el presunto dueño de aquellas vestiduras de negro cuero -chamarra, gorra-, saltó costosamente de la parte trasera del carretón que lo introdujera en los primeros andurriales de la menguada ciudad de nunca olvidado nombre: Ríomar.

“Así que vuelvo por tierra cuando me fui por tierra, agua y aire” tal vez pensó la andante figura, aunque viento y sustancias líquidas y terrestres son una simple combinación del mundo visible e invisible, nada más.

“Nunca supe en verdad si el aire tiene color, en estas poblaciones pegadas a la costa de dudosa espuma dulce y amarga” debió seguir con sus cogitaciones.

Se entreparó para observar, metiendo sus ojos en el polvo, la retirada del carretón, y ver la mano saludadora de su conductor, un ínfimo mercader arábigo -llamado Aziz Hussein por decisión de Alá- que recorría las regiones aledañas ejerciendo su negocio de compra-venta de todo objeto imaginable. Percibió también el meneo rítmico de las orejas del resignado equino que había sido, en verdad verdadera, el responsable último de su traslado hasta aquel cruce de la vía polvosa con el inicial asomo de una magra avenida asfaltada.

“Ésa no estaba así, tampoco las casas y la gasolinera, en la merita esquina de ambas dos... ¿y ese quiosco?” un agregado lógico de su pensar habrá sido.

Anotamos esto con toda discreción, pues no resulta cómodo relatar lo que otro no quiere decir. Pero no es bueno, aunque inevitable en este caso, operar con tan débiles suposiciones. Si no, ¿cómo continuar este azaroso discurso? Habría sencillamente que borrarlo o posponerlo, ¿es que alguien tiene tal poder de borrar y postergar? ¿Quién es el propietario de cualquier destino? Confiemos en que el recién regresado a los andurriales de Ríomar asuma iniciativas más rigurosas, que asimile las sorpresas iniciales y colabore en esta balbuceante crónica, en la que hubo y habrá sucesos y palabras, porque los hubo asimismo en esa dimensión de lo desconocido llamada realidad.

Se ha afirmado que todo inicio es como la mitad del sendero a recorrer, por lo que, al ser medido ese comienzo, hay sitio para que nazca la esperanza o la ilusión de que se

arribará a algún punto en la doble prisión del espacio-tiempo. Estas reflexiones tal vez provengan de las trabajadas neuronas del hombre que no se apartaba del centro de la calle, lo que antes se llamaba arroyo, o sea cauce recolector de aguas usadas y basuras de lo terrestre humano. Pero sugerimos que sería más redituable para estas narraciones simplemente permitir que el presunto personaje, zapatos empolvados y pies dolientes, se decida por la raíz de un rumbo cualquiera.

Acción, pues: tinta, silencio y sonido.

El hombre rechazó la mezclada polvareda del arroyo, ascendió por una banquetta imaginaria y, en la esquina inmediata, contempló la puerta de dos hojas, una muy despintada y la otra en tránsito de restauración pictórica: unos terribles amarillos y azules que, de seguro, habrían de lastimar las retinas múltiples del mosquerío.

“A entrar pues, que el polvo no es agua ni cerveza” se murmuró el hombre.

Ya acomodado a una mesa de madera en bruto, cepillada al desgaire y con una sola silla como hija solitaria, clavó el codo izquierdo en la tabla desprolija, luego extrajo de algún bolsillo interior de su chamarra de destratada piel un sobre de plástico oscuro, para tomar de él lo que parecía -según el mesero único del ‘Bar La Redota’, cartel sobre la puerta *dixit*- un documento de identidad o credencial de elector. Sí, el mesero declararía, meses después, que era “un documento de acreditar identidad, sin duda”.

El hombre leyó, despejados los ojos de un polvillo luminoso, lo que ahora sigue y que aun de lejos podemos descifrar:

“Ríomar, a fec.as 15 de fe.nero .e 19., se entre.a e.te do.umento a Leandro Paulo V.ga en lo A.to, nac.onal.dad Esteña, orig.nari. de e.ta villa, según Part.da Nú.ero 260330, fo.io 290448, cuya fir.aluce al calce, junt. con huel.a dig.ital pul.ar derecho. Foto e. áng.lo sup.rrior d-erecho.”

El hombre Leandro pareció suspirar, regresó el documento al bolsillo, y en momentos en que el mesero se acercaba, se le oyó bajamente decir:

“Así que éste era yo... ¿o soy yo?”

El primer trago fue desarticulado en varios buches, en un acto de beber sin prisa lo que se ha obtenido lentamente. Tal vez recordó el bebedor la subida a la carreta comercial de Aziz Hussein, en un camino mal trazado por patas vacunas, lluvias insólitas y soles de grosera energía.

“Lejos de todo y sin estar cerca de uno mismo” es posible que fuera su reflexión, ya trepado en el vehículo adonde se le ofreciera fugaz asilo.

“Buena onda el turco ese, o libanés o sirio o palestino, o a saber qué... Me invitó a

subir sin conocerme, sin preguntar un pito de nada. ¡Qué pinta el tipo! Medio flaquerón, túnica de algodones negros hasta media pierna, cara alargándose debajo del kefiá verde y blanco, ojos apretados, nariz recta y no ganchuda, aretes de posible oro, anillos de discreto engarce, faja de piel de conejo sujetadora de un cuchillo curvo... y con un manejo de su caballo como si el bicho tirara de una carroza de cristal...” hubo una íntima memorización necesaria para su ánimo.

Las horas tienen el hábito de navegar por el tiempo que está del otro lado del sitio que ocupamos, pero las cosas no dejan de ser lo que son: mesa, tres botellas vaciadas, vaso de espumas agonizantes, mosca atrapada en el fondo de aquella cápsula de vidrio vulgar, hombre sentado en silla soledosa. Y al costado de la barra, a la derecha como si alguien mirara hacia la puerta de horribles amarillos, el mesero a quien nombraremos Isidoro, ya que él nunca nos dirá su apelativo ni a medias ni completo: sólo al cabo de unos meses o semanas, junto con otros datos, lo confirmará ante la autoridad principal. Por tal recia razón, jamás nos enteraremos de su bautizada corporeidad en estos mundos verbales.

“Una ginebra también, por favor...” escuchó Isidoro y pudo así descosificarse por puro reflejo pavloviano no más.

El agudo vaso de licor y la cuarta botella maderizaron -sería impropio escribir aterrizaron, ¿no?- con cierto golpeteo, coincidiendo con el círculo de finas aguas en el que, a partir de la primera, las otras tres garrafas ubicaron sus culos. Enseguida la botella, alzada con fe de bebedor consciente, tejió una curva en la atmósfera casi opacada del ‘Bar La Redota’. Su boca estrecha arrojó en las fauces redondas del vaso mayor medidos chorros de esplendentes burbujas.

“¡Cuánta sed tenemos todos, coño!” emitió murmuradamente el hombre Leandro, o solo Leandro, al que así seguiremos llamando por mera confianza en el documento detectado por el mozo Isidoro.

Leandro, pues, colocó sobre la región seca de la mesa una hoja quitada de algún folleto turístico. Era el plano de la ciudad, aquella Ríomar cuyas movedizas rúas sus añejos zapatos habían empezado a reconocer. Con un lápiz de trazos rojos, al cabo de una minuciosa y demorada contemplación, pensamos que dibujó caminos y rumbos sobre avenidas, calles, rotondas, plazas, plazuelas, jardines. Los colores del mapa es posible que entraran en sus ojos como trepando por cuerdas de indecisa luz: el verde que señalaba los parques y el azulceste brillante que simulaba un par de arroyos y el grande río de a veces ácidas espumas, probablemente golpearan un resto de imágenes de una ya alejada realidad...

Debemos advertir que las líneas de prosa que continúan este presunto relato serán, ineluctablemente, nada más que vacilantes ficciones: nunca podremos definir al personaje-

persona Leandro, como nunca podremos conocer el nombre y el apellido ciertos del mesero Isidoro: se dirá que es por influencia de Arcesilao de Pérgamo, quien rechazaba la posibilidad de tener acceso al conocimiento... Hacer implica deshacer, la duda contiene una afirmación, completar significa imperfeccionar, y toda fijación es impermanencia. Se describe el movimiento de un brazo, y cada uno modifica al otro: ni el uno es tan brazo ni el otro es tan movimiento.

Escribimos, pues, y siempre leemos algo distinto. Ahora, dejemos sueltos a Leandro y a quienes por aquí se aparezcan que muy a placer o a disgusto se meneen, ni modo.

El hecho es que Leandro solicitó pagar la cuenta, pero antes se informó de los nuevos trayectos de los autobuses que lo moverían hacia la zona central, o sea el zócalo o Plaza Liberación o del Libertador, con sus columnatas seguramente descaecidas y el ínfimo rascacielos que fuera en los años treinta del pasado siglo el edificio de mayor altura del continente mestizo.

“Salió cara la cerveza, y la ginebra, y no barato el sánguiche que ahora me llevo, por si hace hambre más tarde” pensó Leandro, como recordándonos que había masticado y tragado otro igual -luego de su labor pictográfica en el mapa urbano-, de queso ocre y oscura mortadela.

Simplemente, pagó, hizo una breve paseata hasta el baño, pasó una puerta de débiles cartones y cáscaras de plástico, y en tanto orinaba pacientemente pudo leer algunos grafitos que daban al lugar su verdadera calidad de letrina de bar masculino. Uno, en diseño medio desmantelado por el tiempo y la humedad, alcanzaba a expresar: “Abajo la dictadura”. Otro: “¡Milicos putos!” Y otro: “¡Torturadores de mierda!” Y otro: “¡Queremos comer ya!” Y otro: “La gordita Adela chupa rebién...” Y otro: “Este gobierno, ¿más de lo mismo?” La lectura produjo escozores en su ánima, en su respirar, en su enredada cabeza, en su entrepierna:

“¿Por qué milicos y torturadores en altas? ¿Por qué lo bajo con lo alto así mezclados? ¿Por qué las consignas... viejas o nuevas? ¿Por qué un anuncio de burdel?”

Regresó a la mesa como buscando alguna sombra olvidada, vio que las monedas de la propina no estaban, volteó para saludar a Isidoro con un gesto universal de asentimiento, el mesero replicó como un espejo. Luego, hubo como un breve borrón en los papeles del tiempo.

Al pisar la dubitativa arenilla de la banqueta, el hombre nombrado Leandro examinó por un instante no medible los interiores de su chamarra, tactó el sobre de plástico. ¿Estuvo sometido a una leve perplejidad? Quién sabe... Siguió pues a lo que iba: a

la terminal de autobuses situada a unos cien metros, dirección poniente.

“Es mejor no pasar otra vez por estos arrabales. Por acá todo mundo sabe de los de más...” una reflexión que actualizaba pensamientos parecidos a los de otros años, de esos años que están en el tiempo, pero siempre escapándose y sin toparse nunca con la eternidad.

El mesero Isidoro contaba los pesos de la propina, percibió que una moneda esplendía debajo de la usada mesa, “¿Cómo cayó ahí, cuándo?”, y junto al brevísimo astro de metal, una hoja doblada, “Ahora la veo mejor... arrancada de una guía para turistas, creo... me la guardo por...”, se acercaba así platicándose, inclinose en procura de metal y papel, objetos, simples cosificaciones de lo real que ingresaron al bolsillo de su pantalón de trabajo, el derecho, que suele ser el de utilización mayoritaria. Se estuvo unos minutos contra la barra, como soldado guardián. Luego buscó el teléfono escondido, al lado de la caja. No hubo necesidad de consultar el directorio.

El autobús respondía a la línea 149, pocos usuarios en esa salida: una pareja de ancianos precoces, una chava con pinta de estudiante pobretona, un tipo de ropas anchas y gorra de lana, una señora de contenida gordura, dos obreros de edad indecisa.

“Son doce mangos hasta la plaza... ¿Tiene cambio? Escasea, sabe...” dijo el chofer-cobrador en desgano discurso.

“Tengo bien justo” ¿qué más decir?

“¿Qué plaza? Porque todo parece y aparece, hasta sin ver, muy cambiado” es posible que esto el hombre Leandro pensó.

Acomodado junto a la ventanilla, asiento de la fila cuatro a partir de la espalda del chofer-cobrador, y mientras aquellos arrabales se diluían como pedazos de papel en un aire tembloroso, trató de ver más allá de lo que miraba, que es como ve para adentro cualquier contemplador experimentado. De seguro que Leandro, desde su móvil mirador, percibió algo así como que alguien, en otra era con fecha de año terrestre, había ejercido esa postura; alguien con otra extranjería encima había regresado a una ciudad cualquiera, pegando casi el rostro a la ventanilla de enturbiados cristales o vidrios simples, nomás. Podrá decirse que fue por analogía, por el propio retrato reflejado en aquella sustancia rectangular y traslúcida. En fin...

El autobús pasó de terracería a pedregal y luego a asfalto; paralelamente a las cercanas orillas del arroyo Pantanal, más lodo hediondo que agua, hasta arribar al Puente Viejo (cuadras atrás aún permanecía el puente primero, ya caduco, que nunca tuvo nombre). Allí, en el refaccionado paso -cemento y acero en vez de tablas y troncos de “pau de ferro”- hubo parada obligatoria, personas subieron: un policía de barrio y su

mucha fatiga, un vendedor de peines y pañuelos de seudosedá, un seco sacerdote de secta desconocida, una madre de mediana cintura con su niño desmadejado al hombro, un mulato mozo con una cansada camiseta celeste y su número diez, un tipo de traje marrón triste y corbata desairada. Pagar y sentarse, lugares libres, había. Luego luego el vehículo entró en el puente de piso renovado hasta cruzar aquella frontera semilíquida, en verdad una especie de largo basural que vomitaba quietamente sus ripios en el ancho río imaginado, cantado y soñado como un mar. Pero no olvidemos el viento sureño, de frialdad cruel en los irregulares inviernos, ni los vientos del septentrión con sus cálidas e insoportables humedades... Vencida la demarcación fronteriza, las llantas en desgaste percibieron el duro anchor de la avenida Oeste, un corte directo que... Es mejor que Leandro, sensible pasajero, lo describa:

“Sí, de este lado de la zurda, el humo del día, las casas bajas de siempre, menos ladrillo que tablas de ínfimo precio, o incautadas de la construcción de altos predios, o robadas de los aserraderos gringos... eso era antes... hay más antenas de tevé, más árboles: acacias, laurel blanco, paraísos, palo de hule, casuarinas, plátanos no... y hay menos terrenos baldíos, alguna cancha de fútbol sin pasto ninguno... me acuerdo de aquel gol que encajé de lejos, aprovechando el barro y la bajada a favor: el arquero se rompió las uñas y casi llora, el cabrón... es que una pelota a la antigua, llena de barro, pesaba un chingo...”

Metamos aquí una pausa para cuidar las emociones del hombre parlo-pensante, y como atención al oyente lector; sigamos:

“... y acá se viene el bloque oscuro de la cárcel para presos comunes, la Mamá Grande, por sus muchos hijos entrando y saliendo y hasta muriendo ahí adentro... un piso le agregaron después del golpe, cuando mezclaron comunes con políticos... ya no sabían dónde meterlos...ah milicos de pura mierda, fachos perdidos... ¿Esto es recordar? Todo está arriba, en la superficie, hasta las palabras que bailan en la mera piel de la lengua... ¡puta!, todo es memoria, hasta lo que no fue... se ven las rejas pintadas de blanco ¡qué ocurrencia estética!... y ropa colgada de toda color... algo brilla desde una ventana... ¡claro! es el idioma de los espejos, desde otro sitio, afuera, algún compadre contestaría, o alguna dama de nostálgica entropierna... uno de nosotros hacía eso, hasta que lo cacharon los guardias, mandaba mensajes en código para contar lo que pasaba adentro... el maltrato, la mala comida, la mugre, el piojerío, las masturbaciones nocturnas, la depresión, la jaula de aislamiento, la muerte por infarto provocado... lo pescaron y le dieron dos días seguidos como a piñata de cumpleaños... después lo sacaron para el hospital de la policía, creo... nunca más sabremos... Ese mercado es nuevo, parece, a una cuadra y media de la cárcel... los restorancitos ya estaban, bien mugrosos... comederos para pobres, nomás, sobre todo

en días de visita, en verdá que se llenaban... al costado, una cuadra o dos más allá, deben de seguir los burdeles de la soldadería... ¡Mira no más! Mamá Grande le pusieron al mercado nuevo, no se puede creer... se pasaron de chistosos... es un supermercado en un barrio jodido... así parece, digo... ¿limpieza de dinero oscuro, inversiones raras o las contradicciones del subdesarrollo...? Es que las noticias de este año señalan que quieren hacer un país muy democrático y muy de primera división... veremos con qué y cómo... se fueron varias cuadras que ni vi... pensando en la pura idea que aún se agarra a aquel piso de abajo de la Mamá Grande... los sótanos para el tratamiento y la máquina de moler carne humana... el suelo lleno de charcos, caca flotante, orinas y vómitos mezclados... y coágulos y pelotones de pelos arrancados... y ratas comiendo cucarachas y cucarachas y pulgas y piojos y garrapatas comiendo de nosotros... y las muchachas gritando y abortando y algunos hombres llorando como cachorros de bestia desconocida... Ah, el Parque Popular de pronto... a primera impresión, no ha mejorado mucho... ya habrá tiempo para dar unas vueltas por aquí... este asunto recién comienza a empezar... hasta resulta como más chico, porque todo tal vez era chico, sólo los árboles han crecido... es todavía lo bueno de esta ciudad, creo... mucho verde para disimular la grisura... como la propaganda de cierta época contra el plebiscito por la ley del perdón para los torturadores... lo verde contra lo gris; ¡linda consigna...!, no era asunto de colorcitos sino de negro autoritario versus rojo revolucionario...”

Hicimos una pausa para descanso del posible lector: ¡uno, dos y tres, coronita es!, para que se produzcan raras movimentaciones en lejanos relojes sin campana y sin alarma... Dejemos que el viajero continúe:

“Ya pasamos el parque, al tiro vendrán las avenidas Norte y Sur, la Sur a mi diestra... allá me comentaron que los milicos se habían volado el nombre... el nombre que las unía a las dos: General José Aragon... ah, en esta doblamos a la derecha y derecho seguimos hasta la plaza Liberación o del Libertador... plena zona del centro... anchas las calles y avenidas, con sus camellones o canteros algo descuidados... y la pinche basura también por estos rumbos... pero es una basura que no huele, el basuraje lo tienen los ricachones bien adentro... en las tripas... los puros edificios de apartamentos, arrogancia de terceros mundos... y las tiendas a todo brillo, luces a toda hora, compitiendo hasta con el padre Sol... vaya linda modernidad... ‘comprar es vivir’ ‘adquiera aquí su futuro’ ‘hasta el cielo tiene precio’ ‘coches para todos’ ‘la vanidad es tu fuerza’ ‘tu belleza y nada más’ ‘somos los dioses de hoy’ ... la poética de la publicidad...”

“Hasta aquí llegamos, señoras y señores” anunció muy formal el algo mulato chofer-

cofrador, engolando la voz como un dirigente político que aspira a la trascendencia. O como un engañoso y redundante comentarista deportivo. O como algún poeta de tercera división al agradecer el premio anual del ayuntamiento de Ríomar.

“Casi se me había borrado esta peculiaridad nacional... la soberbia de los parlanchines, el vocerío de los ignorantes ilustrados, el tartamudeo ontológico de los filósofos criollos... y junto con este triple despliegue, a saber cuántos más... Veremos cómo trabaja desde aquí la memoria hacia el pasado de aquí mero... pero que no resulte que uno se ponga a inventar para que los feos recuerdos no despierten... en realidad, son como imágenes petrificadas... allí el tiempo no funciona como se mueven los días del afuera de uno... por eso yo no estaba muy cierto de volver a estos pagos” de seguro el hombre Leandro cogitaba así ya alejándose bastante del inmovilizado autobús.

En la segunda esquina contuvo su caminar, avenida Sur con 19 de Abril... “No, ahora se llama Papa Pío Vicario doce... ¡coño!, ¡y no que éramos un país laico! ...esta vía la ensancharon... ¡caracho!, para incrustarle en el medio la estatua del ensotinado... tiene un aro en la cabeza, no me digan que era un santo... ¿es el que hizo los pactos con el inventor del fascismo? Dicen que pederasta fue o protector de maricones machos, porque hay maricones hembras... y la diestra mano echando bendiciones todo el tiempo, aunque no haya ni una pinche ánima en la calle... su calle... seguro que un negocio con el Vaticano, esos restos como una remembranza de la Roma imperial... para entrar aquí inversiones en la bolsa o en la industria de la construcción... lavar la guita de las grandes limosnas”.

“Una moneda, señor... un peso, por favor” escuchó de pronto un verso conocido.

“Con rima y todo, eso ayuda a convencer” se comentó para buscar en seguida el redondo metal solicitado. Los dedos no llegaron al fondo del bolsillo, antes se cruzaron con aquel segundo sángrüiche.

“Tomá, solo esto tengo” y el brazo se movió hacia abajo, hacia el centro sonoro de aquella voz salida de viejas voces.

“Gracias, 'ta bueno pa' comer, ¿no?”

“Por eso te lo dejo, ya me morfé otro... en fin, como ves, quedamos iguales” no supo el porqué, mas su lengua parloteó.

“Iguales serán los güevos... cada uno es el retrato del otro... más o menos...” hubo una pálida y asombrosa respuesta.

El hombre Leandro no miró hacia la figura sentada, de lomo contra el poste de los semáforos, medio envuelta en traperías variopintas, de piernas acortadas por falta de calcio o por la poliomiélitis, de pelambreira como una melaza negra, de un brazo y una mano mínimos, de un otro brazo más extenso y con una mano agrandada por el oficio de agarrar lo que fuera y de donde viniera.

“La cara... mejor ni verla... ¿será hombre o mujer?, en estos tiempos todo se mistura, se entrevera, se hace pedacitos en el aire... Ahora a cruzar esta calle que se volvió religiosa... ahí está la plaza Liberación... ya la toco con la punta de la pata izquierda... manía de niño, apoyarla bien al subir o bajar la banqueta, al marchar... y con la derecha tirar a gol con piedritas, hojas secas, colillas de cigarros despreciados... o con tapitas de refresco o cagazones secas de perro sin casa... ¡Si habré ganado partidos!, hasta imaginaba los goles del contrario... siempre me gustó cantidá esta plaza... con el tremendo monumento a José Aragón en el medio y los senderos de granito pulido saliendo de los cuatro costados... las cuatro direcciones que ordenan el mundo... y las fuentes de aguas irregulares... y el pasto con sus flores amarillas, soles perdidos... Me contaron que hicieron un mausoleo los milicos, que colocaron fechas de batallas en los muros de mármol negro... y en el medio, o sea adentro y debajo de la estatua, un gran cofre de madera dura, no sé si ‘pau de ferro’ o caoba, con el triste hueserío del general... de sus ideas libertarias y federalistas, ni una frase, ni una pinche palabra suelta... a ver, está cerrado parece, el letrero dice que por refacciones...” y alguien pasó, hizo como una sombra, hubo un comentario escuchado a medias “Hace rato que está el aviso... como que no qui...” y nada más.

El hombre Leandro ojeó el rastro no visible de aquella pasajera figuración: “Una muchacha con pinta de estudiante... ah, es la que venía en el autobús, creo...”

El movimiento de la muchacha quedó colgado de un aire sureño con matices de esmog, como si ella hubiera sido un extraño objeto trasladado por un viento que nadie percibiera.

“Esa figura se parece... a la soledad más entera que hasta ahora vi... ¿o es un reflejo de lo solo que estoy... en estos pagos urbanos que ahora trato de recordar? Porque ver tal cual es una cosa, no es acordarse de la sombra de esa cosa...”

Al costado izquierdo del monumento, como quien mira hacia el oeste, mejor dicho, hacia un dudoso mediodía, “Es que todo esto parece menearse, como recuerdos a medias o ensoñaciones del cansancio... postales vivas, fotografías ondulantes, clavadas en la raíz de la retina...”; o sea, hacia esa dirección pero sin tomar lejanía, la abandonada casa presidencial “O casa de desgobierno, con sus muros y balcones del siglo diecinueve... desde allí cuántos discursos se emitieron para deshonor de presidentes mediocres, aunque alguno hubo de buena parla... sí, parloteo democrático, ‘verba non res’, instituciones de puro papel, caudillos y próceres de bronce y mármol nacional, ¡qué orgullo! tener depósitos de esa prestigiosa piedra por gracia de mamá natura... para qué le han puesto guardia armada a esa puerta, quién va a entrar en ese nido de mentiras fosilizadas, de acuerdos en lo oscurito entre los partidos burgueses, autonombrados tradicionales... dos

perros casi iguales con un mismo collar... ¿acá no venían de visita los embajadores del norte... o de la Europa de la edad de hierro, la oscura Europa con el engaño de su cultura luminosa? Y pensar que hasta pusimos varios muertitos... que fueron por su cuenta a entrarle a la lucha del pueblo de Sefarad, Hispania o España contra los invasores franquistas y los fascistas de adentro... y que lloramos a plena calle cuando París fue liberada de los germanos nazis... si estuvimos en guerra declarada a Germania hasta después de que acabó el segundo gran conflicto mundial... si seríamos peleadores por la democracia que nos habíamos olvidado de ese detalle diplomático... había paz, y nosotros en guerra... como canta Gardel, fuimos esa vuelta ‘un disfrazado sin carnaval’... Ah, ¿y ese tamaño esqueleto de edificio pegado a la casa de desgobierno? Veamos los letreros: Empresa Arquitectos Unidos SA, Secretaría de Trabajos Públicos, Refaccionaria general SA, Tubos de acero SA, Vidrierías orientales SA, Maderas y moblajes SA, Asesoría Técnica SA, Instalaciones eléctricas SA, Dirección Nacional del Patrimonio, Ayuntamiento de Ríomar, and so on... de seguro, empresas gringas o brasilianas con apelativo en lengua nativa... y bien en lo alto, bandera propagandística que se deja leer, letras azules, fondo blanco y un sol encima: ‘Aquí se construye el Gran Palacio de Justicia’, y en letras más pequeñas, versalitas: ‘Doce modernos pisos al servicio de una sociedad más justa y equitativa’ ‘Cuatro elevadores para 20 personas’ ‘Aire acondicionado todo el año’ ‘Jardín de infantes para hijos de funcionarios’ ‘Cuatro restaurantes populares’... ¿Y este adefesio que será: un hotel o qué?” concluyó el hombre Leandro al sentir una molestia en la nuca, un sutil toque de mínimo dolor.

“Mejor darle un golpe de ojo a la figura del Jefe, lo pienso con mayúscula, claro, aunque estatua sea solo estatua... vos sí que fuiste un exiliado de verdá... mirate ahora, diría el cegatón de Borges, insultado por palomas y gorriones... el derrotado vencedor, una especie de oxímoron, ¿no? Añitos sin verte, General, en altas también tu oficio de patriota que no tuvo patria... que tuvo patria, eso sí, en una tierra que fue luego bautizada para borrarte de una patria más grande... pero los sueños de sangre no se borran... por eso estoy aquí, seguro que hablando de solito... por eso la chava del autobús me mira, como leyéndome los labios, ¿por qué volvió? ¿o no se había ido como una limpia sombra? ¿qué se remueve en mis neuronas? ¿esta plaza: es o no es?” y se acercó, cuatro o cinco pasos nada más, a la persona de estudiantil apariencia.

“Nos vimos en el autobús, ¿no? Me llamo Leandro...” adelantó las nueve palabras, los signos de interrogación, los tres puntos suspensivos, las comillas no, no son ni serán de él. Entre los dos, un paso y medio sería la distancia.

“Sí, ahí veníamos. Yo siempre hago este camino, ahora voy a mi clase de inglés. Me gusta dar un ligero paseo por la plaza, hay como mucha historia aquí...” la voz tenía una

vibración que iba más allá del enunciado, como un contenido tintineo de cristales profundos, de metales intangibles.

“Historia, sí, resumida para que no se conozca... o se conozca empobrecida o hasta emputecida... perdón, pero hay mucho de eso, de ocultamientos perversos... de deformaciones no casuales... la verdad es algo difícil... como esas canciones que andan sueltas, sin dueño... a la verdad para ganarla hay que meterle imaginación... y ciencia” desarrolló Leandro un inesperado discurso.

“Puede ser... en la escuela no me dijeron eso. Puras fechas de batallas, de firma de tratados, de oraciones con mucho ruido y un eco muy turbio, pienso, para que esos relatos estén molestando y no dejen que una use a su modo la cabeza propia” así salió ese tal vez impensado empuje verbal.

El hombre Leandro registró para sí un cierto asombro “Mira cómo esta chava habla a lo bonito, mejor pensado, a lo firme... como si fueran asuntos de larga incubación... la espontaneidad está en la forma de decir lo que dijo... la forma parece que es como el aliento escondido de la palabra visible... audible, mejor...” y enseguida agregó hacia la muchacha “¿Tienes tiempo para un cafecito?”

“Mis nombres son María Laura... Bueno, sí. Tengo como más de veinte minutos antes de la clase” una respuesta sin timidez y sin sorpresa.

“¿A dónde crees que hay un buen lugar? Ya ni conozco cafeterías por aquí...”

“Usted... tú, ¿es que no conoces el Sorocabana o el Tupambaé?”

“Ah, ¿funcionan todavía? Es que vengo de otro tiempo...”

“Sí, pero ya no están sobre la plaza. Desde hace como seis años, uno en cada punta de la bahía.”

“¿Y por qué los cambiaron?” habían empezado a caminar hacia los portales que eran la base del Palacio Albo, orgullo urbano desde los años veinte, por ahí transitaron hasta otras calles y aceras hasta ver los primeros reflejos del río parecido al mar.

“Abajo del fulgor, el agua de colores indefinibles, las espumas orgánicas, la basura de gentes y barcos” murmuró sin sutileza el hombre Leandro.

María Laura señaló el encuentro de la última calle paralela a la plaza con un callejón emergido de la vecina Ciudad Vieja: “Es ahí, el Tupambaé.”

“¿Qué callecita es ésta?” preguntó Leandro, pero bien sabía, creemos, que era una especie de tajo estrecho metido entre edificios de descascarados historiales; residencias de una burguesía ya largamente retirada hacia espacios de mayor seguridad y prestigio; casas trasmutadas en pensiones de pura cama o en refugios de veloces ejercicios prostibularios.

“Al café lo bajaron de categoría con el traslado, ¿no?” añadió como buscando una explicación final a todas las cosas.

“Es que los milicos no querían que en el Sorocabana o en el Tupambaé se juntara gente de la oposición, ciudadanos cualquiera...No podían sentarse más de dos a una mesa... Más de dos ya eran un mitin...Tomar un trago o un cafecito, no más... La gente casi no hablaba, iba para verse un poco, solo.”

La puerta única estaba a medio abrir, entraron con la inseguridad de quienes fundan un nuevo territorio. El interior del Tupambaé resultaba una hábil reproducción de las instalaciones anteriores: mesas de redonda tapa de mármol entre blanco y rosado, sillas de madera negra suavemente pesada y poderosa, percheros de fierro, en rústica, para descanso de ropas y bolsos, paredes exornadas con fotos de otros tiempos -mejores o no, a saber eso- exhibiendo caras y posturas de personalidades conocidas de la política, el deporte, la academia y las letras, y también de seres ignotos, borrados de cualquier historia. Fotografías enmarcadas en negro, diplomas de reconocimiento de alguna liga comercial, firmas en el amarillento blancor de los revoques, espejos enfrentados en el breve pasillo que llevaba a los baños, cuatro grandes lámparas colgantes de seis focos cada una impulsando ondas de rara luz verdecida, barra o mostrador con espacio para dos veintenas de codos, dos máquinas para el prestigioso café que nunca perdió calidad ni aroma adictivo, botellas de alcoholes nacionales y bebidas importadas de Europa y el Caribe, copas y vasos y tazas y ceniceros y platos y cucharas y escupideras maniáticamente lavados y pulidos. El Tupambaé, pues, dicen que en guaraní significa “tierrita o chacra de dios”, nombre fuerte, de batallas peleadas en un sitio con ese mismo nombre, sangre, lanzazos, pólvora y degüellos, “todos ganaron y todos perdieron”.

Se acomodaron a una mesa sobre una de las ventanas de fatigadas cortinas verdes, “menos generosas”, dijo ella, que las del local de antes.

“¿Generosas? ¿Y eso?” comentó él, regresando de su viaje ocular por aquel ámbito en el que parecieron flotar débiles relámpagos de una luz conocida o ensoñada, tal vez figuraciones o ánimas transmigradas de incierta nomenclatura.

“Claro, las otras eran ventanales más bien, mucho más altas y anchas” explicó ella con un rasgo de asombro.

“Ah, las metáforas del habla diaria... Es que vengo de otros modos de hablar... otros ritmos, hasta tonos que suben al final de la oración o la frase... así, hasta el sentido exclamativo suena con otras vibraciones... ¿Cómo explicarte eso?”

“Ta bien, entiendo. Pero... ¿puedo saber de dónde venís?”

“De un país que sirve para volver a éste...” una voz casi en silencio.

“¿Cuánto tiempo anduviste por ahí? La verdad, no sé si debo meter estas preguntas... No sé por qué lo hago... no quiero molestarte, disculpame...”

“Puedes preguntar lo que se te pase por el coco, nena. Es que, cuando me lancé a

este regreso a Ríomar, pensé como tonto que ya me había hecho todas las preguntas, que me sabía todas las respuestas... Y tú, al replantear eso del origen de la vuelta en que ando, como si yo no fuera de aquí, una especie de habitante del aire, alguien que ya no puede ni tocar la tierra que alguna vez caminó...” la voz se deslizó hacia otro silencio.

“Perdón... no podía pensar que...”

“Sí, al replantear eso a tu manera, como que resucitaste viejas lágrimas... lloradas por otros, los veros sufrientes, los de aquellos años de tenebra y represión... es bueno que lo hayas hecho... siempre he tenido sequedad en los ojos... ni ahora puedo ser cursi, soy un tipo que simplemente está sentado aquí, cerca de tus palabras...” la voz, como desgastada, se fue hacia un silencio mayor.

“¿Qué les sirvo, señores?” el rápido discurso utilitario del súbito mesero.

“Dos americanos y un agua Peñafiel...” dictó la orden inmediata el hombre Leandro, como una fórmula muchas veces reiterada.

“¿Dos qué? ¿Qué agua?” la interpelación del mesero, camisa blanca, corbatín verde, pantalón algo ajustado de igual verdor. ¿Y la cara? Es que “Los servidores no tienen rostro”, según dijera un personaje politiquero de otros momentos del calendario patrio.

“Serían dos cafés largos, en taza, y agua mineral... que sea salud” intervino el firme susurro de María Laura, sin pronunciar la mayúscula de una conocida marca nacional.

“Ah, perdón, es que allá se nombran de otro yeito...” emitió el hombre, cerrando con un imprevisto portuguesismo, y buscó la mirada del mesero, la frente en tránsito de desierto, los ojos y sus nutridas pestañas, las mejillas de un rosado artificial, la boca como enmohecida de monótonas frases rituales.

“Está bueno, señor...” ya en retirada hacia la no visible cocina.

“El señor está en el cielo... si es que anda flotando por ahí” colocó el hombre como si, al ubicar una gastada oración, recuperara en parte su confusa extranjería.

Esa percepción de lo fuereño tal vez creció de pronto en la cabeza bien alzada de la muchacha, atraída por esa modalidad de aire nebuloso en que el hombre respiraba, y creyó comprender que en los aires de escasa contaminación que Ríomar presentaba, había raíces de oxígenos lejanos, surcos de hidrógeno sucio, moléculas de olor indescifrable. Y montones de modismos, gírias, esquemas verbales, imágenes apegadas a sustancias ignotas, dichos del común, avatares lingüísticos brotando de napas sociales y de conjuntos étnicos medulares soslayados por el discurso oficial y las pretensiones parlanchinas de la intelectualidad clasemediera y seudoposmoderna.

“¡Qué bueno esto que se me ocurre así, llegando de la nada, para mi ponencia de fin de curso!” se exaltó en lo interior María Laura.

“Siento que hay que bautizar todo de nuevo... eu acredito nisso... ni que fuera yo un

nuevo Adán... el primer poeta, ¿no?, según las tradiciones árabes asentadas en torno al llamado Viejo Testamento... mejor sí, bautizar con una verba renovada, porque lo totalmente nuevo no existe... Digamos, ¿de dónde sale el silencio? ¿No será una ausencia... o una presencia que no podemos percibir? ¡Qué chinga pensar así!” discursó el hombre como transformado por la propia expresividad, según la muchacha.

“Mirá, Leandro, te propongo una cosa...” arriesgó María Laura en tono de certeza emocional, “sucede que estoy preparando los trabajos finales para aspirar a la licenciatura en letras iberoamericanas por la facultad de Humanidades... una parte estará dedicada a corrientes narrativas siglo veinte, a algunos autores que yo elija, salvo los obligatorios, y otra parte a las distintas modalidades lingüísticas que se aprecian en medio de la confusión posmoderna...”

“¿Qué confusión? ¡Ni madres! Si lo posmoderno no existe, es un invento... alguien dijo que era un estado de ánimo provocado por las desmadradas ocurrencias ideológicas del capitalismo, mezcladas con las interpretaciones de los descendientes de Hegel, Marcuse, Popper, Fukuyama, Deleuze, Foucault y otros... como en botica, un poco de todo, una sopa a la que cualquier filosofito local... de aquí y de allá, quiere meterle cuchara... Creo que Barthes afirmó que cuando uno sabe que algo no es posible, eso es ser moderno... Finalmente, de tal pedo ignoro cantidá... ni sé bien para que me eché este rollo...” derramó así Leandro sus desnudadas palabras.

“¡Estuviste bárbaro! Se ve que es un tema que has estudiado...”

“¿Estudiado? Ni un pito, muchachona... Nunca estudié bien nada... leo, escribo lo posible, respiro nomás...” casi una confesión, ¿necesaria?

“Estoy confundida, sin disimular lo reconozco... Esos modos tuyos de hablar, esa fuerza, esa especie de pasión por la verbalidad más certera o más precisa, decime, ¿de dónde vienen, de dónde te llegan? ¿Es por el tiempo que pasaste fuera de aquí?” soltó ella como adivinando.

El hombre Leandro esbozó un parpadeo de sorpresa, sintió que alguien le tomaba una radiografía de algún punto próximo a su desanimada ánima, contestó con menos energía: “Las edades se misturan con el palabrerío de cada hora, de cada siglo... A uno se le pegan alientos de otros, sonidales perdidos, circunstancias del mero parlotear y ainda mais... puede ser... También efectos del no aquí y del no allá...”

“Permiso, aquí les sirvo, señorita. Dos cafés largos y el agua mineral” reapareció sin aviso el mesero.

Sobre la redondez del mármol quedaron las impolutas tazas, los tenues vasos, las cucharas esplendentes, el servilletero de plástico verde y sus pétalos blancos, y en el centro, un platillo con cuatro galletitas que suponemos de armónico dulzor.

“Sirven bien aquí, la verdad” dijo Leandro como alejándose hacia otras mesas de una cafetería nacida de súbito a un costado del

Jardín de los Héroe, en una ciudad borrosa de un país cuyo nombre difícilmente traducible le golpeó las cansadas neuronas.

Dijo como pensando: “Allá ponían nada más que el café americano, una servilleta, sobrecitos de azúcar restringidos, el agua había que pedirla... como que cada detalle indica una diferencia...”

“¿Qué es el no aquí? ¿Y el no allá?” preguntó levemente María Laura con el primer toque de café en la lengua.

“Una manera de definir el pasado, sin concretar nada, en Ríomar y en... aquella frontera balbuceante, de mucha movimentación, de doble hablar bécin misturado... y luego en países de más lejos de ahí, países como provincias apretadas entre montañas, lagunas y valles matizados por la sangre... hasta la enorme capital mesoamericana, Cuauhtepeque...” fue la aromatizada respuesta, como si el pulverizado grano de Arabia disolviéndose en la saliva diera energía y forma a aquel palabraje recordatorio.

“Es una buena síntesis... pero esconde más de lo que muestra, ¿no? Parece que hay muchas cosas sin nombrar” fue así la insistencia de la muchacha.

“Para bautizar todo hay que vivir todo, soñar todo, ¿y quién puede hacer eso? Ni don Quijote... las palabras, el verbo o la verba, son el invento mayor de la especie más triste... y siempre llegan a destiempo, en un antes y en un después, alguien ya lo dijo... nunca coinciden en el espaciotiempo de lo nombrado, de lo bautizado” concluyó el hálito restante con un sonido de paciente fatiga, el hombre Leandro.

“¿Puedo anotar todo esto, o sea escribirlo en mi libreta de apuntes?” una ligera insinuación de ansiedad, aun de desconcierto.

“¿Y tu memoria? Tendrías que ser más... socrática. La palabra dicha tiene su asiento en el aire... porque se mueve más que todo aire... hablamos según soñamos” un enunciado como para sí.

“Prefiero anotarlo, la idea aunque sea... no a la letra. ¿Cómo se dice? Cuando es de rápido...” una María Laura tenaz.

“Ah, a cálamo corriente... ¿es eso?”

“Sí, al correr de la pluma... creo que nadie ya lo usa.”

“Las computadoras corren más, pero ¿quién llegará más lejos?”

“Tenés respuesta para lo que venga...”

“Respuesta no, algo de imaginación... Dime, este lugar está muy bueno, tu presencia, el café, el verde que predomina como el color del Islam... Pero ya se te hizo tarde para tu

clase inglés, me parece.

Y este cuerpo tiene que buscar un sitio donde cobijarse” hubo una punzada de fatiga en el olor del último toque de café.

“Si llego tarde a clase no importa mucho, en realidad voy bastante adelantada... Ah, mirá, sé de una pensión por el otro lado de la plaza, bajando hacia la costanera. Ahí se han alojado dos compañeros míos, del interior. Parece que está bien, con baño en cada pieza y ropa de cama limpia. Sólo sirven desayuno...” se aplicó ella en la descripción.

“Gué... probemos por ese lado... ¿Cuántas cuadras? Es que me vino un golpe de cansancio...”

“Son como ocho, ¿aguantás?”

“Más caminó el Buda entre aguas y montañas... siempre hubo alguien que hizo antes lo que uno descubre como nuevo... pero no sé si es así... Nos vamos de volada, ¿no?” y puso monedas y billetes junto al rectángulo blanco de la cuenta que el mesero había abandonado al pie del servilletero verde.

“Vamos, pues. Podemos pescar un taxi...” sugirió María Laura.

“Acepto, ves que soy fácil...”

Ya montados en un añejado Mercedes Benz, Leandro dio descanso a su miradero del paisaje ríomareño. Clausuró los ojos, no quiso ver más nada hasta arribar frente a la mera puerta de la casa de pensión ‘La Vascuense’, calle Brigadieres número 353, en el límite oeste de la ciudad vieja, o sea apenas afuera de las regiones portuarias.

Fueron atendidos por la presunta dueña, una mujerona de rara y melodiosa parla, de gestos pragmáticos, que podría llamarse Doña Marisa, pensó Leandro; y en efecto, así era su nombre, vaya a saber el porqué, tal vez por arrastres de la imprevisible memoria comunitaria.

“Este es o seu cuarto, el trece, señor...” un suspenso necesario.

“Leandro Vega en lo Alto, señora Marisa” adelantó su anterior intuición el hombre.

“Escute, ¿cómo sabe meu nombre?” una pregunta obvia, sin duda.

“Alguien lo habrá dicho por ahí... el cómo no importa, la verdá... Lo importante es que usted se llama así, ¿no es cierto?” terminó

Leandro con una pregunta retórica que cerraba cualquier probable respuesta.

María Laura no había entrado en la habitación, sólo escuchaba desde la puerta, y asimismo ojeó aquel espacio por donde tantas gentes habían pasado, como extraños animales que pisan por rutina una tierra que tal vez nadie conozca.

“Sí, el lugar está bien limpito como me dijeron” se pensó la muchacha “hasta tiene cortinas verdes, como el Tupambaé, y una alfombra al lado de la cama y una mesa de luz con su lámpara y un ropero ni grande ni mediano y esa debe ser la entrada al cuarto de

aseo y una mesa regular y una silla hay también, espero que Leandro esté a gusto aquí... pero ¿y el nombre de la dueña? ¿cómo lo supo? Tal vez lo mencionaron mis compañeros y yo se lo pasé a él... ¿el famoso inconsciente colectivo? ¿Pero qué estoy pensando? La magia no se me da... debe ser este hombre medio raro, todo lo que su simple presencia trae... Habrá que comentarlo con mi profesora de psicología del arte...” dio fin a su pensadera María Laura.

En ese pensar estuvo mientras doña Marisa le enviaba a Leandro un montón de indicaciones e informaciones en tono militar y en lengua de su lejana patria europea:

“¿Vio, señor Leandro, que los airiños do mar entran por la yanela, y que o baño está moi limpiño? Mire, o desauno sirvese hasta las dez, non podes recibir rapazas o rapaciñas o mulleres, no hay que fazer barullo con el radio o la tele, podes fazer chamadas telefonicas locais mais tendras que pagalas... El señor estará béin a gosto en este cuarto, eu acredito...”

“Seguro que sí, doña Marisa” un hálito costoso, en trance de apagamiento.

“Bos dia” y la doña fue saliendo, interrogándose por el equipaje que el nuevo huésped no traía (sólo un bolso de poco tamaño que recién ahora se menciona, ¿o no es así?). Agradeció a María Laura por haberle allegado a aquel señor tan serio y de buena postura, aunque cansadón y de ropas y zapatos con fatiga de polvo muy mezclado.

La muchacha, ya en retirada, envió mensaje al hombre sentado ahora en la cama, como deshuesándose: “Mañana te echo un telefonazo, tenés que descansar un buen rato, ¿no?”

“Así sea... y así será” un susurrar de inédita lejanía.

La puerta de la habitación número trece emitió unos sonidos en tono menor, cortas vibraciones de madera y mano abierta:

“Señor Leandro, son casi las diez, se para o pierde su desayuno.”

Las palabras se reprodujeron como ecos en espiral, el hombre hizo una lenta ele con su cuerpo, buscando un precario ángulo recto.

“¡Qué chin...! Ta bien, ya estoy yendo... gracias. Puta madre, ¿cuánto dormí? Media vida, creo, y sin soñar... una dormidera muerta” porque dormir sin soñar tan de profundis, habrá colegido, es entrar en un vacío como un agujero negro, un lugar sin tierra y sin raíces, un sitio humano que las pesadillas rechazan.

La mesa del comedor era un poderoso rectángulo de roble bien trabajado, con sus ocho sillas ya desnudas de gente. En una de las cabeceras, la pródiga taza de café con leche, el plato de pequeña redondez con los panes tostados y su pátina de brillante

mantequilla, también un par de tibios cuernitos y, cremos, una ligera muestra de mermelada de fresa.

“Ah, la oloriza del pan hecho a la leña...” se pensó el hombre al ubicar en su silla un cuerpo con sedimentos de fatiga y ropa desvirtuada por andares y venires y quedares que nunca podrán ser evaluados.

Al colocar dos envíos de alba azúcar en la taza, al iniciar el primer trago del café con leche, al tocar a punta de ansiosa lengua aquellas harinas bautizadas por un esplendor naranja pálido, al quebrar la armonía de los cruasanes y su agregado dulzor, cundió por su ánima carnal (Borges casi dixit) una tenue furia de representaciones de un infante detenido frente a las vitrinas de aquella panadería de provincia para admirar previamente bizcochos dorados, gordas galletas de campaña, pequeños postres con su gorro de fresas, antropomorfa versión de deliciosos y achocolatados Napoleones, bombas de lujosa crema, bolas nacaradas plenas de dulce de leche, antes de la compra de cada mañana; pero aun antes, la percepción de los olores cósmicos de toda esa maravilla panaderil que simples y tenaces obreros y maestros de la harina y el fuego prodigaban por los aires pueblerinos de Sacramento ya desde el segundo amanecer.

“Sí, era en Sacramento, ¿dónde si no? Los veranos de la infancia... Yo miraba de afuera, como en el tango, aquellos tesoros populares... pero sabiendo que podía comprarlos con la plata de mi tía Zinfronia... en su casa pasábamos el calor de las vacaciones, dos o tres meses de engorde... sí, me digo, también mi hermana que cantaba aquello de ‘qué bonitos ojos tienes debajo de esas dos cejas’, en las veladas bajo el parral, a pura voz nomás... a veces una guitarra española mal pulsada por el vecino, el carpintero Manuel... mi hermana Sara, sí, recién la pienso... si también vine a verla, hoy o mañana iré... es más o menos cerca de aquí, hasta caminando podría acercarme... y mi tío don Julio, no de sangre, siempre escuchando milongas ciudadanas y tangos de arrabal... no los de Lepera ni los de Charlo, los de la guardia vieja... curioso ese gusto por el bajo fondo musical, por el barro social que se subleva, él tan correcto en su hablar de provincia, en su panza raviolera y con sus modales de tranquila urbanidad... jefe de telégrafos era en Sacramento... supe de su muerte cuando yo andaba por la frontera... mi tía Zinfronia duró mucho más, se había olvidado de morir, ‘si pierdo la memoria, mejor, demoro más en irme’ y se echaba sin prisa su vasito de tembloroso vino rosado...” así se discursó el hombre Leandro, mientras reordenaba, por pura manía nomás, taza, plato, azucarero, cuchara, cuchillo, servilleta de papel verde, pequeños núcleos de harina, moléculas de mínima dulzura.

Bañado y vestido con su camisa opcional, Leandro preguntó a la cocinera o mucama o limpiadora o siete-oficios (quien llamara a su puerta según escuchamos) si había algún

autobús directo al Cementerio Central, “no tengo impulso para caminar...”. La mujer, Rosita dijo llamarse, no sabemos cuándo pero todo ser vivo para existir debe poseer un nombre, indicó lo que sigue:

“Mire, don... usted sigue hasta el final de esta calle, la Brigadieres, y en la primera esquina como que dobla a la izquierda, así, ¿ve? Y a la media cuadra, antes de la costanera, está la terminal... El autobús tiene que decir Central-Puente Libertad, no vaya a pasarse, si no lo deja en el arroyo Pantanal, porque hace pocas paradas, ¿sabe? De la terminal al cementerio son nada más que tres...” suspiró al término de su detallado discurso, boca apenas pintada, de no explícita sensualidad, ademanes abarcadores, ávidos tal vez de conectarse con lo distinto, blusa azulenca, faldas azul desteñido, delantal de blancura imperfecta, alpargatas de suela de yute, pelo sin cintas ni moños en libertad condicionada por manos atentas y organizadoras.

“No está mal de cara... caderas macizas, piernas igual, pechos normales, ni agresivos ni humildes...” evaluó velozmente el hombre “hay buena voluntad en ella, algo natural parece...”

“Señor, ¿tiene ropa para lavar y planchar? Eso se paga aparte” adelantó Rosita.

“A la vuelta lo vemos, ¿le parece? Ando con muy pocas pilchas... a ver si mañana compro algo por aquí cerca, ¿están todavía las tiendas de los judíos?” dijo como hablando por otro.

“Sí, pero en la ciudad vieja, en la calle Hospital o en la Guaraní...”

¿Sabe dónde están?”

“Todavía me acuerdo, pues. Le agradezco toda la información” y buscó la salida sin haber tenido muy clara la entrada.

“Otra terminal, distinta de la primera, al menos hay un techito doble contra la posible lluvia... por acá siempre llovió como baba de loco, en cualquier época del año... o de pronto, sequías pesadas con su padre Sol muerto... debemos de estar cerca del verano, aunque casi no he sentido los calores de otro tiempo... como que uno anda vestido con la piel de otra gente... el verano hará su viaje y yo adentro entre chorros de fuego o lancetazos de lluvia... ah, si ahí está el autobús, el trescientos, con su letrero según Rosita... a treparse, pues, que anda por arrancar” al subir hizo el pago con modo que ya conocía, con la soltura de una persona afincada en aquella ciudad.

“Son quince pesitos, ñorse, éste es el rápido” la observación del chofer-cobrador, un rostro amulatado, unas manos prensadoras de monedas, volantes y palancas.

“Sí, ’ta claro, disculpe” y enseguida a completar el importe, a lo rapidito, para ajustar el cuerpo al primer asiento, buscando la ventanilla. Al tocar las monedas y saldar la diferencia, se preguntó “¿De dónde salieron? ¿Y los billetes para saldar el consumo en

el Tupambaé? No recuerdo haber entrado en una casa de cambio... En fin, los detalles marcan lo distinto, acá siguen entregando boleto... en los colectivos o peseras de allá, no... cuando yo era un adolescente medio apendejado, pero con impulsos de hacer versos, usaba los boletos, más grandes que éstos los de ahora, para anotar algo mientras ‘viajaba por la ciudad como por el mundo’... palabras que a veces seducían a alguna chava aburrida de los traslados cotidianos: ir a la chamba, a cuidar a la mamá, a la escuela... es que asimismo si uno mira un metro más por encima de la mirada de cada día, aparecen árboles y edificios y letreros salidos de otras dimensiones... o sea, un mundo arriba de otro, como hay uno para abajo en Cuauhtepeque... piedras y pinturas de templos y palacios y vasijas de cocinas de las culturas de origen... piedras y cruces y armas de hierro de los pinches colonizadores... cuántos universos hay en cada universo... ni sé por qué traigo aquí estos temas, ni estoy mirando la realidad de afuera, que parece moverse... ¿o me llevan encerrado en un sueño?” entonces escuchó el anuncio del conductor mulato y su voz insospechada porque parecía muy aguda para pescuezo y boca de pronto tan desmesurados:

“¡La que viene es el Central! ¡Preparen la bajada, señoras y señores!”

El hombre Leandro, al clavar los zapatos en el asfalto semiduro o semiblando, escuchó la despedida de la misma pinchante voz:

“¡Me saludan a los muertitos!”

Permitió que cinco figuras populares bajaran antes, dos señoras en el primer engorde, dos infantas en su aparente ropa dominguera, un anciano de rostro afrentado tal vez por un enquistado dolor que lo empujara hasta el más antiguo cementerio de Ríomar. Leandro contempló aquella disminuida procesión trigeneracional, sus niveles de agobio, de rutina, de descubrimiento. Una mariposa surgió desde algún lugar de la luz cercana al mediodía, como el súbito toque de una lengua de roja transparencia, “la lengua de María Laura al beber su café”, las dos niñas miraron asombradas aquel vuelo destinado a diluirse entre los erectos pinos y los densos eucaliptos al otro lado del portón de acceso. Leandro leyó las letras góticas sobre el gran mármol que oficiaba de dintel: Cementerio Central - Ciudad de Ríomar - XIX - Deo Gr.ti. In Cel.m Ter..s. (El último punto no, es sólo una exigencia de estas narrativas.)

La procesión popular ya había ingresado al panteón, el hombre Leandro cruzó la entrada, una frase hizo como un remolino de otra luz en la cara interna de su frente: ‘Jedem das Seine’, y creció así, como trueno sin aviso un olor a gases pútridos, a carne y grasa chamuscadas, cocinadas, hervidas, quemadas; y el horror de la horca para cuatro pescuezos y las puertas de los hornos extinguidos tantos años atrás. Las visiones del campo de Buchenwald ardieron en sus neuronas, rencuentro no pensado con aquello que

se vio, que no se vivió, pero “¿Qué significa lo que uno sufre si no hay sufrimiento de otros?” concluyó Leandro como si recién empezara a comprender la trama de sus adoloridas entretelas.

A la izquierda de la entrada estaba la oficina de atención al público, además de archivo general y de recepción de solicitudes y de quejas. Un empleado de túnica marrón en tránsito de harapo, gordezuelo de rostro y de cintura, mirada detenida por cristales opacados, sin alzar todo aquello de una silla desfalleciente, respondió a Leandro: “Buenos días, o buenas tardes, ¿no?”

“Sí, buenas tardes... Señor, deseo me indique dónde está la tumba de la familia Vega en lo Alto Ilha. Aquí los sepultaron en los años... bueno, mi padre, mi madre, mi hermana...” no pudo recordar los años, las fechas completas, el discurrir de los espacios y los eones en su curva sin fin.

“¿Así que no se acuerda?” el cuerpo siguió ligeramente afincado en su asiento.

“No, señor... Hace mu... demasiado tiempo, de verdad, como un siglo... Además, yo no vivo en esta ciudad, vengo de lejos...”

“Pero uno igual se acuerda, no importa donde carajo viva...”

“Cada lugar tiene su propia memoria, señor, le aseguro. De chico uno recuerda para adelante, aunque juegue con una pelota de trapo o tenga que aprender a limpiarse la cola, me parece...”

“¡No me diga! ¿Y después, de más grande?” el cuerpo se meneó con mínima suavidad.

“Después... depende de qué después... uno memoriza para atrás... pero mirando para el frente, porque ahí está el pasado...”

“¡Pucha que me habla en difícil!” el cuerpo se arrastró con todo y silla hacia un mueble de manchados metales.

La pregunta de rutina: “Dígame bien los nombres y apellidos, tenemos los expedientes por registro alfabético. ¿Me dijo De la Vega? Ah, sí, son bien pocos con ese apellido, ¿eh?”

“Pocos, en verdad... No, es Vega en lo Alto... No eran de tener muchos hijos, ¿para qué?”

“Mire, yo tengo cuatro y dos por fuera de la libreta... ¡Qué bueno! Aquí apareció Peregrino Anselmo De la Vega... y al lado Trifonia Ilha de De la Vega... y por aquí tenemos a Sara Raquel De la Vega Ilha... ¿Son éstos?” las manos le acercaron a Leandro tres carpetas desolladas por la humedad.

Las tomó, las abrió, leyó, dijo: “Sí, estos son... pero los apellidos no coinciden... Tiene que ser en todos el mismo: Vega en lo Alto, aunque esto no es más que la pura

papelería...”

“¿Y que quiere, don? Los nombres aquí, los esqueletos allá...”

No puede estar todo en un solo sitio, no me joda... con respeto le digo... Al fin y al cabo, no son iguales pero los encontré para usted.”

“Tiene razón” a qué seguir aquella tonta plástica, y exhibió su pasaporte de otro país, “debo renovar mi cédula de identidad...”

“Está bien, don... Leandro Paulo De la Vega Ilha... no, Vega en lo Alto. ¿Y por qué tiene otra nacionalidad?” ya el cuerpo aquel de pie en su lado del mostrador.

“Son dos, la original no se pierde... salvo por traición a la patria, según nuestras leyes... Hay al menos dos que fueron dictadores, un hacendado mocho del Opus Dei metido a presidente y un general fascista de la fuerza de tierra... están presos, uno por cuestiones de salud bien cómodo en casita, ahí se morirá, y el otro en cárcel especial, bien atendido, porque parece que aquí somos civilizados hasta de más... no siempre... Bueno, usted ya lo sabía, ¿no?... Estos dos deberían perder la nacionalidad... un hombre sin patria... o sin patria es un cero a la izquierda del mundo... ¿No cree?”

“Bueno, don Leandro, aquí no se habla de política... es un lugar de descanso...”

“De acuerdo, por favor, ¿me indica dónde están las tumbas?”

“Mejor llamo a mi ayudante para que lo acompañe. Luego le echa un par de billetes medianos, y ahí queda el asunto, ¿ta?”

“Ta” asintió, con aquella fracción de palabra que servía como un comodín en toda conversada “este ‘ta’ no es un invento nuestro, viene de la república Brasileña... si alguien estuviera escribiendo esto, ¿cómo le haría con las mayúsculas que no tienen pronuncia? ¿O ya imaginé esto antes?”

El ayudante de don Rupertino, por supuesto el atento y desprolijo funcionario del panteón cuyo nombre jamás sería conocido por el hombre Leandro, apareció como si hubiera escuchado la plática que transcribimos; venía de orinar, seguro, pues secaba los dedos diestros en la túnica de trabajo, más desmadrada que la de su jefe.

“Aquí estoy, a la orden” un tono de soldado sin cuartel.

Leandro ojeó al ayudante, “demasiado viejo para ese cargo, un sueldo de porquería, me lo adivino, eso pagan sin duda en estos servicios de muerte... Cuanto más mugre, menos salario... arriba está la mugre blanca, el cuello blanco, la camisa blanca, los calzones impolutos, la plata que no huele” hizo la indetenida descarga interna que lo saturaba en vez de vaciarlo.

“Sígame, señor, hay que entrar por la derecha hasta el fondo” explicó el ayudante mientras examinaba nombres, apellidos y números de cada nicho o domicilio quizá permanente, “¿cuánto hace que están viviendo en el Central sus muertitos? ¿No habrá

que hacer la reducción?”

El ayudante caminaba sin percibir el camino, operando con manos de otros oficios los expedientes que don Rupertino indebidamente le entregara: eran documentos de archivo; sólo con nombres y números en un pedazo de cualquier papel hubiera alcanzado. Pero cerca de la muerte siempre se menea algún misterio.

El varón Sol ya había traspasado la inevitable marca del mediodía. Pocas nubes, pocos gorriones, pocas palomas, un único avión, una mariposa desarraigada y tal vez hambrienta, otra mariposa tras los trazos de algún aroma sexual, cruzaban las imperceptibles dimensiones del cálido aire.

El paso a paso, zancadas primero, no fue breve; las arboledas laterales se veían algo distorsionadas por el tenaz e irregular viento del sur, pero dejaban que lienzos de pálida sombra se desprendieran de sus endurecidos tallos para dar empuje a los caminantes.

“Bueno, ésta es la número tres-tres-siete, vea la losa, Peregrino Anselmo Vega en lo Alto. Ah, ¿no hay como una tachadura, un raspado por abajo del nombre? En una desas borraron pa’escribir encima, ¿usté que dice?”

“Pus, a saber... entonces es un palimpsesto, ¿me entiende? Ni pensar que podría darse en un panteón... La pelotuda muerte no es literatura... ¡Coño!” suponemos que una aguja de angustia andaba buscando su hilo entre aquellas palabras.

“Mire, señor, ni fechas tiene tampoco... este finado existe porque están sus señas escritas ahí, namás, ¡qué jodedera, no!”

La aguja recién inventada se lanzó hacia carnes más sustanciales, y don Peregrino Anselmo miró a su hijo desde un sitio indetectable, desde un punto que se iba cerrando hasta lo negro, dijo “¿Qué me están haciendo, Leandro, decime?” y el hálito envejecido perdía su agónica verba.

“Es que duele en pila, mirá cómo me abrieron la pierna para meter los tubos, y el brazo, también lo cortaron para encontrar venas que sirvan...” un suspiro flemoso, un susurro de babas ligeras, “ahora molesta menos, inyectaron calmantes, no dejes que se me caiga la cabeza, tengo que estar medio levantado, eso dijo el médico... sí, así va por lo bueno... ¡Qué joda, m’hijo, un infarto cuando íbamos a tocar mañana en el festival del municipio! ¡Y mi guitarra española reciencito restaurada, con cuerdas de lujo! Si no hay presentación con el grupo... con los muchachos, te pido la guardes en su estuche de cuero, que no agarre humidá. Cuando me reponga la voy hacer que cante, siempre sonó como una mujer que está lejos...”

El hombre Leandro “¿Qué pasa? ¿escucho o imagino este parloteo, este delirio?” quiso alzar la testa paterna, pelos entrecanos, lisos, desorientados; espesamente sudada la piel del cráneo, la nariz

vascongada con sus narinas en derrota, los labios apagados por un silencio sin destinatario fijo. Después, la fuerte osatura a medio vestir, el pecho cerca de lo lampiño, los brazos en desgana, el derecho con su gran peca velluda, “Es un pellejo de ratón que se pegó ahí” había engañado su padre a los infantes Sara y Leandro, el vientre bien nutrido y próximo al derrame de sus escorias líquidas. Ah, decimos, ¿y los ojos? El hijo hizo descender los párpados perplejos sobre los globos tiznados de sangre y petrificadas lágrimas. Luego fue ayudado a horizontalizar un simple cadáver, un no padre, un no Peregrino Anselmo Vega en lo Alto, y en un más luego debió firmar papeles en función de las buenas atenciones médicas y aceptar el certificado de defunción que señalaba inapelablemente “infarto masivo al miocardio... el difunto exhibía exceso de calcio, urea y colesterol en sistema circulatorio... este conjunto médico de guardia, sala 337, Hospital de Clínicas Populares, realizó una atención esmerada de acuerdo con lo escasos equipos disponibles” seguían dos firmas al calce.

“Señor, ¿en qué piensa?, diga” y la voz, como un gesto de aire, señaló hacia unos veinte metros más al frente. Una lápida o pedazo de piedra blanquecina apostada entre terrones, polvo, basuras vegetales y restos de vasos o fuentes de vidrio vulgar.

El hombre Leandro resintió un veloz crujido bajo la camisa, se miró como quien examina la corteza de un árbol transparente.

“Sí, sí, ya voy... ya vamos” y abrió otra senda en medio de sombras verdecidas, de soles ásperos, de sed súbita, de polvo inmanente.

Se cuestionaría la causa de por qué aquellos cónyuges de tanto tiempo de existencia compartida -desde años de aceptable bonanza social hasta el deslizarse sin pausa, hacia abajo, entre niveles clasemedieros de menor consumo o apariencia, pasando por la etapa de las proteínas cárnicas inalcanzables, salvada esa falta por los cafés con leche, el pan, la mantequilla y a veces la vulgar mortadela para desayuno, almuerzo y cena-, aquellos cónyuges quedaron en fosas como lechos separados por carencia de un panteón familiar.

“Mire, señor... ¿Se llama Tri... fonía? Vaya qué nombrecito...”

“¡Respete a mi madre, cabrón! ¡Muerta o el puro esqueleto, la madre es la madre, carajo!” un duro contracomentario.

“Disculpe, es que me pareció raro el apelativo... Y eso que aquí aparece cualquier nombre que ni le digo...”

“Bueno, ahí queda. ¿Y la que falta...?”

“Ah, claro, la de Sara Raquel, ¿no es?”

“La merita... la misma, ¿por dónde?”

La punzada volvió porque el hombre la esperaba. Y la aguja continuó su recorrido invisible, la aguja en la mano diestra que iba dirigiendo construcciones de fúlgidas telas

para vestidos de novia, simulando desde el trazo a lápiz sobre papeles de molde la apostura que la ausente casadera asumiría al cabo de tres o cuatro días, un sábado de soles propicios y campanas abiertas. Leandro percibió un ritmo de tijeras, un pedaleo intermitente de máquina de coser, un respiradero de ansiedad y fatiga, un vocerío que ofendía sus orejas de infante, “¡Estamos demoradas, señoras! ¿cuánto le falta a esa hechura? ¡y hay que pegar las lentejuelas doradas!”, la segunda modista, o ayudante de la primera, asustada y parpadeante, permitió que su aguja le entrara debajo de la uña del dedo gordo y siniestro, una pizca de sangre se instaló en la gasa que era tenuemente manipulada, el vocerío emergió de sus ecos anteriores, “¿Qué hicistes, pedazo de una yegua? ¡andá enseguida a lavar eso, con agua oxigenada, no le echés cloro, putaza! ¡otra más y salís de aquí a pura patada!”, el infante Leandro había colonizado el espacio entre las patas de la mesa central, el ombligo del poder que la dueña de aquellos talleres de costura ostentaba con perversidad y abuso, desde ese punto neutral fungía como testigo sin peso en tales controversias laborales, “¿Ya lo lavaste?, puta, ¡no quedó bien limpito! ¡otra vez, che!”, y se escuchó el sonar sin retumbo, un chasquido oscuro, el golpe de un grueso trapo mojado, rebenque o látigo casero, contra un rostro de mujer joven, no visto en esa instancia por el niño Leandro, pero conocido de muchos días; sólo pudo imaginar con torpeza y dolor la cara de la muchacha, las mínimas lágrimas, un negror cortante en los ojos agredidos, la marca del odio que él encontraría mucho después en la mirada propia, y vio enseguida los pies y las piernas de su madre, zapatos ordinarios cerrados con hebilla y medias marrones de algodón, que se iban rápidamente de la máquina de coser, Singer es probable, y vio una mano de Trifonia que descendía hacia él y agarraba sus dedos diestros, “¡Vámonos de aquí, Leandrito! ¡Esto ya no se aguanta!”, y un grito como un cristal quebrándose: “¡Vos no te vas! ¡tenés que acabar el vestido, o estás loca de la cabeza!”, ya Leandro verticalizado junto a su madre, ella con su bolso de todo guardar, “Doña, me debe la semana, que hoy se termina...”, “¡Semana nada, que creés vos! ¡A este taller se viene a laburar! ¡Si hasta te permito que traigas al boludo de tu nene!”, “Me paga y me voy...”, “¡Te pago un culo, Trifo! ¡tomate los vientos, nomás!”, y entonces madre Trifonia e hijo Leandro se salieron, de testa alzada ella, “Veremos quién acaba ese vestido... Modista como yo, no hay otra...”, de neuronas excitadas él, “¿Qué le pasa a mi mamá?”.

“Señor, sígame, pase por el medio de esos dos panteones. No se me distraiga, uno entiende... los sentimientos sí que joden. Pero hace un calorón y es mejor terminar de rápido, ¿no?” la lógica indicación del ayudante.

Unos pasos, ¿cuántos?, hasta llegar a unas señales en el piso de terrones impuros, polvo de materias diversas, piedras de cal, piedras de óxido de hierro, piedras sin musgo, ladrillos formando un desordenado y anfractuoso rectángulo, “Como en una foto aérea de las ruinas de Sumeria”, una plancha cuadrada de granito desteñido, apenas con quebraduras en los ángulos, dos nombres, un apellido compuesto, fechas bastante legibles, tal vez por esa inercia cósmica que lucha contra la imparable disolución de toda cosa.

“¿Vio, señor? Es la tercera y última... Es que me sé todo esto a la pura memoria, como la tabla del dos, que me la echaba con un cantito: dos-por-una-dos, dos-por-dos-cuatro...” un sorpresivo regreso a la infancia escolar.

“¿En qué sueños de locos estoy metido!” emitió para sí el hombre Leandro, “y este jedor a pipí humano, peor que el de gato o perro alborotado... y las estrellas de cagazón líquida soltadas por palomas y gorriones, pájaros nacidos con la historia de Ríomar... las golondrinas vendrán mañana, semanas faltan... a veces pasaban o pasan gaviotas carniceras... los ciclos se van cumpliendo ¿y nosotros qué?”

“Señor ¿vichó bien lo que está escrito? Sara Raquel...”

“Sí, ya lo he visto. Es de mi hermana este sitio...” y hasta ahí llegó su anotación verbal, pues desde algún lugar inubicable se soltaron frases de puro golpeteo, gemidos de enronquecimiento, flemas en caída libre, y también imágenes alucinadas o ilusionadas, preguntas de confusión y desprecio, “¿Por qué no lo llevaste antes a papá... si tenía infarto? ¿O te confundiste con que era una gripe?” no hubo transición, “¿Y a mamá? ¿Por qué la internaste en aquel ancianato? ¿Para que no te molestara en tu vida de comunista borracho y putaño? Así te fue, te jodiste de lo lindo, poeta fracasado: primero en cana, a la jaula, por tu actividad subversiva, y luego al exilio... Cuando volví de Europa con tu cuñado era tarde para todo... Y mamá ya estaba en la funeraria, ¡qué feo cajón habías elegido! Apenas le arreglé un poco el pelo entreverado y le pinté los labios para disimular que ya ni dientes tenía la pobrecita de Dios...”, el parloteo se ensanchó, “porque ya marchaba para el Cementerio Central. Vos todavía andabas suelto por la calle haciendo maldades contra la democracia, gracias a los milicos nos salvamos. Ah, vos querías ser el hijito bueno, que atendió a su padre hasta el final, y el viejo se murió en tus brazos, sí, pero te ocupaste a destiempo y la cosa se jodió...” el hombre Leandro, sacudido por un torbellino verbal que nadie oía, quiso respirar a favor de un aire casi inmóvil.

“Oiga, don... ¿qué le está pasando? ”Ta muy palidote... ¿Quiere vomitar? Dele si necesita, que a todo hombre macho le toca su debilidad...”

Los ripios del desayuno se mezclaron con el polvillo de la pieza de granito, un doble nombre de mujer recibió ofensa o bautismo. Y ahora todo fue un resplandor agrisado que una nube trashumante sembraba desde un altor de privilegio, “Qué bueno que usted ha

llegado, señor Vega en lo Alto, ¿es el hermano de ella, verdad?” una enfermera de discreta edad, túnica blanquísima y cara alargada con cierta distinción de otra clase; a responder, pues, “El solo hermano, es así señora...”, y como quien pregunta suele contestar, aquella dama, consultando unas hojas sobre la clásica tablilla con sujetador, “Su hermana de usted se encuentra muy... digamos, en situación terminal. Es probable que a la medianoche ya no esté respirando, en realidad, no me es fácil entender cómo resistió una agonía de este tipo...” no acabó su explicación pues el hombre Leandro, viéndose a sí mismo en otra dimensión, y apartando las cortinas manchadas que marcaban los lindes del lecho número 1004, sala 27, Hospital Geriátrico, puso los ojos sobre todos aquellos recuerdos que vendrían con la muerte, la cara ciega de Sara Raquel, casi rígida en su grisura, los cabellos endurecidos por antiguas mugres, la boca oprimiendo un vacío de carne: no era la boca de la destacada cantante que no llegó a ser, y luego la sábana fatigada y la colcha desvaída ya apartando del mundo tanta desdicha acumulada, tanto odio sin destino fijo, o en una de esas, odio por un vientre reseco, ajustado al cotidiano débito conyugal, negado al libre placer y a la continuación de la estirpe.

“Oiga, don... con su permiso, le junté estos huesitos, andaban sueltos por arriba del cemento y de la tierra... ¿sabe?, hubo no hace mucho una inundación, por las lluvias, en este lado del cementerio.

Y los nichos se despetaron todos, hicimos lo que se pudo para ordenar el desmadre. Salieron cosas de abajo, las tablas se pudren según los ácidos del agua... Son tres huesos chicos, uno de cada nicho. Tómelos, es su familia... ¿es o no?” culminó el ayudante, alzando cortamente su siniestra mano sin separar demasiado los dedos de uña oscurecida.

“¿Qué dice usted, señor?” un vértigo en el aliento del hombre

Leandro, “¿Qué putas me está diciendo? Y los tales huesos, ¿qué?”

“No se me encabrone, don... Resultó bravo usted... Es pa' que los guarde, un recuerdo de estos vale más que una fotografía, ¿no cree?”

“¿Y cómo sé yo que son de ellos?” la voz actuaba por cuenta propia, “¿Qué estoy preguntando? ¿Qué coños estoy soñando?”

La voz operó en silencio, y enseguida hizo cuerpo en la pasividad del aire, “¿Y si no son de ellos, si vienen de otros restos, de otra escoria?” una angustia derrotada por el duro testimonio de las sustancias humanas.

“Mire, don, de laburar aquí tantos años, le puedo asegurar que todos los muertos son iguales, y todos los huesos también. Bueno, en una de esas, ¿qué sabemos de que está hecha la osamenta de cada uno? Los hijos no salen sólo del puro coger, ¿no? Tome, son suyos, no me diga que no...” y colocó aquel polvoso tributo en las manos vencidas del

hombre Leandro, quien hizo asiento, ¿qué otra cosa?, en el enredado suelo; al tiro y con los dedos siniestros recogió unos billetes de algún bolsillo, los tendió hacia el ayudante, “Me deja solo, por favor, vaya nomás, gracias por todo, en verdad le digo...”

“Si quiere, don, le traigo una botellita de agua salus...” al recoger los billetes echó su último párrafo el ayudante; luego luego, como en acentuación de vejez, y creyendo escuchar un “no, gracias”, pareció disolverse en los amplios trazos que la luz esbozaba en medio del polvo y su aparente quietud amarilla.

El hombre Leandro hizo entrechocar los huesos entre ambas manos, miró sus dedos rotos o maltrechos por los reumas de la niñez, buscando analogías absurdas, o temblores generados en un indescifrable estado del más atrás, o en una convicción sin razones con rumbo al más allá, o en un relámpago expulsado por el quehacer de esa cosa llamada Tiempo, “Para una tortuga hasta la eternidad debe ser pura materia” un arriesgado planteamiento filosófico, mientras el roce entre las tres piezas grisáceas y reseca daba origen a una sutil polvareda que se dejaba caer hacia lo adentro de “il cuor della terra”, al revés que en los versos de Totó Quasimodo.

“Esta unión es imposible, qué huesos pueden entretrejerse, qué existencias separadas unirse, aunque el polvillo humano sea uno y vuelva al barro terrestre y de ese barro quiera renacer la vida... ¿Qué estoy pensando, ¡mierda!, o es el calor que me mastica los sesos?” y el hombre trató de elevarse hacia su verticalidad, procurando usar la energía de codos y rodillas, así obtuvo su postura cotidiana a un cierto costo de sudor y mocos y asomo de lágrimas tardías, “¿Pero qué hago con esto en la mano? Parezco una publicidad a favor de la pinche muerte...” y despidió casi brutalmente aquellos tres livianos objetos que nada ofrecían a su memoria, que nada representaban en las enervadas cavidades de su amor filial o fraterno.

El regreso hacia las calles liberadoras tuvo la lentitud de un cortejo fúnebre marchando en reversa y concentrado en una sola figura.

“Mirá al tipo ese, arrastrándose de solito, tapado de polvo, sudando a lo bestia, tan firme que parecía, ¿no?” el comentario de don Rupertino mientras revolvía azúcar y café en una enorme taza cuyo color no le interesa a nadie.

“Sí, don, pero la verdad, es que se aguantó a lo macho cuando vio las tumbas, y más cuando le puse los huesitos en la mano... salvo una vomitada rápida, por la calor más bien...” la versión del ayudante, “ya ve que hasta me echó unos buenos mangos, la mitá para usted, como arreglamos...”

“Ta bueno, pensé que lo estabas defendiendo” y el funcionario se zampó un

tremendo trago de vulgar café, acomodándose en su silla burocrática para la primera siesta del día.

El ayudante, el de inédito nombre, miró un par de minutos más el confuso bulto que mezclaba su dimensión con los mínimos temblequeos del aire amarillento. De ser aquellos instantes el núcleo de una hora de la noche, habría recordado el famoso “Nocturno” de José Asunción Silva, pues el ritmo de la marcha del dolido humánido que se alejaba, coincidía con los periodos prosódicos tetrasilábicos usados por el vate colombiano, mas no exijamos en este relato que la rana críe pelo ni que las lombrices ladren. ¿Quién puede recordar lo que no aprendió?

“Pero... a este tipo lo conozco, de dónde será...” el cerrado pensamiento del ayudante antes de meterse en el cuarto de aseo; allí se vería en la oxidada lámina de cristal, “No hay gente más vieja que los muertitos... Si hasta yo quedé más viejo que ayer...”

Fue costoso para Leandro el regreso a la pensión, “Igual pero en sentido opuesto, como casi todas las cosas que se menean...” meditó, sometiéndose por un instante al dualismo no dialéctico.

Al toparse con Rosita en la entrada de la casa de Brigadieres, entendió que debía andar de muy fea facha sólo con adivinarse en la mirada de la mujer.

“¡Ay, señor...! ¿Por qué vuelve tan fatigado? Perdón que le pregunte, ¿de dónde salió todo ese polvo que carga encima de cabeza y ropa? Déme lo que lleva puesto, lo lavo al tiro... sea buenito...” un soplo maternal o de mera solidaridad humanida, que eso existe todavía, “aunque usted no lo crea”, Ripley *dixit*.

Leandro se allegó a su pieza, soltándose de telas diversas, botones varios, cueros cuarteados, apagadas monedas, billetes en declive, llaves mínimas, reloj neutral, lentes de tono verde semioscuro (¿habíamos mencionado los lentes?, creemos que no), y ya en situación de desnudez procuró con piel ávida el aguaje tibio filtrado por los agujeros dispares de la regadera. Las fibras sin espuma lo encapullaron en medio de voces a media voz, de risas insólitas, de agudizados monólogos: su habla también estaba ahí, batida por las aguas de una insólita realidad sonora, y salpicando de saliva y moqueras y cruentos sollozos aquellos caudales que se iban caño abajo, al encuentro del barro primordial.

Ajustada la toalla a mitad de cuerpo, entreabrió la puerta del cuarto 13 y silabeó el nombre de Rosita, “¡Ro-si-ta!, por favor, venga, un minuto nada más...”.

“Está bueno que me dé su ropa, señor Leandro. A ver si a la noche ya está lavada y planchadita... El saco, no sé... para mañana, ¿le parece?” algo como una calidez impalpable

se deslizó en aquellos decires.

“Muchas gracias, porque pensaba tirarme un rato... echar un pestañazo y salir más tarde, de noche, quiero decir...”

“Ah señor, si hasta creo que ni ha comido, ¿cierto?” una acentuación que no era en verdad más que un sobrentendido.

“No... para más luego... Buscaré algún restorán cerca... Usté me indica y ya está...” y se retiró para correr hacia sí el gran pétalo de madera pintada tal vez de azul (no es seguro el color, pues no siempre se ve lo que se cuenta).

“Señor Leandro, si quiere le hago un bife de res con papas fritas... lo ponemos en su gasto de hospedaje... ¿Le gusta jugoso, no es? Y hasta un huevo le puedo agregar, sabroso...” planteo directo de la undécima musa, la gastronómica, ¿qué poeta puede resistir al llamado de tan afectuosas proteínas?

“Gracias, de acuerdo, pero no tengo otra ropa para cambiarme...” una especie de agónica excusa.

“No importa, le dejo la comida en el cuarto, hay una mesita que sirve para lo que venga, ¿ta?” y la partícula final confirmó una resolución inapelable.

Una hora y algo después, más o menos fue esa la medida de uno de los discurrirres del padre Sol, Leandro dormía sobre su lado derecho: el rostro parecía dirigido hacia la Meca, la mano izquierda ceñida como una espada protegiéndole el galopar del corazón, las piernas dobladas en procura de una actitud fetal soslayada desde la primera juventud, el brazo diestro ajustándose al límite de la cama unipersonal. La sombra de Rosita, como el otro ego de su cuerpo, se inclinó para recoger platos, cubiertos, vaso y servilleta de la mesa destinada a múltiples funciones; ojos de sombra fueron hasta el durmiente, pasos sin sonido retiraron la vagarosa presencia femenina, la puerta fue cerrada por aquella voluntad en tránsito.

“¿Qué querés, que me estás haciendo, hijo de tu puta abuela?

¡No vas a clavarme nada en la panza, no y no!” y el hombre Leandro peleaba, desde el asquiento suelo de polvo, ceniza, flores podridas y moscones muertos, como gato alucinado, y la agigantada y sangrosa sombra, derivada tal vez del difuminado pasaje de Rosita, se erectaba sobre él proyectando filos, mazas y puntas de armas no reconocibles, puñales de amarillo hueso, hachas de hueso negro, quijadas de asno salvaje, quebradas calaveras de infante, hediondas sogas de cuero humano, tenazas de coágulos ennegrecidos, tijeras de modista melladas por usos serviles, “¡Andate, cabrón o cabrona! ¡Qué sos o eres! ¡La muerte macho, la muerte hembra!” y cuando el vientre y la entrepierna eran tocados

por aquellos utensilios quemantes, Leandro levantó los párpados, huyó del mal soñar, se agarró de las huellas entretreídas con el aire apagado del primer amanecer, miró las breves cortinas que recuperaban su pálido verdor, escupió flemas, sacudió sudores, desechó lágrimas, “¿Cuántas horas dormí? ¿Cuánto hace que llegué a esta mierdera de ciudad? ¿Dónde carajos está el tiempo?” Y luego, a pie desnudo y tembloroso, entró en el sitio de aseo.

Al volver a la habitación, vio un orden de ropas sobre la silla, y al costado de la cama, sobre una alfombra de pesada fibra roja, los zapatos de todo caminar, despolvados, desludados y brillosos, “animalitos fieles, nunca los bauticé... y bien que lo llevan merecido... hay rumbos y ciudades y charcos y cacas y arenas y orines y polvo y sangre pegados en esas suelas de cuero de verdad” una poca de voz, tenue como un simple pensamiento.

“Ah ¡qué buena onda la buena de Rosita!” y buscó un reloj, su reloj de pulsera, “cuántos años marcándome la vida...”, lo vio sobre el buró o mesilla de noche (tampoco fue mencionado en lo antes de este relato), de ahí una impalpable sorpresa, como si a veces los seres y las cosas pudieran crecer en generación espontánea, “el tiempo, ¿estará adentro de esa pinche maquinita?... pregunta idiota, sí, porque esa entidad llamada tiempo... nació, estoy seguro, con el bigbang... porque el punto teórico adonde dicen que dio inicio este universo... era puro espacio o espacioenergía... se contrajo, explotó, se expandió, arrastrando al tiempo que había generado de ese modo... como separándolo de sí, para que hubiera meneo, pero hasta ahorita nunca se lo quitó de encima totalmente... hay desfases, por eso uno nunca sabe bien en dónde está ubicado... nunca se sabe si uno está viendo o recordando o soñando... ¿estoy en una pensión de Ríomar o me visto ahora para salir a las calles de Cuauhtepeque?”, y nosotros preguntamos: ¿estaba ya vestido para salir hacia una realidad no soñada, o si no hacia un sueño que lo esperaba en una esquina cualquiera?

En la puerta de la pensión, sin aviso, percibió a Rosita que llegaba con sus bolsas de la compra, “¿La ayudo? Permítame, por favor...” una voz retributiva.

“No se moleste, señor, tengo costumbre, voy cada día al mercado, no es lejos...” respuesta de agradecimiento explícito.

“Es un gusto, créame...” dedos rozaron dedos, el peso del mandado quedó así en situación de equilibrio compartido.

Dejaron la carga en las mesas de la cocina, “¿Y la señora Marisa?” una pregunta fáctica.

“Creo que fue a visitar a su mamá... a veces se queda con ella unos días... está muy anciana, es una gallega de fierro, ¿sabe? En España se comieron la guerra, vinieron a

Ríomar casi cuando acabó el conflicto... ¡me contaron cosas terribles que usted ni se las cree!”

“A usted uno puede creerle lo que sea... en usted todo es verdá...” una hilada verbal para seguir el tejido de la plática.

“¿Por qué me lo dice? Le confieso que usted... es como un hombre medio... como que no es de estos pagos, ¿sí o no?”

“Uno nace como el tiempo... lo largan desde una panza, o sea desde un espacio... lo sueltan al mundo, y uno tiene que acomodarse en otros sitios para seguir naciendo... porque uno no para de nacer hasta que se petatea... hasta que se muere...”

“¡Ay, señor Leandro, usted habla bien lindo, suena de lo mejor, pero le aseguro que casi ni le entiendo! Usted tiene estudio, se ve, educación... y una ni acabó la primaria... siempre laburando en lo que fuera...”

A Leandro le agradó el tono del honesto conversadero, “Con María Laura se habla distinto... son buenos diálogos con las dos”, un rencuentro con resonancias que parecían borradas a partir de las fechas de una historia dolida y de súbito tan próxima que el tiempo se quemó como un almanaque inservible.

“Al rato la seguimos, ahorita voy a por un poco de ropa... a las tiendas de los judíos...” un trocar temático, tal vez de necesidad.

“Están en las calles Hospital y Guaraní, casi todas. Son las más barateras. Las más caras, las de lujo y derroche, están del otro lado de la plaza, yendo pal norte. ¿Sabe?, son de los mismos dueños... Como hay guita pa lo que sea, lo poco, lo bastante y lo mucho...” una explicación meramente fáctica, dirían los lingüistas.

“Hasta luego, gracias por su atención, Rosita...”

“De qué, gracias por su ayuda, señor Leandro... ¿No va a tomar alguna cosa? ¿Un cafecito?”

“No, gracias otra vez...”

A los tres minutos bien exactos, el teléfono ladró agudamente, como perro de guardia certera, desde su mesilla de la sala comedor.

Por supuesto, era María Laura: quien no insiste, no existe. Al ser informada por Rosita sobre las andanzas de Leandro, sólo dijo, por hacer bla-bla o por reflejo de inercia, que llamaría en las horas iniciales de la tarde; y agradeció, como persona de natural y atendida educación.

“¡Cuánto detalle me dio la Rosita...!” y de la caseta telefónica, impulsada por su propio aliento, se lanzó a recorrer las tiendas de los judíos, las barateras, sustentada por la convicción de que el dios Azar sería convocado a participar en este relato. Como resultado de una azarosa acción, al rato no más María Laura se toparía obviamente con el

hombre Leandro.

Realizadas a limitada plenitud las adquisiciones vestimentarias, “Veo que no te gusta hacer pruebas de ropa” había observado María Laura, mientras el hombre, apenas por unos segundos, depositaba su figuración, “así que yo soy el otro...”, en el espejo de la tienda ‘Hija de Zión’. Luego del intercambio de telas y billetes, la muchacha y el hombre Leandro visitaron galerías de arte y librerías apostadas al poniente de la plaza Liberación, mientras la estatua del general Don José Aragón se movía por gracia de reflejos astrales y penumbras descolgadas de la variopinta mezcla edilicia que rodeaba el principal espacio público de Ríomar.

La muchacha propuso pasar por el Sorocabana, otra clásica cafetería mencionada en páginas o pláticas anteriores. La cuadrada tapa de mármol de la mesa apostada a la izquierda, y sobre una ventana de impolutos vidrios biselados, como quien entra desde la plaza (había otra entrada-salida por calle Miraflores), resultó una zona súbitamente fría, desangelada, que sólo un par de violentos cafés consiguió humanizar a la medida de aquellos trashumantes usuarios.

“Bien distinto del Tupambaé, ¿no te parece?” Leandro tejió un comentario a diez o quince minutos del arribo, “es como un sitio de otra ciudad... de una ciudad administrada por reyes extranjeros... no sé diseñar bien esto que pienso... o será que uno al ir caminando y cambiando le da su tono a cada asunto...” palabras distendidas para disolver, se nos ocurre, la gramática de angustia que María Laura no dejaba de representarse y que oscurecía la presencia de aquel hombre llegado de ninguna parte.

“El café está gustoso, tiene su fuerza...”

“Cierto, muchacha, pero hay que echarse dos o tres para que sientas un buen calorcito en las tripas...” “Si es como vos decís, o como tú dices, acá sucede que no se ve a los otros clientes... Están bien ajustados a su silla y a su mesa, beben café o capuchino, o cerveza o un brandy, pero son nada más que un silencio hecho de barro... ¿Cómo decirte?, si casi ya hablo como tú...”

“Estás en lo justo... este local tan limpito, tan decente, tan discreto en ruidos y humo... con tanta gente en lo suyo, ojeando diarios de ayer y revistas deportivas o pornográficas... pero en verdad, aquí estamos tú y yo, ni la mesera existe con su falda corta y piernas de buen ver... ¿No estaremos soñando lo mismo al mismo tiempo y en un mismo lugar?”

“Eso sería algo que no puede suceder, me parece. Suena muy lírico. En verdad, es complejo para mí saber si hablás en serio o no, aunque al otro lado de lo serio no haya broma, sino como una burla bastante oscura, escéptica... creo que casi siempre...” el discurso de María Laura fue como escaparse de una imantación que no era solo la

posibilidad de un ensoñamiento.

“Mirá, pasa que en esta vuelta mía que recién ha empezado... y que ni sé cómo puede continuar, ni por cuánto tiempo... se misturan los ires y venires de la ciudad... rostros que nunca había visto... y que de pronto se convierten en personas de una realidad... que no es la de ayer ni tampoco la de ahora, ¿me comprendes?”

“Eso es bastante entendible, lo tenés muy elaborado, creo... Pero estás hablando como si no estuviéramos aquí. ¿Has pensado qué ocurre con los meseros, con los clientes, con el vendedor de lotería que acaba de salir por la puerta a Miraflores? Ellos, ¿nos ven o no nos ven? Y si nos miran, ¿a quiénes miran?” palabras que dudaban de sí mismas, del mero aliento que las amparaba.

El hombre Leandro echó unos pestañazos, es decir, hizo bajar a puro impulso los párpados que los lentes de verde cristal no pudieron en ese instante proteger, bajaron tres o cuatro veces, hubo expresiones de fría humedad, un rostro adensado que surgió como una máscara antes no expresada.

“¡Me cachis! entraron los milicos, son como seis tipos empistolados, sin uniforme, alguien nos cantó, seguro... y yo esperando de solito a los compadres... cuando entren los van pescar... ¡qué haré, coño! ¿para qué citarnos en este café de mierda?... ¿por pura tradición?, es la estúpida idea de mostrarte para que no te vean...” palabras recordadas sin aviso, como un ronco aleteo.

“¿Qué me decías, Leandro?” la pregunta de quien no puede traducir la sintaxis de una lengua envejecida, “¿Por qué hablas así?, apenitas te escucho...”

“¡Vámonos, María Laura! ¡De una vez!” y el hombre, alzándose, sembró dos billetes sobre la mesa congelada.

“Sí, deja que recoja los bolsos de la compra, es tu ropa nueva...”

Sobre la plaza Liberación vibraban aires de un próximo estío o de una descolocada primavera. El hombre respiró hasta ahogarse, porque estaba huyendo otra vez de un golpe de ensoñada realidad, las piernas dolieron como las de quien regresa de un viaje sin medida.

“Tengo que rajarme de aquí, los hijos de puta siempre vuelven... te buscan, te rastrean, te huelen, te vigilan, te localizan, te esperan, te agarran, te sueltan, te pescan, te interrogan, te machucan, te lastiman, te alimentan, te hambread, te cuelgan, te descuelgan, te pinchan, te cortan, te masacran, te queman, te violan, te exilian, te desaparecen... ¿a qué vine aquí, decime, María Laura? ¿a encontrar qué?... ¿a mis compadres que detuvieron los milicos de civil en aquel o este pinche Sorocabana?... todo ahora tan en otro sitio, tan pulcro... ¡pero que todavía hiede como el incienso del culto a la jodida muerte...!”

La chava, colocada de pronto en una dimensión sin asidero, pudo decir solo “Vámonos, Leandro... vámonos.”

Caminaron muchas cuadras como si el mundo urbano fuera una neblina de torpe transparencia. Hacia el norte marcharon, lentos y oscuros bajo el ocre solar, traspasando la larguísima avenida Constitución Poniente hacia los barrios bajos de calles disparejas y plazuelas en descuido, mezcla de terregales con adoquines, baldosas y asfalto. Árboles resistiendo unos inseguros amagos de sequía, breves jardines de cuidado popular, casas de un piso y paredes de bloque o madera, con su pintura barata y vistosa como cubriendo la inocultable pobreza. Había banderas en algún local político: rojo, azul y blanco en ese orden horizontal, “Colores tejidos por la historia y que recordaban a Don José Aragón, el oriental por excelencia, no el esteño que nunca fue, el exiliado emblemático, el federalista, el traicionado y el vencido, el que luchó contra sí mismo para no regresar a una patria o patria primera, desconocida y adulterada” explicó sin necesidad lo ya sabido el hombre Leandro.

Entraron en un bar esquinero; allí bebieron, ella alguna cerveza y él dos cafés de espesa hondura con todo y borra. Los habitaba un silencio distinto, a causa, ¡quién sabe!, de que en la muchacha había ingresado un inicio de conocimiento que le aturdió las neuronas.

“¿Qué habría percibido, más que visto, Leandro en aquel Sorocabana? ¿Habría en él una tendencia a la alucinación o a las ilusiones sensibles o sensitivas? ¿Qué daño expresaba de ese modo... y esos cambios impulsados desde alguna médula herida?” apegada a su silencio, María Laura ratificó que no era fácil soslayar aquellos tonos de una personalidad tan vulnerable y tan poderosa.

“¿Qué más les sirvo, señores?” pregunta habitual del dueño de aquel bar, nombrado ‘El Boliche’ según el rótulo sobre la puerta única. Los miraba con la certera lejanía de quien sabe lo que está viendo. También miró hacia la calle suavemente ensombrecida por varias nubes desorientadas que, sin decir ‘agua va’, se desprendieron de finas gotas misturadas con el amarillo astral.

“¡Fai um tempo louco, do carallo!”

“Este señor es compatriota de Marisa... son parte de nosotros como nación” susurró Leandro con tono de doctor pedantesco.

“¡Chove pero fai sol!”

Y el hombre Leandro inevitablemente recordó la canción de Alfredo Guitarrója: “Gallego, cabeza de hormiga...” y el recuerdo se metió en el aire, hasta la oreja de la muchacha.

“Entonce... ¿qué vai querer?”

“Igual... disculpe... usted es de Galiza, ¿no?” inquirió Leandro.

“Clariño, don, daí mesmo... Meu nome es Francisco Javier, pero me dicen Manolo, de cuando era chico” discurso cordial, suelto.

“Perdón, Francisco como el generalísimo Franco...” el hombre Leandro no pudo retener el comentario sin motivo, por pura y tonta analogía, digamos que habló así.

“¡Carallo, homen, osté me jode falando así...! Mi padre foi un rojillo y allá en Galiza lo mataron... ¿Osté qué es, un facho?” su voz impregnó el ámbito del bar, figuras se nervosaron entre asientos y mesas y mostrador.

“Disculpe, don Manolo... No fue por mala leche... Es que me acordé de cuando la guerra de España, la Sefarad de los judíos que tan bien estuvieron ahí tanto tiempo, hasta que los reyes...”

“¡No me lo cuente pra mí, para que vai pa'tras no tempo! El Franco filio da puta casi se come viva o muerta a Galiza y a toda la España, ¡coño!”

El hombre Leandro ojeó los movimientos que vibraban en el local, una alerta sin peso, sin presiones, “Son gente de trabajo, obreros, empleados de comercio, laburantes de lo que venga, no hay pedo con ellos... son de otra realidad... pero el gaita se calentó, tiene razón, ni modo...”

“Señor, repito, ruego me disculpe, no hubo mala intención... lo dije por la igualdad de los nombres... Es que las burlas y las veras van muy pegadas... Siempre estuve con la república, hasta ahora... a ver cuándo se sacan de encima a ese rey borracho, mujeriego, ricachón, cazador de ciervos inocentes... Ah, ¿supo que están apareciendo muchas fosas comunes en Hispania? Querían tapar todo, como aquí... es que el fascismo es uno solo, ¿sabe? Cambia de nombre o de apariencia, con o sin parlamento, hasta con elecciones formales, pero fascismo siempre. En beneficio de los ricachones... Eso creo, don Manolo...”

“Está bon, eu vo a disculparlo, señor...”

“¿Le dije que me llamo Leandro? Soy de aquí” información para los otros, el coro silencioso y ondulante, “del barrio las Cinco Esquinas, por la estación de trenes, para arriba de la avenida del Este... ¿conoce por ahí? Era barrio medio tranquilo, que a veces se complicaba...”

María Laura pidió otra cerveza, un distractor, sí, aunque las tensiones habían quedado a media altura. Don Manolo ubicó la botella sobre el justo e invisible ombligo de la mesa, previo pasaje de un trapo discretamente limpio, en medido gesto que ella percibió.

“Agora chove, mais sein sol... O tempo ta ficando maluco, como este país, mesmamente... ¿No acredita nisso, don Leandro?”

El hombre, interrogado de ese modo tan cotidiano, vio en los ojos del gallego una indefinida malla de gotas golpeantes, de vívidas moléculas abriéndose, de brillos estirados como agujas de oro, de espasmos luminosos, de intercaladas oscuridades, de inviernos imprevisibles; vio el recuerdo “de aquellas lagartijas, pálidamente verdes, que surcaban los altos vidrios de la cocina de la casa de la infancia, la casa en un suburbio de Ríomar, en cacería insólita de moscas, libélulas, polillas y avispa que, perseguidas por la lluvia de un otoño cualquiera, buscaban posada cerca de los fogones adonde se calentaban sopas y carnes en las ollas y sartenes de cobre adquiridas a los gitanos que cada año deshilaban por el pago su reiterada trashumancia. Y la casa de buen tamaño, tipo chalet medio afrancesado, terreno extenso, naranjos, durazneros y manzanos; y los perros para vigilancia permanente, un dálmata de segunda mano cruzado con barbilla, de apelativo Rodríguez, y un mestizo de todo pelaje llamado Señor Perro, por lo grandote. Y la casa de los vecinos italianos, don Giusepe y los hijos, todos hombres de la construcción, hacedores de moradas ajenas, aunque habían fabricado la propia con su horno para el pan de ancho y oloroso cuerpo circular, y doña Pasca, la rolliza dama ciega que cocinaba y lavaba y planchaba con manos despaciosas y certeras. Y la tajada de aquel pan irrepitible, cortada por don Giusepe quien afirmaba la primicia caliente de harina, mantequilla, sal y agua contra el pecho, y luego un riego de azúcar sobre la espuma de la gran miga blanca y el encarnado vino que convertía en vida la totalidad de la ofrenda que un niño mordería y bebería sin dudar y para siempre, ‘El vino, il sangue di Dio!’ Y la lluvia sin peso que tocaba las hojas del parral, un lloviznar saturado de avisos de pájaros y ladridos casi disueltos en el esplendente verdor del mediodía...”

Esto, pensamos, fue un ensoñada narración que Leandro imaginó, tal vez una corrida impensada hacia o desde la dimensión multiplicada de la infancia, o quizás la esplendente lectura en un libro aún no escrito. “Me miento o me sueño” tal vez agregó a su cogitación, como quien traspasa a pura mirada el discurrir de un humo sin fuego.

“¿Qué me decías, Leandro?”

“¿Que te decía de qué?”

“No sé bien, o no escuché bien... O no hablaste... Como que todo es raro aquí, en este boliche... Hablaste con ese gallego Manuel... pero no sé si existe, si me sirvió la cerveza... Y los otros como un coro sin voces, apenas moviéndose... Mejor nos vamos, ¿no?”

“Sí, nos tomamos los vientos, con todo y lluvia... Don Manolo, le pido la cuenta, por favor...”

“Gracias, don Leandro. La casa vai esperar a vosés... Ainda chove un poquiño, me lembro dos invernos na Galiza... Tein que aproveitar el verao y el outono... Boa tarde...”

Dos, tres cuabras caminaron, lentos, húmedos, a puro silencio, como quienes inician un viaje sin término, guiados por un anciano ciego, “...und hinter einen blinden Alten/ des Weges gehn, den keiner kennt”, habría pensado algún lector de Rilke.

“Bueno, creo que vuelvo a la pensión. Tú tendrías que cambiarte de ropa. Tendrás también cosas para hacer... no quiero distraerte de tus asuntos, tus estudios” la voz despeinada de Leandro.

“Como quieras, pienso que debes ponderar las fuerzas de tu regreso... Caminar en unas horas lo que de seguro recorriste durante años... Ni que fuera una semivigilia, donde todo puede ser tan rápido que el semisoñante pierde el aliento y el asidero a lo real del mismo soñar...” sugirió María Laura bajo sospecha de utilizar un fraseo similar al del hombre Leandro.

“¿Apañamos un taxi, no te parece? Yendo a pata no sé si llego entero...”

El coche con su banderilla libre apareció desde un rincón de la neblinosa nada. Las calles despejadas por el agua cósmica fueron recorridas como en un traslado instantáneo, “Todos los taxistas se parecen, todos los carros también... capaz que todos son uno solo... una unidad mística de cuerpos o bultos bien distintos...” pudo haber pensado Leandro: es que con los personajes... nunca se sabe, en verdad que no. Y este agonista piensa por su propia cuenta y voluntad...

El asunto, expresión de la inercia general, era llegar. María Laura se ocupó de bajar las bolsas con las nuevas ropas del hombre, también de señalar el rumbo hacia la habitación número trece, de dar apertura para el paso del inquilino, de ayudarlo a dar orden primaria a su cansado regreso.

“Debes descansar, mañana será otro día...”

“Le dijo el zorro a su tía...” completó Leandro, y rieron los dos, quizá por primera vez se interactuaron así, a distancia mínima, sus alientos a cerveza y café. Una molécula de saliva femenina saltó hasta la lengua del hombre, un envío no previsto en esta narración, “Es algo de ella, bien raro, es como un mensaje invisible... o un simple desprendimiento sin ninguna relevancia...”

Enseguida, María Laura dejó caer su prevista ausencia en el centro de la habitación luego de un par de saludos, “Chau, Leandro”, “Chau, María Laura”.

Eones después, la lluarada se acentuó con el discurrir de la noche. Leandro dormía, o creía dormir, con los párpados apenas replegados en postura de descanso. Figuras en penumbra se congregaban y disgregaban fantasmáticamente como en una letra para tango de Alfredo Lepera. Poco antes de la primera línea de luz, el hombre sintió que dos manos

renegridas oprimían su cabeza de infante con una almohada espesa de lana cruda; quiso respirar, gritar, roncar, ladrar, maullar, gruñir, suspirar, moquear, sollozar, expirar, “Fue la primera vez que entendí lo que era el silencio oscuro, la opacidad de la materia, la angustia desgajada en los pulmones, el horror de ser uno su propio vacío”, eso relataría ¿cuándo? a su psicoanalista favorita o lo derramaría sobre cualquier mesa de cantina mesoamericana. Y Leandro vio a Sara, su hermana visitada en el camposanto décadas después, es decir, en el tiempo actualizado de este relato multipolar; vio a aquella Sara de diez años, pues, aferrarse a las apretadas trenzas de la mulata Josefina, la empleada o sirvienta o secretaria doméstica de poco salario, con enérgicos y casi brutales tironeos, para apartarla de aquella agresión y salvar al hermano único, al preferido, al consentido, al futuro cabrón alcohólico y dicen que putaño, que se exiliaría de su aristocrática ascendencia vascuense, de su honesta familia conservadora, de su imperfecta formación académica, de los proyectos de empleado más o menos clasemediero, de la verbalización de lo cotidiano, de las tradiciones que la historia oficial del país parecía señalar como inmutables; buscando qué: ¿un sacrificio subjetivo gracias al riesgo político de mero comunista? ¿o el encuentro con la palabra babélica, la poiesis individuada, que le daría un sentido no acabado a la desdicha y al fervor del mundo?

Y entonces sí gritó, separando de su rostro la ligera funda de la almohada que lavara y planchara Rosita, rechazando con los pies sábanas y colcha de suaves tonalidades ocres. Pero ese gritar no fue suficiente para una despertada de temblorosa adrenalina, un grito que no arriba totalmente a la conciencia, “Y entonces nos metimos en el río Yuí, el río Agua chica... éramos como cinco muchachos, estaba uno de mis primos de San Pedro de Apricó, le decían Viyí... porque de muy chico dijo, al ver la correntada aquella, ‘vi el yí? ... nos metimos, pues, y luego de unas brazadas en el centro de una espumosa formación de burbujas de oro plateado... un torbellino que solía cambiar de sitio, simplemente me absorbió con asombrosa y vertiginosa verticalidad... llegué a clavar los pies en el barro movedizo del fondo... ni aspirar ni gritar ni vomitar ni nada... el regreso de un conocido silencio, de un vacío pleno de zumbidos inaudibles, de una soledad de piedra mojada, de almohada empapándose, de un horror que en verdad nunca se había disuelto... y de súbito, en los oídos una especie de música, silbidos y toques de tambor y galopes de bestias informes, palabras sin traducción posible... la mano de mi primo se agarró de mi largo pelo de esos tiempos, sacándome al aire esfuminado de un verano que depositó en mi ánima la misma asfixia, el mismo ahogo, que seguro experimentó aquel muchacho que apreté contra el empedrado de una calle de barrio... porque, junto con otros, había querido bajarme los pantalones en el asiento de atrás de un viejo automóvil Ford, abandonado en un callejón de aquel barrio de mierda... la cara ya estaba azulándose

cuando sus compinches me golpearon para que lo soltara... lo solté y nadie más intentó tocarme el culo... era costumbre entre los chavos... parecíamos mandriles... tratando de montarse uno a otro por provocación, supremacía, reconocimiento, ofensa, deseo... lo jodido era cuando se aparecían los grandotes del barrio, la barra brava con fama de cogelona... a escaparse como conejo o poner las nalgas contra la pared... esto me pasó, porque yo no me dejaba manosear, así lo cuento: me colocaron contra un muro y empezaron a juntar piedras, cascotes, pedazos de baldosa... para lapidarme... esquivé el primer ladrillazo y me les fui por un hueco entre dos que se habían agachado a pescar unas piedrotas negras..." y se hizo el despertar del hombre Leandro, ahora sí. La boca emitiendo una vibración salivosa, tal vez un sabor a líquida molécula perdida, la sudoración caminando por una piel despintada por la luz ya amanecida, los cabellos de ceniza café hundidos en el pellejo craneal, la entrepierna goteante de orines amargos.

La ducha fue administrada con ánimo dispuesto a la lentitud, la enjabonada se repitió y se repitió, todo como un ritual sin sacerdote ni templo ni suplicantes ni limosnas ni sacrificios ni campanas ni llamados ni flautas ni timbales ni dioses ni profetas ni cánticos.

"Ah, la intocada piel de adentro... ¿Quién podrá ser más sucio que impuro, o ser más en limpieza que en pureza? Hay rincones de uno que ni el fuego limpiará nunca..." se entredijo Leandro, "ah, ¿qué acordamos con María Laura? ¿Me llamaría o qué?"

Dicen que la fe se alimenta de la duda (¿Unamuno?), entonces el hombre regresado a Ríomar -como si esto escuchara- discurrió de pronto, o ya lo venía entrepensando, que su viaje al pago de nacencia no debía contaminarse con presencias afectivas, de esas que le remueven a cualquiera hasta la sombra medular de cada hueso, de esas que provocan la dolencia de un futuro irrespirable.

"O en verdad de verdad, ¿no sería el miedo originario a la musa... a la dulcísima enemiga que puede chuparnos la palabra que parece ofrecernos?" fue otra vez la misma y revolvida duda, la misma canija hesitación, la misma perplejidad oscura que también lo ligaba a los azares de la realidad.

Y luego luego: "¿Qué relación hay entre María Laura y mi vuelta a lo Martín Fierro? ¿Qué estoy encontrando por aquí, donde el verde es otro verde y ya no traquetean los tranvías amarillos...? ¿Qué, aquí, en esta ciudad pegada a un mar falso...? ¿Encontrando qué: un gato esquelteándose de hambriento, unas paredes rajadas, unos umbrales sin puerta, unas ruinas de polvo y papel, un atisbo de sangre envejecida? ¿Y ella, qué? ¿Es una musa no más? Entonces, ¿para qué sirve la soledad? Sería mejor agarrarme a algún viento, el que pase más cerca, y salirme de la pensión... aunque por acá uno está

bien atendido... y perderme o encontrarme en tanta calle que espera... mas ¿qué es lo que espero yo mismo, coño? ¿A qué vine, qué regreso es éste?”

Es probable que no pudiera explicarse aquel continuo malsoñar que salpicaba con manchas sombrías la desnudez de su deseado descanso. Porque estaba desnudo, vulnerable, esmirriado de piel, con la carne a la vista, por más ropa nueva que comprara, “Y así no puede uno andar por estas dimensiones urbanas...”, se dijo, como si hubiera leído lo antes escrito o como si buscara en su previsible reflexión la posibilidad de una autocrítica o de un deslumbramiento.

Ya de vestido completo, bolso al hombro, dio unas decenas de pasos sin raíz hacia la cocina, soslayando los espacios del comedor, allí estaba Rosita.

“Que el buen día sea suyo... le dejo en este sobre la deuda con doña Marisa... debo irme de la ciudad, no se lo había comentado... a la vuelta nos miramos... o le telefono unas palabras... la verdá, me hubiera sido agradable platicar un rato más con usted...”

“Pero... ¡cómo dice! Y sin avisarnos antes...”

“Sí, no siempre uno decide lo que debe de hacer... nos pasamos buscando un sentido... una realidá más verdadera o menos turbia... y eso sí, como ahora, sin advertencia de nadie, sin señales de abajo o de arriba... a cambiar de rumbo...”

“¿Qué dirá doña Marisa, don Leandro? ¿Qué no lo atendí bien, como el señor debe merecer? ¿Por qué no le deja unas líneas escritas, para que no se agarre conmigo... patrona al fin? ¿Me haría ese gran favorcito?”

“Sí, por supuesto, con todo mi gusto...” y trazó unas líneas al tiro en una hoja a rayas de cuaderno escolar, que alguien había ubicado en la mesa de la cocina -de seguro para favorecer el desarrollo de la escena-, entre la tabla de picar verdura y una olla a presión que quizás esperara sus raciones de nutrientes varios.

“Le dejo mi tarea, espero resulte útil. Véala si está correcta así...”

Rosita entreleyó bien a lo rápido, su tema principal era otro.

“Y... ¿tiene pensado cuándo lo vemos de nuevo por la pensión?”

El hombre Leandro intentó contemplar la totalidad de aquella mujer de pueblo laborioso, “Nadie puede percibir todo, para eso tenemos a la vieja imaginación, esa amiga a veces descuidada...” habrá sido su pensar, mientras a límpido ojo y olfato escudriñador alcanzó a comprender su primario acercamiento a Rosita, dentro de un esbozado cosmopolitismo: una mujer entera, navegante de revueltas realidades; una musa más histórica que María Laura, y tan apegada a lo inmediato como desprendida de su quehacer en el alucinado mundo ríomareño.

Es probable que por eso el hombre respondió: “Nos vemos sí, pero en otro lado... Yo te aviso, Rosita...” en un impensado tuteo que pareció asombrar a la mujer, aunque ese

trato sin duda ya estuviera previsto en su movediza, intuitiva conciencia.

Por lo tanto, nada de sorpresa en el beso profundo, a pura lengua, con que se saludaron, más que se despidieron. Porque hay certezas que no conocen raigambre, ni tiempos que no se espantan del futuro.

Rosita no lo condujo hasta la puerta de calle, ni lo vio partir, porque entendió para sí que aquel hombre de ninguna distancia, hasta de ningún país, había dejado en ella una forma de estar siendo o de ser estando que, a la verdad, en ocasiones lejanas había sentido como algo borroso pero inevitable y cierto.

Y comprendió de manera irrefutable que “Vivir es respirar contra el mundo, y respirar es también tenerle miedo al aire...”, y Rosita respiró el humo de la cocina, los vapores de ollas y sartenes, su propio sudor y su mero aliento, “Aquí estaré, esperando el llamado de este hombre que conozco por Leandro... porque él sabe que vendrá a mí cuando lo nombre... cuando nos nombremos...”

Los tres días siguientes fueron para Leandro como ráfagas difuminadas o temblorinas sin trazado posible en los asientos de la memoria, “Debe recordar muy poco / el que no se acuerda’ e nada”, solo pudo improvisar un poco a lo Martín Fierro. Estaba sentado en uno de los bancos del vestíbulo de la estación de tren, una construcción levantada por el capital inglés del siglo XIX, y que, al cabo de gobiernos casi socialdemócratas, de derecha criolla, de dictadura neofascista y de neoliberalismo tardío o modernidad demorada, se mostraba con los revoques desgarrados, las grandes puertas corroídas por orines perrunos y cacas humanas, las ventanillas de venta de boletos cerradas, los anchos pasillos hacia las vías eran tiraderos de gente sin casa ni esperanza, los baños una síntesis hedionda de toda inmundicia, las locomotoras y los vagones asentados en el silencio de las vías y la negligencia organizada.

“Un zoológico de bestias gastadas, muertas... y fierros ennegrecidos... y vidrios con manchas y roturas fosilizadas... aceite y petróleo coagulados en los durmientes...” es posible que así discurrieran las ideaciones de aquella especie de extranjero que alguien vio sentado por ahí, bajo un inmedible techo cruzado por ecos y susurros.

“Oiga, señor. ¿Me oye? Le aviso que aquí no puede estar, ¿no? El servicio recién empieza pasado mañana... o traspasado, yo qué sé” un tono apenas imperativo, que pretendía serlo un poco más, el del cuidador o vigilante o miembro de la seguridad de los Ferrocarriles del Estado. Parecía no tener cara ni brazos ni nada similar a un cuerpo humano, solo el puro uniforme color azul en derrota.

“Sí, pero... la estación no cierra nunca, señor guardián... hay atención y entradas y

salidas las veinticuatro horas...” la tenue afirmación de Leandro, interrumpida su reflexión octosilábica y desbaratado su presunto discurso para sí.

“Eso fue mucho enantes, una pila del tiempo de atrás, ¿no se acuerda, señor?” el tono ahora de objetiva evocación.

“Pues sí, siempre todo... antes, antes... la edad de oro, ¿no?”

“Disculpe, tiene que irse... Si quiere descansar, cerca del estadio hay buenos lugares... Son como cuatro cuadras, saliendo por la izquierda. Allí estará a gusto, ya verá” y el uniforme azulenco inició su retirada definitiva de esta crónica.

Leandro caminó, como quien flota en aguas salobres, por calles apenas dibujadas entre el pasto. Los aires resueltos en brisa algo espesa trajeron frases como gritos, vibraciones como rugidos colectivos, huecos silenciosos elevándose. Fue disminuyendo aquella lejanía sin nadie.

“Ni una pinche gente, ni un pinche perro, ni una pinche nada de nada... solo hay movida allá en el pinche estadio... ¿habrá partido? ¿qué día será hoy... si es que estamos a hoy?”

Por encima de unos árboles de hoja ancha y troncos en fuga hacia ramas desbordadas de temprana sombra, el hombre pudo alcanzar a punta de mirada los primeros trazos verticales de la torre del estadio. Allí se veía la bandera de la República del Este, en rojo, azul y blanco horizontales y en ese orden, con un sol de guerra insertado en el centro, que casi insensible respondía a los toques de una brisa de seguro dominguera. Minutos después, emergió la gran imagen de cemento del Coliseo Bicentenario, famoso, digamos, porque en su nunca acabada estructura y en su maltratado césped la selección nacional había logrado el primer torneo mundial de fútbol, “Sí, Leandrito, jugaron como dioses rubios, morochos y mulatos, sangre italiana, vasca, española, negra, de indios no... ¡Cómo gocé con esos partidos! ¡Cómo le ganamos a todos, a pura calidad no más, tuya y mía, y pelota adentro! Dicen que Carlitos Gardel fue al vestidor a saludar a los jugadores nuestros antes de la final. Otros comentan que también hizo lo mismo con los porteños de Santa María del Buen Ayre, porque respiró por allá durante muchos cachos de su vida... Pero no se quedó a ver el partido, como un fronterizo entre dos patrias, ¿no te parece? Como tu tío Alejandro, que se marchó a Europa y hasta se casó con una franchuta de la burguesía de Lyon... allá murió, después de la guerra” el discurso de don Peregrino Anselmo pareció encontrar un súbito espacio actualizado al salir de alguno de esos desgarrones de la memoria que siempre torturaban al hombre Leandro, “Papá, ¿por qué no vamos a Francia, a ver al tío?” pregunta de niño perturbado por cada sencilla ilusión de cambio o movimiento.

Un rugido aullante y sibilante rompió sin aviso el tenue lienzo entretejido por la

paciencia del aire: “¡Ggoooo!” y un retumbo que fue golpeando las cruces del Panteón Norte, que cruzó la Avenida Oriente hacia el sur, hacia los nutridos núcleos habitacionales de clase media que sobrevivía medianamente, hacia las zonas baldías ocupadas por el poverío llegado de provincia, hacia las regiones arboladas como un muro protector del extendido barrio Herrera Chanel, “El de la gente bien, que es la peor, según Bertrand Russell” rememoró el hombre Leandro, fascinado por la enorme voz popular que era, en el fondo de sus neuronas, la reiteración sonora y actuante de una identidad nacional ansiosamente buscada y aún incompleta.

“Eran más cuadras, no las cuatro como dijo aquel fantasma de azul... ¿cómo no recordé cuántas? ¿Solamente se olvida lo que uno vivió? Pero... ¿quién está jugando hoy? ¿La selección?”

“Claro, ¿quién va a ser? Vamos ganando uno a cero, a una selección mesoamericana... Juegan bastante bien esos cabrones, por acá nunca vienen... porque pierden” emitió una sombra crecida sin presencia al costado derecho de Leandro.

“Oiga, oiga... yo a usted no le pregunté nada...” al tiempo que volteaba para ver lo que había escuchado. Donde puso los ojos, solo un indefinido rasgo vertical, una paralizada columna de humo, unas fibras prietas y delgadas, unas hilachas de ropa en disolución.

“El gol lo metió Enzo Lanfor, ese rubio le pega con las dos patas, efecto y fuerza... ¡y adentrito!” así Leandro percibió como un arrastre o un carraspeo en retirada.

“¡Qué carajo con este tipo! ¿Qué es lo que vi... qué es lo que escuché... quién coños habló si es que habló?” y el hombre Leandro, a puro instinto no más, quebró su rumbo por voluntad de zapatos expertos todo-camino y buscó la dirección contraria, hacia el oeste, bordeando los altos murallones del Panteón Norte, surcando las duras burbujas de calles embarradas, de plazuelas inéditas, hasta toparse calladamente con un costado del Parque Popular.

Al pisar la acera desapareja, una mezcla de arenillas, baldosas fragmentadas, trozos de periódicos de estragada utilidad, bolsas de plástico sin degradar, colillas de cigarros vulgares, preservativos perforados y resacos, plumas de palomas tal vez degolladas, restos de muñecas de pálido trapo y cáscaras de manzanas mutiladas; al pisar aquel límite del parque, algo como una mano se entretrejió con sus dedos zurdos, el escalón de la acera o vereda o banqueta comenzó a multiplicarse, “¡Vamos, subite rápido que ya empieza! Sí, por aquí esta bien, atrás del arco” las disposiciones verbales de Peregrino Anselmo, “Y yo me senté donde él me indicaba” narraría ¿a quién? en épocas tardías el hombre Leandro, “fue mi primera visita al Estadio Bicentenario... yo cargaba solamente unos seis años, ¿o siete?, lo recuerdo porque mi papá me llevó a ver aquel partido... porque yo había sacado buenas calificaciones en la escuela... también la ocasión en que él expulsó con furia

vascuense un tremendo insulto contra el árbitro: ‘¡Conchudo! ¿Qué cobraste, sifilítico?’... blasfemia que solo entendería no muchos días después, cuando pregunté a un compañerito... de segundo o tercer grado por el significado de tan afrentosos calificativos... No, en ninguna otra circunstancia escuché luego a mi padre expresarse así... ni en riñas normales con mi madre, cuando no alcanzaban los dineros para el gasto de la casa... A veces él se encabronaba severamente... entonces buscaba calmarse templando y aplicando algunos rasguídos milongueados a su guitarra española... creo que de marca La Segoviana... ¿Qué recuerdo mejor de esa ida al fútbol? Cuando gritamos ¡ggooool!, un pelotazo que todavía percibo en cualquier aire de domingo amarillo... de no sé cuántos metros la pescó de boleo el mundialista Pero Petronio y casi revienta la red...”

Y los dedos se retiraron de la mano zurda del hombre Leandro, y los zapatos se aquietaron en una no prevista zona de pasto limpio, “Así estaba la cancha ese día... brillando de un verde fuerte...”, y hubo una respiración ávida, como la de quien ha gritado una primera vez su ira contra el mundo, para luego seguir buscando durante décadas el eco primigenio de su voz, el gesto sonoro de libertad iniciática que dolorosamente se transformaría en canto.

“Sí, le digo que el canto es un viaje en medio del silencio... o a través de los sucios barullos que la máquina de la realidad produce como infinita basura... y hay que limpiarse la lengua, pasarle una jerga a las encías y al paladar... y con un cuchillo raspase los dientes, y hacer unas gárgaras profundas con menstruación de musa y saliva y leche de mujer...” eso diría el hombre Leandro, no sabemos a quién, descendiendo dolidamente las graderías del estadio, adonde volantes y periódicos eran encendidos como las fogatas de un ejército victorioso, para apartarse de las aplastadas hierbas salvajes y entrar en busca del corazón del Parque Popular.

“¡Todavía están los juegos! La rueda gigante, los autitos chocones, el tiro al blanco con dardos o escopetas, el horrible y húmedo túnel de los fantasmas, el semivivo gusano loco con sus vagones colorados, el carrusel tintineante, la sala de los espejos que se mueven, el circo de un payaso solo... pero, ¡no puede ser, es imposible! ¡Aquí está la tremenda gorda africana, la Emperatriz de Ébano, con pelo y barbas azules, y una densa pelambarrera entre los senos sin término, apenas cubiertos por un cuero de tigre falso! ¿Y ese mulato gordito, medio en pelota, que le seca el sudor a golpes de abanico de plumas de gallina? ¿Se estará clonando la Emperatriz? ¡A la puta! ¿Qué edad tiene la cabrona?” asombrándose el hombre hasta de su hablar en sí, como presintiendo que si aquel caos de temblor, de colores vulgares, de olor a indigencia, de groseras risadas, de tanteos en cuerpos huyentes, de sórdidas propuestas en orejas sensibles, de viajes veloces en trenes y asientos giratorios, de niños espantados por súbitos fantasmas, de botellas despreciadas,

de vasos de cartón mordidos, de altavoces bramando canciones de moda, fuera el mero encuentro con un no imaginado espectáculo, entonces todo aquel meneo simplemente nacía al borrarse de su transida memoria.

“¡Putá que lo reparió! ¿Quién puede vivir dos realidades en un mismo tiempo, en un solo lugar y en único sueño? Infante era yo cuando la Emperatriz Negra me desquició por primera vez, creo, las apariencias de lo humano. ¡Y todavía haciendo lo de aquel tiempo!

Si hasta me solté de mi madre para acercarme a olerla... Un aroma desconocido dio fuego a mis narinas... una mistura de naranjas agrias con sobaco picante y entrepierna acidulada... ¡Y ahorita la miro casi como antes, con sus nalgas sin término, sus barbas azules con fibras blanquecinas... y ofreciendo leerte la totalidad de tu existencia solo con mirarte en un ojo a ojo de un minuto... y tocarte la frente y la bragueta en caso de varón, y el cuore y el ombligo en caso de hembra... de inmediato daba su profecía, en un habla de toda mezcla posible: español de los saharauis, portuñol de nuestra frontera norte, papiamento caribeño, bantú aglutinante, cocoliche ítalo-castellano, francés seudo apache... nadie salió engañado de tales consultas... al iniciar el frío empujado por los vientos del impreciso sur y sus oxígenos polares, eran alzadas las tiendas de aquel universo de cotidianas maravillas... regresarían al siguiente año, perpetuando un ciclo que daba ocasión de seguridad y sustento. ¿Y si le pido que me haga una limpia de alma... o me entregue una predicción parecida a mi destino?” dijo para oreja de adentro el hombre Leandro, conducido sin duda por el nuevo olor de la Emperatriz que se juntaba con el recuerdo de olores antiguos.

Y la gran señora de esa especie de imperio cerrado en sí mismo, al advertir el arribo de un simple ejemplar de la especie más atristada, tejió un ademán hacia el mulato abanicador en señal de obvio aquietamiento y semiexclamó:

“¡Otra volta tú pur istas casas, como quéin regressa дума viayen muito cumprida! ¡Lei é patso, istá maluco, trés foú, mon ami! ¡Ah, dime, wa, aba, bamuna...! ¿Pour quoi tein voltado para mim? ¡Ich bin di cuin! ¡Béin que eras un pícolo bambino, un gurí de merda!

Mais, eu soy toda tua, ¡só para ti agora...!”

Leandro trepó el único y alto escalón del entarimado, vio las barbas moradas y los labios como oscuras salchichas aplastadas y la nariz que salpicaba moquillos con cada espiración y los ojos similares a planetas de negror esplendente, y se venció al depositar su cabeza sin gorra ni lentes entre los cósmicos muslos de la Emperatriz Negra, como quien abandona tenuemente en el suelo un fruto próximo a madurar.

El inclinado hombre Leandro, sin ser o sentirse mirado o visto por nadie, escuchó la

profecía que tradujo así, bajo sorpresa de comprender la babélica mescolanza usada por aquella Madre Universal:

“Deja de soñar a lo pendejo, no respire demasiado, no camines de espaldas al viento, no inventes más palabras, no te acuestes con mujeres de humo, no mires a la Luna llena, no bebas mucho Sol, no busques la piel que perdiste, no toques ningún espejo, no camines por calles de sombra, no olvides a tus enemigos, no recuerdes qué pasó con tu alegría, no ayudes para ayudarte, no regales tus heridas, no regreses a donde no estuviste, no gastes tus lágrimas, no perdones a quien pueda perdonarte, no limpies tu cuerpo con fuego, no vuelvas cuando retornes de tu regreso, no hables delante de un sordo, no cantes en medio de los ciegos, no sueñes sin mentir...”

Digamos que luego el hombre Leandro, de pie y ya apartándose a costo de íntima energía de aquel pueblo circense rápidamente desleído por una distancia de cien o doscientos pasos, fue tocado por un llamamiento desprendido de un ámbito que empezaba a oscurecer, como un espacio en curva presionado hacia el poniente:

“¿Estás de solito, no? ¿Querés un poco de compañía?”

La mujer cualquiera lo miraba desde los ojos de una mujer que parecía no ser ella misma.

“Un discurso de oferta muy vulgar... pero esta dama tiene algo muy suyo... un ligero resplandor, como decía mi amigazo Alfredo Gravina, porque sin resplandor... no sé, tal vez la mirada que se cruza con la penumbra del aire...” y enseguida dio sonido a la operación neuronal:

“Solo, sí, como todo el mundo... Ah, ¿compañía para qué? ¿Tan de solo me ves?”

“Más o menos, sos de los que tiemblan poco. Me gusta eso, ¿sabés? Porque hay gente que quiere el puro mimo, como si le tuvieran miedo a las ganas de ayuntarse, ¿se dice así?”

“Se dice de tantas modalidades... pero todo es casi lo mismo... más o menos tiempo, más o menos gusto, más o menos soledad...”

“¿Vamos, entonces? Mi casa está cerca, hay que salir del parque.”

“Salir, ¿a dónde?”

“Cruzamos la avenida, aquí al frente sale la calle de la casa. Es barrio de pobres, ¿viste?”

“Estoy viendo... ¿y tu nombre? El mío es Leandro...”

“Yo no digo nunca como me llamo. Mis viejos eran de la etnia charrúa con machaluhana, mezclados, porque puro no hay nada, siempre me lo contaron. Y esos indios, según mi padre, tenían un nombre para afuera y un apelativo para adentro: jamás lo pronunciaban. Si alguien los nombraba, podían dejar de ser indios, se volverían

animales de poca vida... También tenían un par de designaciones para cada cosa o bicho o persona. Y usaban la que les parecía mejor y según el momento. Es raro todo esto... ¿no?”

“Ta buena tu narrativa, pero de alguna manera hay que llamarte, ¿es así o no?” y pensó que Ayesha le vendría bien.

“Bueno, me conocen como Ella...”

Ya habían traspasado la avenida y estaban pisando el vacilante terregal de la calle Huérfanos, una especie de anfractuoso camino matizado de pequeños basurales, charcos ominosos y aceras mal trazadas o nonatas. Y a los costados, las líneas retorcidas de ranchos raquítricos y chatos edificios de lata, hojas de plástico y tablas disparejas, y en los techos, entre láminas de metales diversos o breves arreglos de usadas tejas españolas o francesas, antenas artesanales para radio y tevé.

“Parecido a los barrios del poeta Líber Falco...” se habrá sugerido Leandro.

“Es la número sesentinueve, ¿cómo dicen no sé dónde... creo que en Mesoamérica? Ah, su casa de usted...”

“Sí, gracias...”

“Entrá, ponete cómodo. ¿Tomarías algo: café, refresco...?”

“No, ta bien. Linda tu casita, es distinta de lo que vi en tu calle.”

“Es de buen material, ladrillo, cemento... La construyó mi padre, con mano de obra propia y casi sin ayuda... hasta tiene una azotea para tender la ropa. Los del barrio cuelgan los calzones y las sábanas enfrente de los ranchos... entre la gente de aquí, nadie se roba nada. Algunos afanan cosas, delitos menores, pero en otros barrios.”

“Sí, por aquello de que lobo no come lobo...”

El hombre Leandro sostuvo de pronto un efecto de bienestar al sentarse en el estirado diván de la sala-comedor.

“Aquí todo es de segunda o tercera mano... pero se ve que cuidado y limpio...” se autocomentó el visitante.

“Si precisás pasar al baño... es por allí, entrando en el dormitorio, a tu derecha...”

Cuando Leandro salió de su rápida sesión de aseo, Ella lo esperaba con su libre piel en pálido reposo y el recién descubierto cabello oscuro, “¿Cómo era su pelo cuando la miré en el parque?”, asentándose sobre una almohada de fúlgido blancor. La elaborada penumbra daba extraños volúmenes y oquedades a una figuración humana no imaginada siquiera por los cronistas de este semisueño.

El hombre creyó percibirse desnudo, por motivo de un toque de frío en la espalda y en el desamparo de los muslos. Se inclinó como un rey vencido o como un guerrero expulsado de guerras sin fechas, sin lugar y sin historia.

“Así que ella... eras... eres tú...”

“¿Qué ella? Yo soy Ella... Vení conmigo...”

La boca de Leandro buscó y encontró el núcleo de todos los orígenes, el surtidor de las fuentes sagradas, las doradas espumas de un océano inabarcable. Pero allí también empieza la angustia que solo habrá de morir cuando toda la sangre se endurezca en las arterias de un hombre sediento y brevemente inmortal.

“¿Qué es lo que pasa ahora...? ¿qué brazo es éste, qué pierna, qué oreja, qué jugo, qué sudor, qué jadeo, qué saliva, qué erizamiento, qué temblor, qué lágrimas...? ¿Cómo preguntarle a Ella... a qué Ella, quién es Ella... cómo preguntarle si ella no sería un avatar de María Laura, qué ideación tan loca... o hasta Yemanjá, la musa blanca o mulata de todos los mares y charcos del mundo? Mas ¿por qué inquirirla así, de dónde esa interrogación, con apoyo en qué derecho?”

Y Leandro vio una figuración elevándose del cuerpo de Ella, la semidormida dueña de la casita de barrio; una Ella apenas respirante, la boca entremordiendo la almohada deshecha, que dejaba ir de sí misma una transfigurada emanación envuelta en telas de oro blanco.

“¡Sí, es Yemanjá que nace del cuerpo de Ella, la hembra dormida que no pudo esquivar su misión cósmica!” casi sonorizó el hombre al mirar la ascensión de la intangible figura hasta que ésta, descendiendo ligeramente, tocó su frente enfebrecida con la suave transparencia de una mano volandera. Y se hizo la noche en aquella habitación adonde un hombre, sentado en el suelo de rústicas tablas, dio inicio a un llorar en ofrenda a su completa y más de sí indefensión solitaria.

Leandro despertó, o creyó que despertaba, medio tirado o a medio sentar en una banca de granito rojo, bautizada la cara por erráticos goterones de agua como suero dulce, “La linfa del río parecido a un mar... río marrón, escribió alguien... barroso ponto contaminado por cadáveres que le obsequió la dictadura... cauce de misturadas sustancias tomadas de ríos extranjeros, de cálidas y frías lluvias del norte y del sur... burbujas de basura matizando playas populares... morada móvil de sardinas, mojarras, bagres, corvinas, lenguados... ancho cuerpo abierto de aguas entreveradas que el piélagos atlántico devora...” es muy probable que soltara su retórica.

Le faltaría o faltó la analogía de “vasto cristal azogado”, tan rubendariana, pero la insistencia de las olas contra el malecón lo obligó a pararse. El frío acumulado chocó con la fuerza de la sangre que tercamente empezó a buscar su predominio. El envío solar convertido en calor dio ánima a su ánimo de él, del hombre Leandro. Hubo rutina de tallado de párpados y de escupir jugos de boca en fermentación y de retirar pequeñas

solidificaciones alojadas en la nariz. Faltaba la orinada ritual y necesaria.

“Ah, ahí enfrente hay un barcito, me tomo un café y así me dejan pasar al baño... Parece que ahora hasta te cobran cinco pesos por mear si no consumes nada... Es la modernidadddd...” construyó un razonar políticamente correcto a pesar del ayuno y de la temprana luz de un otoño veraniego; porque él siempre había sostenido que se piensa más positivamente con la panza a medio llenar.

Se pasó de rápido al otro lado del malecón, automóviles y camiones y hasta algún arriesgado ciclista elaboraban un tejido de velocidades y cursos a veces no previsibles, “¡Más modernidad para este país de porquería! ¡Miren esos modelos nuevos, marcas de puro prestigio, presumiendo que es así como debemos vivir, ilusiones de nuevos consumistas: a todo lo que da, olvidando un pasado que no existe, tocando un futuro sin presente inmediato!”

Ubicado ante una insólita mesa de tres patas, y efectuada la ceremonia fisiológica de orinar, “No te salpiques, nene, y lavate bien las manos” la observación de su padre en el mingitorio del Estadio Bicentenario, tribuna Colombes, adonde habían arribado durante el descanso de quince minutos entre tiempo y tiempo de aquel partido que terminaría El Nacional seis, Pignarolo cero, “Siempre le cumplí a mi padre, me enseñó que con dos sacudidas bien logradas era suficiente... muy hombrecito me sentí al utilizar el baño de los ‘caballeros’, me pregunté aquella vez por dónde habrían dejado su caballo... además, muchos eran por la pinta gente desprolija de vestiduras, poco peine, cigarros baratos, alpargatas flecudas, zapatos descuidados y ordinarios... vi unas vergas de todo tamaño... sentí vergüenza de mi pobre pito... aprendí que había que tomarlo entre índice y pulgar de la mano diestra y separar las piernas... y solo mirar para abajo, en estado de concentración... más adelante le vería el bicho, como dicen en Puerto Rico, a un par de grandulones del barrio... agarraron al pobre Luisito, un chavo medio tonto que siempre andaba con su cachorro mal de comida... primero le dieron unos huesos al perro, para distraerlo, y luego, entre las matas secas a un costado del campo baldío... le bajaron pantalones y calzoncillos... Él estuvo siempre de callado... éramos varios mirando el atropello, nadie dijo nada, como asombrados de miedo y sucio misterio quedamos... alguien dijo que le habían llenado el culo de leche al Luisito... yo no sé si vi, salí de volada y no pisé nunca más aquel sitio... fui de vomitada en vomitada hasta la puerta de mi casa... esa noche me oriné por última vez en la cama...” y Leandro pidió un café y dos panecillos tostados con manteca a un mesero no representado y de incontenible lentitud.

“Tengo que seguir, ni modo... Para esto vine... Esto... ¿qué?”

La paseata fue muy extensa, entre ventolinas frías y pulsiones de raro calor, un Sol irregular girando en otros universos, un cielo de engañosa altura, unas nubes que

acumulaban lluvias para las jornadas siguientes. Leandro miró hacia su izquierda, el malecón o costanera o rambla descendía en ese punto hasta la playa, piedra y asfalto se entretejían con la arena color ocre pálido, “Nadie, ni gatos ni perros ni gaviotas... nadie, ni un vagabundo de ánima extraviada, ni una vieja suripanta arrastrando su trapos... nadie. Esta fue la playa del Cerro... ¡Carajo! ¡Dónde putas está el Cerro de Ríomar! ¡Me cachis! ¡Recién ahorita veo que hasta ahora no lo vide!” y el hombre Leandro, en estado de azoro, de asombro, de alucinación invidente, de ilusión onírica, de ensoñación perversa, hizo girar su cabeza con todo y lentes durante unos perfectos 360 grados.

“¡El cerro, dónde está el cerro! ¡Si tenía un faro arriba, y un fuerte que los milicos usaban de museo de armas! ¿Y los barrios que le crecían en las laderas? Barrios de gente de laburo bruto en los frigoríficos, gente de lucha, peleones sin venderse por un salario o una promesa de los parlanchines de toda la vida... los de la presunta ‘clase política’ ” y Leandro caminó por la playa, tocó con pie cuidadoso la dureza mojada de la orilla, volvió a mirar hacia el poniente, percibió unas nubes bajas, gruesas de lluvia potencial justo encima de donde debería estar afincado el Cerro de Ríomar. Se inclinó sobre las pacíficas ondas manchadas de petróleo, que al atardecer serían olas de limitada energía, se empapó las manos para así refrescar un rostro correoso y castigado por el miedo, por la sospecha de no estar ahí, de ser parte de esos nadie que habitaban una playa tal vez inexistente.

“¡Mejor me voy a la merísima puta abuela que me parió!” insulto o blasfemia que, aunque usado muy de vez en vez, alcanzaba efectos más revitalizadores que un lavado de cara o un café negro como corazón de verdugo.

Siglos después llegó a la boca este del Puente Libertad, y ya a medio cruzar y aprovechando la altura, puso los ojos debajo de las nubes y su futura lluvia, “¡Putra madre! Y no está no más el cerrito, solo se ve como un agujero y un montón de casas metidas en tierra de sembradío... y una cancha de fútbol... solo eso... Bueno, la realidad tiene sus caprichos... ¿o no lo habrán privatizado con faro y museo y todo? Porque estos neobabosos no dudarían en vender hasta los calzones de su madre...”

Leandro, cansado de su estéril monólogo y agarrado a la baranda del puente, envió los ojos hacia sus más adentradas entretelas, y aparecieron una serie de chisporroteos, unas lenguas de relámpago bermejo, unas oscuras fulguraciones, unas caras de mujer que se devoraban entre sí, un montón de nombres que extraviaban sus letras para transformarse en otros nombres, unas hileras de cuerpos hinchándose saturados de grasa y sangre verdinegra, hasta que dejó de ver cuando alguien gritó:

“¡Señor... señor! ¿Qué le pasa? ¡Agárrese bien, no se caiga!”

Una de las piernas del hombre estaba del otro lado de la baranda, como buscando un apoyo más débil que el aire. Debajo discurría el arroyo Pantanal con sus jugos

acrecidos por las lluvias del norte, anunciadoras del otoño.

“Se parece a la voz de la Rosita... de María Laura... o de Ella... ¡qué importa de quién! ¡Pendejo de mí! ¡Siempre con el pánico de morir por asfixia y ahora con una pata de afuera, esperando a la otra! ¡Quién la puso ahí, por arriba del barandal! ¿Quién me mueve, quién es el que ordena y manda adentro de mí?”

El hombre Leandro hizo un ridículo medio salto para atrás y bien de nalgazo cayó casi a mitad del puente. Escuchó unas vibraciones como risas y altos murmullos de burla agresiva. Se paró sin dignidad ni estilo, miró hacia el extremo oeste del Puente Libertad y decidió terminar de cruzarlo para entrar luego en ruta hacia el norte, hasta el Puente Viejo. Allí tomaría algún autobús para entrar de nuevo en la ciudad.

“El eterno retorno... parece que existe... Si no, ¿para qué voy a hacer esto que están escribiendo por mí, para que yo respire?”, aunque en Leandro había una irritación intelectual, una inconformidad genética muy vascuense, una sospecha dialéctica, que no le permitían aceptar la teoría conservadora de los mundos cerrados como vitrinas, que se nutren de sus propias alucinaciones y que solo interactúan egoístamente con lo externo bajo amenaza de empobrecimiento o destrucción.

Cerca del Puente Viejo, recordó un rato más tarde, según alguien en cierta instancia le informó, había un restorán de pobres, con su menú de ocnis, o sea, objetos comestibles no identificados. El vértigo hacia abajo, los ojos buscando el vacío en aquel vertedero de líquidas suciedades, “Porque hay vértigo hacia arriba”, el pánico de morir por agua, la caminata de puente a puente, se resolvieron en una pulsión de paladar ansioso, de dientes dispuestos a domésticas cacerías.

“Sí, por favor, me traes una milanesa a caballo con papas fritas... pan, refresco, café...” había ordenado a la rápida, antes de sentarse a una mesa de compleja geometría, “Es una cruza de triángulo isósceles con trapezoide... una mesa mestiza... ¿este país no será mesmo así? Menos que Mesoamérica... un mestizaje entre italianos, españoles, centroeuropeos, hasta negros y coreanos... y algo de genes charrúas, machaluhanes, más de guaraníes... ¿Eso es lo que somos? ¿Hay un promedio llamado esteño o ríomareño?”

La milanesa anticipó un grueso olor a fritura vulgar, las papas tenían inesperado resplandor de límpido atardecer, el pan cortado al descuido expresaba un intuitivo y albidorado equilibrio entre sal, harina, fermento y agua.

“Y el pan, Leandro, ¿cómo se inventó el pan?”, la pregunta casi metafísica que parecía obsesionar al poeta Charles de Montemayor, durante una plática no programada en una cafetería del barrio de los Coyotes, en Cuauhtepeque, y recordada por un simple hombre que empezaba a masticar su cotidiano alimento terrenal.

“La llegada de una malhecha milanesa puede traernos un arrastre de olores y

transfiguradas sustancias... que no siempre funcionan como imágenes olfativas... son objetos de otra realidad golpeando las negaciones que la memoria quiere imponer... es difícil ver algo suelto, como existiendo solo y por su cuenta... ¡Qué carajo es este pensar! Mejor es salirme y echar los cien pasos para bajar la comida... no sé por qué le siguen poniendo tanta aceite a la fritanga...”

Leandro dejó sobre la extraña mesa la versión dineraria de lo ingerido, y al pisar la acera, sin entender el porqué, volteó para confirmar su percepción inicial:

“¡Putá! En este restorán no hay mesero... tampoco quien atienda el mostrador del bar... ¿Quién cocinó lo que comí? ¿o habré masticado una milanesa de gases, unas papas fritas de humo, un pan de niebla?” y se escarbó groseramente las encías hasta extraer coágulos mínimos de carne, huevo y grasa; rípios de papas y harinas ennegrecidas; moléculas de café azucarado; espesos cuajarones de saliva propia.

“¿Quién me sirvió... con quiénes hablé... si es que platiqué con alguien...?”

El hombre Leandro dio rectitud a su espalda, sosteniéndola contra la puerta de altas maderas y brillante llamador de bronce; las maderas, pintadas de verde nuevo, y el llamador bronceo, una torneada cabeza de león. Se descubrió sentado en el único escalón de entrada a la casa finisecular de la calle Chananá. Se paró a examinar el número de la placa, signos negros sobre metales blancos.

“Días fastos y nefastos, soles y noches” habrá sido su potenciada y raquíca reflexión.

Levantó la cabeza de bronce y dejó que la inercia produjera una onda de sonidos de duro eco hasta la pared final de aquella modesta residencia de barrio de medio pelo, “La pura puertecita no más...”. Y esperó, como había esperado -lo comprendió súbitamente, tal vez- incontables horas en su asiento de mármol hasta que un democrático Sol lo incitó a la verticalidad.

La puerta fue entreabierta pausadamente, una visible cadena de hierro controlaba la apertura, detrás hubo una indecisión de sombras, un susurro de flemas, un envío de hálitos impuros.

“¿Quién es? ¿Quién está ahí? ¿Qué quiere?” una ronquera de mujer no corporizada.

“Buenos días, disculpe... Pero... ¿sabe que yo nací en esta casa?”

Hace un tiempal... unos cuantos años, claro. Y me dio por venir a ver el sitio de mi origen... No quiero molestar, señora...”

“Ah... Señorita... Julia, esa soy yo. No molesta... pero ¿usté cómo se llama? ¿Su familia era del barrio de las cinco esquinas? ¿De dónde viene usted?”

“Soy Leandro Paulo Vega en lo Alto Ilha, todo eso, o casi... A veces siento que me llaman ‘el hombre Leandro’, es raro escucharse así... Mi familia era del interior, mi padre de Tacuaemborá, y mi madre de San Pedro de Apricó... Cuando yo estaba por nacer, vivían por la estación de tren de la colonia Mangas, arriba del Panteón del Este... era el puro campo... viñedos, árboles de fruta o de sombra, ovejas... ahora he visto que cambiaron mucho los paisajes...”

“Está bien, señor... Ahora me disculpa usted, no lo hago pasar porque esta casa... está todo muy desordenado ¿sabe? Anoche hubo una fiestecita con los amigos... ¿Por qué no viene mañana... o pasado... pero de nohcecita, y así podemos conversar? ¿Le parece?”

“Bueno, quedamos de ese yeito... Antes de que me retire, ¿podría decirme si la casa tiene un zaguán no muy largo, con una puerta a la derecha que da a la sala, y otra de vidrio biselado que lleva a un patio techado, donde hay un rosal y macetas de helechos colgantes?”

“Sí, más o menos... Pero el rosal ya no está... en verdad, nunca lo vi... Yo alquilé la casa hace unos seis o siete años, solo...”

“Al patio se abrían dos recámaras y un baño... al fondo, la cocina y una escalera a la azotea... ¿Es así, no?”

“Buena memoria tiene, señor Leandro... Usted, después de nacer, claro, ¿venía seguido por la casa?”

“Aquí vivieron unos parientes de mi madre, se la ofrecieron para que se aliviara del parto... De chavo vine algunas veces, siempre tratando de recordar cómo había nacido... Le di trabajo a mi madre, yo era y soy muy cabezón...”

“Me perdona... pero nadie puede acordarse de cómo vino al mundo...”

“Me perdona usted... yo puedo decirle cómo fue... me acuerdo de todo... y nadie me lo contó...”

“¿No me diga? ¡Eso no se lo cree ni Jesucristo!”

“Yo abrí los ojos saliendo de la panza de mi madre... Vi las manos de la partera, llenas de sangre...”

“¡No, no! ¡No me cuente nada! ¡No me joda más! ¡Váyase, hijo de puta!” y la puerta de los altores verdes se cerró brutalmente, resonando el golpe como el de un seco corazón en el largor de la ya despierta calle Chananá.

Siempre hay alguien que oye, siempre hay quien ve:

“¿Qué hace ese tipo a esta hora parado como un poste a la puerta del burdel de la señorita Julia?”

Siempre hay quien contesta, por meter baza no más, o por mera inercia del habla:

“A sol o a sombra, es el coger...”

El hombre Leandro estaba de pie, mirando dolorosamente los árboles y las palmeras que daban feroces brincos en el achatado aire que iba cubriendo de gris la rambla del Este, límite dispuesto entre el río como mar y los crecidos barrios habitados por “los pudientes, los que pueden lograrlo todo menos evitar la maloliente vejez y la democrática muerte...”, suponemos el cansado discurso del viajero en razón de sus tradiciones personales, pero debemos ayudar a que entienda qué hace en ese sitio, exponiéndose gratuitamente a una visión poco creíble, como si necesitara distorsionar los ecos o las manifestaciones de la realidad para encontrar en esa transmutación la certeza última de su estar en la carne.

“Ah, ¡mira cómo se menean esos eucaliptos, parecen juncos, y las palmas reales se sacuden como bailarinas de cabaré! ¡Quién me dijo allá en Cuauhtepeque que en este presunto paisito todo estaba quieto!” y Leandro se apartó de tales visiones, más lento y más oscuro en medio de un capullo de neblina que pareció llevarlo hacia otras percepciones, siguiendo el espacioso largor de la avenida Carrasco, que cortaba en dos segmentos similares aquel barrio de ricachones.

La parroquia para gente exclusiva mostraba una puerta no estrecha ni ancha, dos mamparas cuajadas de anuncios rituales y advertencias negativas, una especie de mendigo de cabeza gacha y dedos levantados sin fuerza, “La publicidad piadosa de la casa... todos se parecen... ropa con olor a cementerio y a semen, cáscaras de mугre en el pescuezo, uñas de inmundicia cortadas a puro diente, zapato en un pie, alpargata en otro...”, luego un pasillo con su castigada alfombra, unas bancas polvorientas y vacías, un altar: o sea, una mesa sin mantel de terciopelo con su piedra consagrada para la misa, un ámbito asociado a cierta desnudez de elementos: solo una cruz sin cuerpo sangrante colgaba como un ahorcado. Y luces silenciosas cruzando entre vitrales opacados por una decadente verticalidad.

Leandro se volteó para un regreso rápido, “¿Por qué entré? ¿porque mi madre era cristiana de Cristo... nada de curas ni templos? ¿Qué hago en esta iglesia, ni ornatos tiene... ni un jodido Jesús colgado según la estúpida tradición! ¡Ni un mártir de ojos revueltos gozando el suplicio concedido!”

Hubo varios rostros que se abrieron desde la penumbra, hubo ademanes como puñales, hubo ojos amargos que miraron hacia el capullo de niebla que sostenía la marcha demorada del hombre Leandro. Hubo infamante vocerío, aulladas blasfemias, groseros clamores:

“¡Putas, nadie me ve! ¡Le gritan como bestias ignorantes a una simple bola de

neblina... que se mueve adentro de una iglesia de mierda! ¡Y algunos portan armas blancas... y uno alza una lanza... y aquel gordito trae una esponja... y ese otro carga una palangana... y esa tipa con un montón de espinas en cada mano! ”

El hombre Leandro con su túnica de niebla saltó por encima del menesteroso de dedos levantados y testa baja, y desde la acera pudo ver el albarán blanco y las letras rojas: “Se alquila o se vende templo. Teléfono 666”. La no cerrada puerta le permitió ver también bocas insultantes y escupidoras, y multiplicadas manos que golpeaban, apresaban y arrastraban al mendigo hacia el fondo de la parroquia, hacia la cruz deshabitada y hambrienta.

El hombre Leandro solicitó ser disculpado, “Perdón, no la vi, señora... es que ando como distraído...”

“Sí, bien que se nota. Hasta la pinta... un poco descuidada, ¿no? ¿De dónde viene usted? ¿Va a visitar a algún familiar?” una presencia sonora adecuada a una representación física que emitía vibraciones de acercamiento.

“No, pasaba por aquí de casualidad... Caminando para darle aire al cuerpo... con todo y lluvia...”

“Pero... por más distraído que uno ande ¿cómo se le ocurre pararse casi a la puerta de la Mamá Grande? ¿No vio que hay milicos cuidando...? Y son medio bestias... Mire no más cómo lo miran...”

“Recuerdo que acá metieron a mucha gente... intelectuales, obreros, estudiantes, dirigentes sindicales, hasta algún cura cristiano, políticos de la izquierda, cantidad... muy pocos guerrilleros...”

“¿Por qué dice que se acuerda? Usted no tiene edad para olvidarse de nada... ¿o no estuvo por aquí en esos años?”

“Estuve, bien que anduve en aquellos desmadres... También viví en esta cárcel unos meses... Me soltaron por error, ni el fascismo es perfecto...”

“Ah, por eso pasaba frente a la Mamá Grande... no vino de distraído no más. ¿Qué está buscando, qué parte de lo que vivió en estos sitios?”

“Yo no busco nada, solo quiero encontrar...”

“Me cae que usted es un tipo algo raro, como un poeta... Es que dice y no dice, todo al mismo tiempo...”

“Es que no sé si estoy aquí, platicando con usted...”

“Mire, nos apartamos un poco del portón, ¿sí? No aguanto a esos miliquitos con ojos de cuervo...”

“¿Le parece bien este lugar? El árbol protege de la llovizna...”

“De acuerdo. La verdad de la verdad, ni sé por qué estoy de charla con un... desconocido. Y me disculpa...”

“No se inquiete, que todos somos desconocidos. Si uno habla con los demás, no es para que lo conozcan o lo redescubran... es para conocerse, verse un poco por dentro... laburo largo que cansa...”

“¿Cómo lo trataron cuando estuvo preso? Le pregunto, y ahora lo digo para que nos quede clarito, porque estoy colaborando en unos trabajos de investigación sobre la dictadura... Vengo a menudo a buscar testimonios, información directa o indirecta, más que nada sobre violación a los derechos humanos...”

“Esa violación venía de antes, de los gobiernos autoritarios... con el plan Águila de los gringos para la región sureña, las cosas fueron sistematizadas... terrorismo de Estado, aunque el hambre, la miseria, la ignorancia y la degradación moral son parte de ese terrorismo... la democracia burguesa, formal, hipocritona, salvacionista, negadora del futuro y corruptora de la historia vivida, es la tapadera de los crímenes de los aparatos de seguridad del Estado... las sagradas leyes son colocadas por arriba de la verdad y la justicia... eso es lo que veo ahorita... y sin hablar de los negocios transnacionales, la privilegiada inversión extranjera y los beneficios para los capitalistas nacionales... ¿Le gustó mi discurso? Seguro que tiene una grabadora escondida debajo de un sobaco?”

“¿Usted es adivino o qué? ¿Podemos seguir grabando? Le prometo que su nombre no aparecerá... ¡Pero si no me dijo cómo se llama!”

“¿Adivino, yo? No, es que estoy como soñando... Grabe esto ahora: ‘Un leve envión de sangre trepó por la cara del hombre, el golpe en el estómago hizo que los jugos gástricos empaparan la capucha que oprimía su cabeza, el ahogo y el asco lo empujaron a un incompleto desmayo, entonces vio el cuerpo del niño-rey egipcio sobre una mesa de piedra; los cirujanos trabajaban bajo la impalpable luz de los hachones dorados; los ligeros instrumentos amputaban manchas, pecas, cicatrices e imperfecciones de la divinizada piel y borraban cabellos y nacientes vellosidades, las cremas de dátíl y coco daban equilibrio a la serena completud de rostro, hombros, brazos, pecho, vientre, piernas, espalda; las largas, almizcladas y albísimas vendas de elaborados hilos de algodón, hábilmente dirigidas, fueron una cerrada envoltura que llevó oscuridad a la mirada del niño-rey; ocho manos dieron altura al bulto blanquecino, opacado en ese momento por la descendiente luz de los hachones y las lámparas; y el cuerpo de la futura momia, intacto en la entereza de su carne, febril en la quietud producida por sutiles narcóticos, se retorció sin aviso para no caer en el exquisito ataúd que lo esperaba sobre la segunda mesa de alabastro; y el cuerpo fue hundido a cuatro pares de manos en su cajón

de maderas preciosas y oro y lapislázuli, pero el infante Leandro pudo gritar: '¡Mamá... mamá, la momia... la momia...!', lienzos negros cubrían el cielo de la recámara familiar, el ventanuco a la calle reflejaba una luz sin distancia, '¡Me ahogo, mamá... me ahogo! ¡Sacá a la momia de aquí!', y el hombre volvió a vomitar de asco de sí mismo, de mera repugnancia general, y al cabo de unas semanas, después de que lo extrajeran a patadas de aquella celda encharcada de orina y sustancias innombrables, '¡Quedás libre, hijueputa ¡pero preparate para la vuelta!', los vómitos regresaron como una rediviva interminable. En algún momento pararon, y el ex preso, bajo diaria vigilancia policiaca, empezó a respirar nuevamente mientras preparaba su salida de Ríomar, 'Disparar no es cobardía/ si está en juego nuestra vida', se dijo al cruzar como sombra la frontera norte y entrar a pie en el inseguro territorio brasiliano. De ahí hasta Porto Triste, en autobús de segunda, para treparse luego a un barco mercante que recorría la costa casi completa del país en busca del canal de Panamá, y de ahí ni sé cómo pude, llegué a Cuauhtepeque. Un viajete de verdá, señora, podría nombrar los puertos que tocamos apenas, y siempre uno mirando hacia el sur. Si se pregunta de dónde saqué la plata, le digo que fue una ayuda de mi partido, para boletos de avión no alcanzaba, somos un partido pobre, la guita se junta abajo, en la propia militancia, aunque hay gente de capas medias para arriba que también aporta o aportaba lo suyo. ¿Cómo estará eso ahora, me pregunto? Porque hubo una jodida traición... desde adentro, ciertos presuntos camaradas quisieron adueñarse del partido, para convertirlo en un partido cuchara, o sea, que no corta ni pincha... y como los canallas no pudieron, entonces trataron de liquidarnos. Sí, fue una jugada a corto plazo, después de la dictadura, pero a largo plazo también, para debilitar nuestro Frente Popular Oriental, del que todavía somos parte... pero sin la presencia política y social de otros tiempos... Aunque seguiremos hasta donde haya que ir... Por supuesto, nuestros errores no fueron pocos, en la teoría y en la práctica.... Eso amerita una discusión sin anestesia, el asunto es cuándo... Pero la vera lucha empieza todos los días, antes que el gallo cante... Y uno bien lejos de aquí estos años... no olvidando, porque una revolución exige recordarlo todo, conocerlo todo, para cambiarlo todo... Del gobierno de ahora no le hablo, hay mucho por definir todavía: progresista por un lado, combate a la pobreza y la miseria, ciertas reformas positivas, adecuada postura en lo internacional; por otro lado, dirigentes medio neoliberales o medio socialdemócratas a la europea, desconfiando de las bases; por otro, dirigentes o funcionarios coqueteando con las fuerzas armadas... mire a esos jefes de la guerrilla Tururupa en arreglos mugrosos o en coincidencias con los milicos fascistas... ¿no que eran enemigos y se mataban a balazos? ¿Y sus propios muertos en la lucha, los guerrilleros urbanos hechos mierda en la tortura y en la cárcel? Esos se enteraron tarde, y ahora, los sobrevivientes, los que se jugaron el

cuero, no más comen su rica mierda. Vea a la democracia burguesa recuperada para los negocios locales y las inversiones foráneas bajo el discreto amparo ¡de un ejército que dio el golpe de Estado...! Dirá usted que hay mandos nuevos, oficialidad joven... pero siguen pensando igual... por más que haya un gobierno progresista... ¡Qué cambalache, señora! Mejor termino aquí. Le agradezco que me diera chance de repasar ciertos temas...’ Y ahora, of the record, le pregunto ¿quién da el apoyo para esa investigación sobre el tema de los derechos humanos en nuestro país...?”

Así finiquitó un estimulado Leandro su exagerada exposición, ‘radical’ quizá para algunos, y excesiva tal vez dentro de la totalidad de un semisoñar acosado por el desequilibrio, la soledad, el desespero y la angustia históricamente acumulados.

La mujer contestó inquiriendo, recurso femenino dicen que inventado por Cleopatra, al responder a tres palabras de Marco Antonio, “Cleo, ¿me amas?”, con “¿Qué pedazo del imperio es para mí?” o sea:

“¿Y cuál es su nombre enterito, caballero?”

“No sé si soy todavía, pero así me bautizaron: Leandro Paulo Vega en Lo Alto Ilha... a su disposición...”

“Su nombre y su apellido me suenan, señor... Usted sabe mucho del tema, lo ha vivido. Además, tuvo que irse a fuerza, ¿no? ¿Cuánto tiempo ha estado afuera?”

“¿Afuera de dónde? Me fui pero me quedé, ¿entiende? Y ahora vuelvo... pero estoy allá, ¡qué linda jodienda!”

“Me gustaría poder ampliar su declaración... ¿Podríamos vernos en otro momento y lugar?” y la mujer asomó una tarjeta exornada de logotipos institucionales a más de números de teléfono y datos de correos electrónicos, y, of course, sus señales: Phd. Coralina del Campo y Undurraga, Newamerican University, NY, USA.

“Licenciada... doctora, yo no declaré nada, solo hablé...” y el viajero se subió a un viento mojado que pasaba frente a la Mamá Grande para alejarse de aquella mujer, para distanciarse de su propio discurso que le enturbiaba el ánimo y le castigaba la memoria.

El hombre Leandro despertó al sentir que algo, una mano tal vez, le alzaba los párpados. En la dimensión o el espacio inmediato, es decir, en lo que primero percibió bajo acoso de una luz opacada por un atardecer inubicable, había un rostro de muchacha que cayó al no visible suelo sin producir ruido o vibración, detrás apareció brevemente una máscara de telas blancas, y en su lugar la cara de aquella prostituta, la gorda Adela. Para verla o recordarla mejor, se sentó en el catre o camastro del albergue para indigentes al que había llegado un día o una semana antes, a saber cuándo.

“Sí, la gordita Adela... Era joven, aunque aparentaba como una década más... es que coger a lo puta de quilombo también cansa...” se pensó así, en escondido homenaje a un vate italiano de los 40, inventando al tiro “fornicare stanca” por el obvio “lavorare stanca”.

Vio con ojos semicerrados las nalgas exageradas, pulidas y profundamente blancas de Adelita, los pechos potentes, húmedos y hospitalarios, la absorbente boca de parla tranquila y experiente; vio la fotografía en primera plana de un periódico izquierdista de centro-derecha, y algo sensacionalista: la cara de Adela, dirigida hacia la noche, coágulos negro-escarlata y cabellos mezclados con basura; vio el cuerpo desnudado de Adela tirado en una calle de los barrios bajos, brazos extendidos en forzada cruz, piernas muy abiertas emitiendo sórdidos líquidos y materias confusas. Al costado derecho de la página, la amplia foto de las manos como impuras garras de ‘Juancito el Destripador’, las manos que habían vaciado la panza de Adelita a puro tirón no más. Y a cuatro columnas, cuerpo doce, se leía:

“La occisa fue golpeada hasta el desmayo, pero se había recuperado del mismo luego de la violación. Por lo tanto, el parte policial confirma que ‘Juancito el Destripador’ actuó arrancándole el útero y parcialmente los intestinos a la prostituta después que ésta recuperó el conocimiento. El victimario tenía antecedentes como proxeneta y traficante de drogas, pero no se le conocían acciones de este tipo.

“N. N. estaba retirado del Ejército con grado de sargento, y a veces era solicitado para participar en interrogatorios especiales relacionados con tenencia ilícita de armas e investigación sobre posibles acciones de la guerrilla urbana, que se sospecha podría estar gestándose en nuestro país. Con respecto a la asesinada, no existe ningún dato que pueda conducir a su identificación. Se trata de una nueva víctima relacionada con la más vieja y triste profesión de la historia. Solo se averiguó que laboraba en una mancebía de la calle Patria Vieja, antes callejón de los Besos, Barrio bajo. El local cerró hace pocas semanas por infracciones a la ley 13.313, la que define qué actividades son consideradas o no como atentatorias contra la moral ciudadana. En consecuencia, los investigadores no lograron obtener información sobre la desdichada meretriz; solamente se encontraron en sus rasgadas y vulgares vestimentas tres billetes de 10 pesos, un pañuelo de algodón con las iniciales AA bordadas en hilo azul y una estampita de Santa Olalia, mártir de la fe.

“Lo horroroso de este triste ejemplo ha llevado a los voceros de los partidos llamados tradicionales a exigir medidas prontas de seguridad, o sea, estado especial que se decreta en beneficio de la seguridad pública. A su vez, la esmirriada y quejosa representación parlamentaria de izquierda plantea que se proteja el libre ejercicio de la sexualidad, dentro de los patrones sanitarios a que las leyes obligan, mientras ‘la sociedad en su conjunto debe esforzarse, de modo democrático, representativo, participativo e

incluyente, para terminar con la lacra del meretricio y asimismo con las prácticas brutales que se perciben como algo cotidiano e impune en los cuerpos de seguridad del Estado.

“Como ven, estimados lectores, este hecho criminal y cercano a una bestialidad sin límite, sugiere el inicio de una larga polémica.

Veremos qué resolverán los poderes judiciales, decisión que puede conducir al país tanto a una mayor claridad democrática como a un pleito más, que solo dificultaría el desarrollo ideológico, político y económico de nuestra Nación. Bien dijo el poeta árabe Al-Mahad: ‘De una sola gota de agua puede salir una tormenta.’ ”

Y Leandro se encontró arriba de sus zapatos, muy jodidamente vertical, mirando hacia un letrero no visto cuando entró en aquel refugio de seres desesperados de hambre, de pulgas, de mugre, de sexo, de soledumbre acumulada en “cáscaras de silencio”. Decía el cartel... no, los carteles nada dicen, mostraba sí estas letras de indecisa manufactura: ‘Alvergue El Parahíso’, con todo y comillas.

“Estuve en el Edén y no me di cuenta, chorizo de mí... Y ahora ¿qué? Me salí como una autoexpulsión, no habrá manera de volver a la pinche catrera o lecho o yacija... régimen de sábana caliente... Uno se para y otro se acuesta, ahí mismo, sobre el sudor sin secar... Y esos cuidadores son bastante fanáticos, no aceptan mordidas, no son coimeros... Eso les pasa por ser cristianos en serio, hasta de más, humanas y humanos del Cristo, como mi madre... Mi padre... nunca habló de ningún dios, y venía de ascendentes catolicones conservadores, vascos de pura sangre... Claro, que a los cristianos de este Paraíso debe costarles bastante cavilar por cuenta propia... que es un rostro visible de la libertad, hasta hacerse la puñeta con convicción es ser un poco libre... o mirar el tránsito de una golondrina o estimar las nalgas de una chava desconocida, una de ésas que pasan sin vernos... como la canción de Charles Trenet, mínima burbuja de los océanos multitudinarios...”

Una inercia súbita detuvo su paseata, ¿por dónde camina el que con pie sensible huele a través de una costra de pasos en procura de un cauce propio para su inquieto trashumar? Entonces, alzar la cabeza con su gorra y sus lentes, mirar hacia un posible letrero que muestre, letras blancas sobre fondo azul o verde, Calle Isla Florida -paralela a la rambla, a dos cuadras del río enturbiado por una especie de otoño prematuro.

“Tirados en la acera, en desgarrado abandono, los pedazos del sombrero tipo panamá, o rancho de paja, de don Peregrino Anselmo, varonil defensor de la honra de doña Trifonia, a quien un tipejo o muchachote arrabalero había querido meter mano, nalguear como a la pasada desde su bicicleta en marcha, a media velocidad, mientras la

señora barría rutinariamente las baldosas polvorientas (en tanto el niño Leandro, sentado en el escalón marmóreo de entrada a la alta y envejecida casa, resto habitacional de una burguesía en derrota, releía los vuelos del Unicornio Azul en las transitadas páginas de un libro de Calleja), la señora, decíamos, percibió la hostil presencia del torpe agresor, y levantó la escoba y gritó, y el padre se presentizó en ese instante como emergiendo de un sólido sueño, y empujó al bien fornido mozo tumbándolo con todo y bicicleta, dolido sin duda al darse contra el asfalto callejero, el tipo quitó el inflador asegurado debajo del asiento y ‘Alzándose a lo bestia... golpeó una dos tres veces a papá en la cabeza... apenas si lo lastimó un poco en la frente... pero el sombrero quedó hecho pelota... sí, quedaron los puros pedazos como si hubiera explotado una luna amarilla...’, y el policía de cansado uniforme azulenco preguntó, insensible a las metáforas: ‘¿Y vos que opinás? Podrá ser tu padre, pero un menor nunca puede ser testigo de nada, ¿viste?’ y la ofendida madre ‘Andá para casa, Nene, seguí leyendo en tu cuarto’, y don Peregrino Anselmo ‘Ese tipo no es del barrio, pasa por aquí de cuando en cuando, dicen que anda metido en asuntos de robadera, cosas chicas... relojes, bicicletas, triciclos, patines, hasta crías de perros de raza... Un infeliz, pues, si hay que hacer eso para comer...’ y se pasaba unos algodones con alcohol por el costado derecho de la frente, ‘Poca sangre, nada importante, aunque le pido, agente...’, ‘Soy cabo, don...’, ‘Disculpe, señor cabo, le pido que disponga lo necesario para que esta persona no nos moleste más...’, ‘Así será, don, es nuestro deber’.

“Yo estaba escuchando aquello desde el primer piso, balcón a la calle, justo encima de los hablantes, con el volumen de Calleja en las manos que me sudaban cantidad, sin la menor premonición de que una era de explícita violencia había comenzado” declararían unos treinta años después Leandro a la figura enquietecida que blandía un cigarro a medio humo entre dedos siniestros y una rítmica lapicera en los diestros; y en medio de paciente y terapeuta una especie de vidrio turbio, de esos usados para mirar oscuramente.

Y también una voz discurrió entre fibras de opacidad y contención, “¿Entonces usted vio a su padre como un héroe, no?”

“¿Un héroe como en la Ilíada o en la historia patria, o qué?”

“Quiero decir, ya no era solamente su papá. Era una especie de dios protector de todos y en cualquier circunstancia... Él había crecido mucho, de golpe, ante usted y aun delante de su madre, una mujer de tenaz e indudable energía, digamos que algo castradora también, ¿le parece?”

“¿Me quiere sugerir que las madres más buenas, las más dedicadas, las más entregadas... son las más nos joden?”

“Es tema ya muy transitado, como usted lo interprete... pero seguro que le dejaba tocarse el pito nada más que para orinar, y hasta más grande lo tuvo bien vigilado, nada

de encerrarse en el baño, aliviarse a puerta semiabierta...”

“¿Y usted que sabe, doctor? Nada de eso le conté...”

“Bueno, es lo normal en nuestra cultura clasemediera, la llamada mesocracia.

Asunto de la moralina judeocristiana más las propias tradiciones criollas, digamos...

Somos una sociedad democrática, hasta movida y protestona, luchadora asimismo, pero si rascamos, aparece lo conservador... ¿Cuándo empezó a masturbarse? ¿Tenía visiones, veía espejismos, padecía alucinaciones o ilusiones? ¿Cuándo eyaculó por primera ocasión?”

Leandro sintió que un hálito a humedad le bajaba y le alzaba los dolientes párpados, y volvió a mirar el letrero que daba existencia a la calle Isla Florida, y miró a las banquetas de ambos lado de aquel arroyo urbano, a las hileras de árboles de hoja caduca llamados plátanos, a las puertas disparejas de casonas aún declinantes, a los zaguanes de promiscuas casas de citas, a la entrada sin portón del conventillo o vecindario. Y en su nariz de sensible experiencia entró el pegajoso “olor de la miseria / que castiga para siempre” (¿versos de quién?), y los aromas de acidez quemante descubiertos entre los muslos de Raquelita, cuando el infante Leandrito, el Nene de su mamá, le bajara sin violencia los exagerados calzones blanquisucios en la iniciática búsqueda de un origen inalcanzable.

Leandro estaba sentado en los bordes de una levantada acera, con la cara afectada por una impureza salida del aire que empezaba a borrar el asomo de ancianas lágrimas:

“Nunca supe llorar a tiempo, ni cuando a mi padre se le quebró el corazón... infarto masivo al miocardio... Esa vez en La Habana, sí, en casa de mi socio, el finado Alex, frente a la noche del malecón, ¡qué lloradera...! Fueron lágrimas de ron, según un tango que no recuerdo...” agregó inercialmente para afirmarse en la realidad de aquel mero instante.

“Si el tiempo es una cadena, ¿en qué mierda de eslabón estoy sentado? ¿Será lo mismo estar bien derecho, de pata en el suelo... o con el culo arriba de una puta piedra?”

Con la fluidez que da a los movimientos la flojera de pensar, recogió del bolsillo izquierdo del pantalón, el de atrás, un mapa de la ciudad que aparecía con marcas en color rojo, como señalamientos de posibles rumbos, de ávidos rencuentros, de figuraciones que la memoria, en su inasible dualidad, reconstruye y deteriora, inventa y desvanece sin término.

“¡Solo están las marcas rojas! ¿Y la ciudad que había aquí... ya no existe? ¿Quién hizo esos trazos de sangre con un lápiz muerto? Entonces, ¿estoy o no estoy sentado en la orilla de la banqueta? ¿Viví de niño, de gurí chico, en la decadente casona de la calle

Isla Florida?”

El hombre Leandro se metió entre dientes y lengua, hasta tocar el mero cielo de la boca, el mapa vacío, aquel pedazo de sencillo papel transfigurado en una masa de antirrealidad que debía ser masticada, disuelta, deglutida, absorbida, neutralizada. Según suele ocurrir en estas situaciones, y no por resolución del dios Azar, en la esquina de Isla Florida con Averroes estaba el bar y comedero ‘Hel Vuen Bino’ -así como a primer ojo se lee. Nada excepcional esa aparición de un establecimiento que desde hacía años estaba arraigado ahí, ¿o acaso Ríomar no era “la ciudad de los bares, los bancos y los burdeles baratos”?

Leandro bebió un café largo, al tiro otro y a los pocos minutos, el tercero, hasta que no quedó molécula alguna de papel en lo interno de la boca. Pasó al retrete, al terminar la orinada escuchó la voz de su padre, mezclada con el correr del agua:

“Nene, le deslizás el pellejito para atrás y lo sacudís tres veces, ¿ta?”

“Sí, papá...”

“No se te olvide la lavada de manos, la limpieza en primer lugar.”

“Ta bien, papá” y, antes de hacerlo, se puso a lavar un jabón denigrado por mugres y ácidos ajenos, sabiendo o adivinando que al nivel de su mirada debía de estar un clásico pedazo de opacado cristal fingiendo ser espejo.

“¡Ah, mi padre, tanto consejo de salubridad y después me hicieron la circuncisión en la adolescencia! ¡Eso es dolor de la carne! Y ahorita, ¡qué putas! ¡Cómo me puse de viejo en estos días! ¿Cuántos? ¿Y esas canas? Y los lentes, ¿no son demasiado grandes? ¿Soy imagen de mí mismo o de quién?”

Puso unas monedas sobre el mostrador, dedos no visibles las recogieron; las tres tazas todavía estaban asentadas sobre la densa madera de quebracho, trabajada, tallada y pulida por generaciones de codos, antebrazos y frentes cansinas y tangueras en vías de derrota o renunciamento. Al salir, volteó, por mandato de su instinto o su obsesiva intuición, para ver a dos tipos ajustados a una mesa del fondo: copas, cigarros, cenicero, platillos con queso mal cortado.

De esa zona de pronto descubierta fueron emitidas cuatro miradas de lejanía, emergentes de posibles cloacas fosilizadas: un cuádruple mirar que parecía traer figuraciones resacas de otras guerras para ubicarlas como ropa fresca sobre rostros y cuerpos que querían salirse de su propio presente.

El hombre Leandro sintió una presión de vidrios molidos debajo del menguado esternón, y puso en alerta su máquina de pensar, trazando un veloz mapa de combate sobre las abstracciones que el espacio callejero proyectaba.

“Estos milicos se notan de bien lejos, todavía no aprendieron a disfrazarse de gente

común, de pópulo minuto... ¡Me cachis! ¡Si vi el nombre de Rosita en el mapa que me tragué! Escrito en letra escarlata... ¿cuándo lo escrituré? ¿En qué página de este sueño dejé de verla, o la olvidé? ¿Por qué decidí no encontrarme más con María Laura... existió esa muchacha? ¿Las dos son una hembra solita? ¿O nacen solamente cuando las nombro? ¿Y estos hijos de su putísima que empezaron a olfatearme los pasos, son uno solo? ¿Y las ambas ellas, existieron? ¿Y los ambos ellos, existen? Caminemos, pues, en una de esas llega un cieguito y nos ayudamos a seguir adelante...”

“¡Señor, señor! ¡Oiga usted, párese ahí mismo!” la esperada orden al cabo de dos cuabras y pico.

El hombre Leandro se detuvo con arrastre de zapatos, no volteó, solamente aguardó a que los presuntos agentes del milicaje se ubicaran a sus costados, operación muy obvia, casi ingenua, pero que funcionaba como práctica intimidatoria. Lo habían abordado antes de la parada de los autobuses que llevaban al centro, y que seguían por la avenida Sur, pasaban a la avenida Norte y quebraban a la derecha hasta la estación del ferrocarril.

“Así estaba en el mapa” se distrajo a propósito Leandro, ya preparándose para sentir una mano invasora sobre cada hombro.

“¡Date vuelta, cabrón... despacito! ¡Abrite de brazos y de piernas, como una buena loca que sos!” dijo cualquiera de los tiras, que eso eran y de eso laburaban, sometidos al gobierno que fuera y bajo los mandos que el gobierno designara.

Revisado impudicamente y en un acto público cuya utilidad estaba en la chance de amedrentar a los testigos que aparecieran -y en la parada de autobuses había unos cuantos-, el hombre Leandro admitió pasivamente que tomaran de sus bolsillos la escasa acumulación material de aquellos días.

“¿Por qué no tenés llaves? ¿O vivís en el aire, puto?” primera voz.

“¿Y este documento? ¿De dónde lo sacaste, conchudo? ¿No ves que está vencido, y también en mal estado?” segunda voz

“Aunque nací aquí, no vivo en Ríomar. Justamente, vine a hacer la renovación de mis documentos...” como disculpándose, Leandro respondió de esa guisa, apelando a la frialdad vascuense que se concentra de a poco en las entretelas del cerebro hasta expandirse en un estallido sin límite.

“¡Nos importa un coño, veterano de mierda! ¡Estos jodidos papeles no sirven ni para limpiarse el ombligo!” primera voz,

“¡Vení, tenés que acompañarnos a la central! ¿Ta?” segunda voz.

“¿Por qué y para qué? Si estoy legal... solo que tengo que arreglar los documentos... Díganme, ¿no es que se acabó la dictadura?” argumentos algo arriesgados, lo sabía Leandro.

“Sí, no hay gobierno de facto, se terminó el proceso... Pero vos, ¿a qué volviste? ¡A joder a la democracia!” primera voz.

“¡Si hasta tenés una rica pinta de terrorista! Alguna cosa fea habrás hecho por aquí que te rajaste del país, ¿no? ¿No serás de la guerrilla Tururupa? Les dimos como en bolsa, los hicimos puré de carne, los acabamos, pero por ahí deben quedar unos cuantos... disfrazados de funcionarios, de gente de empresa o hasta de legisladores...” segunda voz.

“No, nunca fui de esas ideas” otro riesgo oral, pensó Leandro.

“Y quién te va a creer, putazo! ¿O sos comunista?” primera voz.

“¡Mejor lo llevamos de una vez y chau!” segunda voz.

Pero los genes del hombre Leandro hicieron explotar su latente e inevitable big-bang, y los puños liberadores castigaron dos cabezas al unísono, o de consuno, o lo que sea, y el viajero corrió hacia la parada en momentos en que iniciaba su arranque el vehículo número 149, y las dolidas manos se agarraron a la hoja casi cerrada de la puerta de subida, y el cuerpo todo se desarmó sobre otro cuerpo ya ajustado al primer asiento delantero.

“¿Señor, que está haciendo? ¡Aquí ya no hay respeto! ¡No sea bruto!” una señora anónima y maciza se quejó hostilmente, mientras el insólito nuevo pasajero se retiraba de su falda.

El hombre Leandro miró al chofer, un mulato cuyo perfil le pareció conocido.

“¿Cuándo, dónde lo he visto a este tipo?”, pagó de apuro su boleto y no dejó de mirar por varios minutos hacia las calles y avenidas que se ofrecían como símbolo de liberación.

Descendió de la máquina cerca de la estación del tren, como quien arriba a un sitio desértico de una región ignota. A media cuadra el edificio semejaba una postal deteriorada y en desuso, valga la vulgar comparación, aunque el silbido de una locomotora rompió las fibras de una atmósfera aquietada por la mera inercia del tiempo.

De pie frente a aquel anunciado y despacioso derrumbe, Leandro hizo nacer, a golpes de angustia, el recuerdo de lo supuestamente ensoñado en el bar.

“Siempre hay un castillo o un rancho o una morada o una casa incompleta en los sueños o en mi flaca vida” su pensamiento rutinario, “o el templo sin dioses de los borrachos, vino sin misa, turbión de destripadas remembranzas, tiempo pretérito encerrado en dolidos almanaques, tiempo futuro sin futuro, el fin de la historia según el hijo de puta de Fukuyama... Pero solamente lo quieto, lo no histórico, está en el templo-bar, con el propietario y los meseros en su jodido papel de oficiantes y recogedores de limosna... En el afuera del mundo es otro pedo... Por ahí está la movida...”

¿Y lo presuntamente imaginado o entrevisto en el bar o boliche? ¿En cuál?, ya son

varios, ¿no? Dos preguntas lógicas, creemos, del descuajaringado viajero que buscó asiento en las bancas del vestíbulo de la estación de ferrocarriles del Estado. Fue como un breve retorno recogido de la eternidad y que se apoyara en los trazos bermejos diseñados sobre un mapa de papel seguramente disuelto en las tripas de aquel hombre Leandro que se viajaba a sí mismo sin partir de ningún lugar y sin llegar a sitio ninguno.

“¿Quién ha dicho que nunca salí de acá hacia Cuauhtepeque... y que jamás volví de allí hasta aquí?” y entonces -sin saltar como un resorte, pues sería recurso de literatos mediocres- levantó tronco y testa sin renunciar al asiento para buscar la chance de una boletería o taquilla en funciones.

En una sola de las seis se vendían boletos. Hasta allá fue, aunque venciendo una dolorosa inercia. Las rejas de opacado bronce le entregaron la cara incompleta de una mujer ni joven ni mayor, sino todo lo contrario, pelo con pretensiones de melena elaborada a lo salvaje, ojos de inédito verdor, nariz que daba equilibrio a unas mejillas tenuemente encremadas, labios de discreta jugosidad, dientes tal vez aplicados a discretas cacerías.

“Buenos días... o buenas tardes, señorita” siempre la perenne duda con respecto al flujo temporal.

“Us-té di-rá, se-ñor...” sílabas más que palabras en un tono intermedio, un tanto húmedo, sin prisa.

“Quiero ir a cualquier sitio fuera de la ciudad, ¿cuál le parece?”

“No sé, hay mu-chas po-bla-cio-nes... De-pen-de del gus-to...”

“Dígame, ¿existe hoy una estación llamada Mangas? ¿Era la primera saliendo hacia el este, no?...” fue la no pensada doble pregunta, precedida de un furor de follajes azules, de alas que se multiplicaban en sus altos vuelos, de formas de niña y de niño construyendo nidos de barro, de perros blancos persiguiendo las incontables manchas de cada sombra, de carnes sonoras asándose sometidas a un fuego casi inmóvil, de guitarras de rítmica claridad, de voces lastimadas por dolientes tangos, de vasos rojos con su vidrio invisible, de eucaliptos y naranjos tejiendo una estructura de aromas y destellos, de pálidas ovejas bebiendo el verde jugo del Sol.

“Se-ñor, ¿se lo des-pa-cho i-da y vu-el-ta?”

“Ahorita le confirmo...” porque de la casa de techos a dos aguas, con su capa de tejas francesas, y sus dos chimeneas de activa humareda, salía una visión como una fila de personas, o sea, hilos de muchedumbre que se unían y separaban mientras marchaban hacia él apartando las rejas de bronce, él, el detenido contemplador, y aquellos rostros, ni lentos ni veloces, ascendían y descendían transfigurándose, cuerpos y brazos y pelos creciendo, adelgazando, inclinándose, engordando, palideciendo, sudando, expirando,

ensombreciéndose, babeándose, hiriéndose, rutilando, cerrándose, pariéndose, descarnándose en un vértigo de luces alucinadas, en un agudo torbellino de alaridos y de susurros, de silencio y de innombrada sangre.

“En-ton-ces, ¿qué?, se-ñor.”

“Perdón, señorita... Pero... creo que ya estuve ahí, que vengo de allá... que acabo de volver... Si quiere le digo cómo son... o eran las cosas en la zona de Mangas... el terreno, los frutales, los perros, las ovejas, la casa solariega de la familia... tenía dos escudos, uno en cada hoja de la puerta principal...”

“Ah, dis-cul-pe, pe-ro no en-tien-do na-da de na-da, se-ñor...” la voz apenas pudo traspasar las delgadas rejas de bronce.

“Me llamo Leandro... Perdón le pido yo, señorita... Es que uno no conoce del todo si viene o va, si sale o regresa, ¿me entiende? Es que todo lo que uno ve o escucha o respira o siente... se mueve y no deja de moverse... tiembla, se estremece, palpita, se encoge, se hunde, se estira, se achica, se expande... ¿Cómo decirlo mejor, sin tanto parloteo, sin tantas repeticiones? Todo es como igual... lo que cambia es cada viaje... y el viajero, de ida o de vuelta, hace que el camino también cambie de dirección, de sentido...” un esbozo de angustia en aquel hálito desestructurado.

“Y bue-no, si us-té lo di-ce... Pe-ro su-ce-de que a-rran-qué los bo-le-tos, tie-ne que pa-gar-los, se-ñor Le-an-dro” y así se cerró la plática.

El hombre Leandro, acosado por la realidad, miró a su derecha y consultó velozmente la tarifa, ajustada a un lado de la taquilla, y colocó los ajustados billetes, ¿extraídos de dónde?, delante del rostro enrejado de la mujer. Un toque de verdor transparente le rozó las manos, “¿No será Rosita esta mujer?”, se salió de inmediato sin pronunciar aquel nombre confuso, sin tomar los boletos, breves cartones rectangulares en los que logró leer: Cuauhtepeque-Mangas, hora 18:10 – Mangas-Cuauhtepeque, hora abierta.

“¡Se-ñor, se-ñor Le-an-dro! ¡Ol-vi-da sus bo-le-tos!”

Leandro, al salir de la estación, no quiso o no pudo mirar hacia el tránsito furioso y esplendente de las ramas azules del cielo de Ríomar. Los últimos pájaros del atardecer multiplicaron sus fugaces plumeríos. La calle de la estación fue tocada por los inicios de otra lluvia, ínfimos cráteres se abrieron como flores de polvo y de basura. Un perro con su túnica de sarna pasó a medio correr, tratando quizá de alcanzar los gimientes ladridos que, diezmándose, lo precedían como el anuncio de una muerte inexplicable.

“Los animales mueren sin comprender” fue la cita silente de Leandro, “y nosotros también, animales de cultura...” añadió por mero efecto inercial.

El peso agudo del aire costeño parecía sugerir el mediodía. Leandro dejaba que sus pasos fluyeran a través de los gordos adoquines descuidadamente tapados de asfalto. Hubo un retumbo en la altura indefinida que con sus nubes curvas daba ilusión de amparo a la ciudad de Ríomar, cuyo nombre compuesto por dos sustantivos aún motiva estériles discusiones ontológicas.

Por simple reflejo menos personal que de la especie, el caminante miró hacia la posible causa de aquel sonidal agresivo que, con todo y eco, le puso en sus parcos oídos un oscuro despertar. Y bajó la testa a medio despoblar, y se aferró a sus orejas ahogándolas, porque los cohetes estallaron entre los pies de Judith, la judía gordita que nunca se juntaba con las infantas mayores del barrio.

“¡Me quemaron las piernas! ¡Mamá, mamita!”

El niño Leandro, el Nene, tomó de las manos a la niña de cabello ocre y de temerosa mirada verdiazul.

“Vení, levántate... no te hiciste nada... no llores...”

“¡Pero me duele en pila!”

“Eso pasa rápido, tu mamá te cura con un poco de alcohol...”

“Es que aquí nadie me quiere... por eso mi papá no deja que juegue con ustedes...”

“¿Y por qué, Judith...? ¿Te llamás así, no?”

“Porque a los judíos nadie los quiere...”

“¿Y qué son los judíos, decime?”

“Somos... distintos de la gente del barrio... no somos como ustedes... Vinimos de otros países...” “Bueno, mi familia también... ¿Qué es lo que comen? ¿O no son como nosotros porque tienen plata?”

“No sé, pero leemos la Biblia, la parte vieja del libro...”

“¿No sos muy chica para leer eso? En mi casa hay una, mi madre solo lee lo de Cristo... A me gusta porque hay mucha acción, como en el cine... y cantidad de personajes... los malos y los buenos... Pero no entiendo del todo por qué al bueno, al muchachito, lo colgaron de esos palos, como de un árbol...”

“Es mi papá el que nos hace las lecturas, todas las noches. Pero solo lo que él quiere... me aburro a veces, y me duermo lo más bien...”

“¿En qué te lo lee? ¿En español? Me dijo una de las chavas que tu familia habla raro... como los turcos...”

“Hablamos en polaco, pero la lectura es en hebreo...”

Estaban sentados en un saliente o poyo al costado de la puerta de una casa de nadie, una gran cáscara de ladrillo y piedra en tránsito de ruina, puesta a la venta desde un

tiempo ya perdido.

“¿Sabés?, yo vicho a veces el antiguo testamento. Está difícil de creer en Adán y Eva, parece que eran novios y que hicieron cosas feas... Una amiga de mi madre dijo que Dios era el suegro de Eva... y que hay otra mujer en la Biblia, pero que no la nombran, una tal Lilí...”

“No, nunca me lo enseñó mi padre...”

“Esa señora agregó que Lilí estaba celosa, y que luego de complicarle la vida a Dios, se fue de joda por toda la Tierra...”

“Ah... le preguntaré a papá...”

“¿Judith, nena, por dónde estabas? ¿Y esa pierna? ¿Qué te hiciste?” un vocerío materno envolvente y excluyente, con acento extranjero imposible de reproducir en estas memoriosas y sudadas líneas.

“Fue un cohete, señora... Algún tarado lo hizo explotar en la vereda... como es carnaval...” una audaz intervención conciliatoria.

“¡Que me importa el dichoso carnaval! ¡Que vayan a trabajar y no molesten a la gente de bien! Vamos, Judith...”

“Mamá, él me ayudó...”

“Vamos, hay que curarte esa pierna...”

Se miraron con el presentimiento de que en adelante solo se verían a la pasada y según la distancia que la religión, la clase social y los prejuicios marcaran, podríamos pensar.

“La Judith se casó a los dieciocho cumplidos, doctora. Habían llegado pobres a un barrio pobre, y cuando hicieron un buen dinero, explotando gente en una pequeña fábrica textil, se cambiaron a otra zona de la ciudad. No sé por qué traerla a esta consulta, la Judith...”

Alguna vez apareció en las páginas de sociales de la prensa de derecha... el marido copa en mano y ella siempre gordita y apetecible... ¡Qué pinta! Las puras joyas... una cara de tristeza... a saber si fue por culpa del fotógrafo. Me pareció que ella sabía que yo la estaba mirando, porque que me miró... me miró, doctora... Le comento que una vuelta nos besamos, como tres años después de lo del cohete... fue abajo del tablado, entre el armazón de postes que sostiene el escenario... arriba estaba actuando un conjunto de carnaval, una murga con sus cantos populares, su coro chillador y sus disfraces, sus tambores... Ella se fue enseguida, huyendo, nada más que unos besos sin experiencia... pero nuestras lenguas se tocaron, fue como si empezáramos a hablar en un idioma nuevo... Aunque sucede que uno suele recordar en contra de uno mismo... nunca nos enseñaron a recordar... solo las obligaciones... Si nadie ordena y manda en tu recuerdo, es

que eres libre, ¿o no, doctora...?”

“¡Así que te estabas queriendo coger a la rusita! ¡No sos tan nenito, eh, hijo de tu reputa madre! ¡Yo los vi salir de ahí abajo!”

En el escenario en desorden del tablado carnavalero -confetti, serpentinas, vasos de cartón, restos de cigarrillos, cornetas rotas- con luces de colores que se iban borrando, solo correteaban niñas y niños de las casas vecinas, la gente de otros barrios ya no estaba, venía solamente a las presentaciones de la noche, el verano ayudaba en los traslados de un poverío semiclasemediero acostumbrado a las caminatas y a las penurias del transporte público.

Leandro vio el rostro del Caudillo, más de diecisiete años, un caso de depredador por naturaleza, macizo, abusivo, deseoso de todo lo que fuese ajeno, hijo de los dueños de la única ferretería del barrio, bien comido, vocación de sicario, futura carne de cárcel, sin duda.

“¡No habléis así de la Judith! Es mi novia, ¿sabés?” una voz de enojo de calidad varonil.

“¡Es tremenda putita la judía! ¡Linda novia, che!” y el Caudillo volteó como aburrido, a chuparse un trago de cerveza semitibia.

El niño Leandro, vasco al fin, reaccionó ante tal desprecio aplicando un asombroso puñetazo entre los omóplatos del ofensor. Un quejido previo y una respuesta súbita, desproporcionada: un golpe en la mandíbula y un patadón que casi devasta la naciente entrepierna del Nene.

“... y yo tuve un dolor no conocido... y me dio un mareo de la mera chingada... fue como el torbellino en aquel río, el Yuí... el Agua chica... todo se mezclaba, olores, luces, asfixia, ruido de tambores, espuma de sangre... y no me caí, quedé como doblado en cuatro, un ridículo origami... un niño de papel ya aprendiendo que uno se dobla, pero no se quiebra... al menos, tratar de que sea de ese modo... Si no, ¿cómo respirar de frente el aire de todos? ¿Cómo mirarse en el espejo de adentro?”

El hombre Leandro, semimoviéndose sobre el piso pleno de las más explícitas representaciones de la humanoide inmundicia, reaccionó lenta, demoradamente. Los golpes en la cara y en los testículos lo habían enviado por un lapso no medible a una oscuridad pegajosa, adonde era difícil respirar y hacer que la conciencia funcionara.

No se trataba, como se dice por error, de recuperar energía sino de conservar la que quedaba en las neuronas ateridas y en los músculos y el hueso tan adoloridos y abatidos.

“No somos héroes ni santos... nos gustan las musas y el vino... no somos miembros de una secta... ni somos más que nadie... ni menos que ninguno... luchamos por la causa de los trabajadores y por la felicidad del pueblo... por el vero socialismo y por la libertad... seremos leales a esos principios hasta el final...” así entretejía el prisionero su delirante murmuración como un escudo ideológico, con las manos metidas en la entrepierna en postura fetal, y atento a los sutiles ruidos que adelantaban la presencia brutalizadora de los golpeadores profesionales.

“Tres días y no ha soltado ni un pito, ¡este bolche hijueputa!”

“Capaz que no sabe un carajo... Hay demasiado laburo en la dependencia, ¿paqué perder el jodido tiempo con esta basura?”

“Pero... disculpe, capitán. Tenemos orden de segundo nivel de que se trata de apretar a todos los detenidos... hasta a los menores de edad y sus mamás y sus abuelitas...” voz de soldado sin mayor iniciativa.

“Sí, es cierto. Pero el personal a mis órdenes se cansa... días y noches sin dormir y apenas comiendo carne cocida, frijoles duros y papas medio podridas... poroto y tumba, cabo Pérez...”

“Entonces, ¿qué hacemos, capitán?” tono de rutina y obediencia.

“Mejor lo largamos. Además, no tenía antecedentes...”

“Sí, mi capitán... Pero, si me permite, ¿qué dirán los de la policía? Ellos lo agarraron primero y le dieron como adentro de un gorro... Como ahora trabajamos como fuerzas conjuntas, de pronto lo quieren seguir ablandando...” un pequeño destello de insólita imaginación.

“Mire, cabo Pérez, usted es de mi confianza, por eso le comento que este tipo se raja de aquí, la dependencia a mi cargo está más que saturada, esos trámites de traslado y devolución son una mierda de papeles y recibos, ¿entiende?”

“Sí, mi capitán. Entonces lo bañamos, le damos un plato de sopa, le curamos un poco las marcas y...”

“¡No, no, qué va! Café y aspirinas solo, y cuando se pueda parar, ¡a la calle! Para que la gente lo vea, hecho una caca. Es un ejemplo para que no se metan en la política, ¡esto es en serio, cabo Pérez!”

“Es que el tipo está medio desmayado, mi capitán... parece que habla de solito... dijo de unas musas, de una secta...” información cierta.

“¡Debe ser una de esas sectas religiosas de ahora, con sacerdotisas y todo! ¡No le dé pelota! ¡Y siga mis órdenes! Y si la policía quiere hacerle seguimiento a este tipo, es tema de ellos, ¡carajo!” una exclamación para acabarla de una vez, si no este costoso relato podría detenerse, ¿verdad?

Horas o eones o nanosegundos después, Leandro salió por un portón lateral de la Mamá Grande. Su caminar era desprolijo, cada paso una opción de dolor inevitable. Y cada respirada producía un flujo de mocos misturados con pálida sangre. Calles más tarde o en otro tiempo, el hombre cesó de marchar: había arribado a una plazuela inédita con un gemido en la honda garganta, la cara partida en coágulos mal lavados y un desgarrón en la ingle, no importa cuál.

Semisentado en el pasto, decidió nebulosamente que “¿Por qué me largaron? ¿Será para vigilarme... andar atrás mío para pescar más gente... el trabajo del gato y el ratón? Ya no puedo seguir así en la clandestinidad... no hay casas de seguridad nuevas... no hay guita para la comida... las armas defensivas están bien enterradas... van a encontrar algunas, seguro, como una muestra: pistolas, fusiles de bajo calibre... que no inventen que somos terroristas... como dijo Vladimir Ilich, nuestro camino es otro... Pero tengo que salir, que me saquen del país o el asunto se jode... La red que tejimos tiene puntos sueltos... Y cada uno aguanta lo que aguanta...”

Y bajó los calcinados párpados para ensoñarse en una casi infinita ciudad entre montañas, indescifrable urbe de impensado nombre que luego aprendería a oír, a traducir, a nombrar y a cantar.

El niño aquel, todavía infante, salió muy de volada hacia su escuela, le quedaban siete minutos para vencer las diez cuadras irregulares entre la casona en deterioro rentada por su padre, en la calle Isla Florida, y el edificio decimonónico del colegio de enseñanza primaria ‘José Pedro Valera’, ubicado en una callejuela con nombre de pasadas guerras: Triple Alianza (tres décadas después se enteraría de que Valera, héroe de la enseñanza pública, gratuita y laica, había leído y traducido algún texto de Carlos Marx)..

Galopaba el infante con el dudoso apoyo de unos zapatos todo uso y todo terreno: rutina escolar, salidas al Parque Urbano, fútbol callejero, visitas familiares. Un forro de cartón mezclado con papel de periódico daba más firmeza y velocidad, pero se deshacía rápidamente y había que reiterar la reconstrucción los días impares, era ésa una de las obsesiones de Leandrito: lo impar, es decir lo distinto, lo extraño, lo imprevisible, lo desconocido, lo neblinoso.

Si hasta de adolescente llegaría a escribir en su cuaderno de notas marca Tabaré: “Siento que hay como algo misterioso debajo de lo real, de lo que tocamos y vemos y olemos. Siento que cada persona tiene una imagen de sí bien escondida, y que muestra la imagen de afuera para defender a la que no se ve...”

Llegó soltando un hálito caliente con aroma a café con leche y pan con mantequilla,

el desayuno habitual. Hasta unas burbujas de dulce acidez le rozaron la curva del paladar. Apenitas pudo pasar entre las grandes hojas de madera barnizada color verde.

“Tuviste suerte, putito” comentó el Pancho Garras, el macizo cuidador, al clausurar con ganas la posibilidad de ingreso de algún otro demorado alumno.

“¿Por qué le dice así a cualquiera de nosotros? ¿Qué es eso de putito?” pero nunca tuvo la decisión de averiguar con la maestra el significado de ese diminutivo que explicitaba rechazo o deseo o desprecio, “Además, a las niñas no las molesta...”

“Pero Leandro, ¿qué te dije mil veces? No se escribe con la mano izquierda, sirve para sostener el cuaderno, se escribe como debe ser: con la mano derecha... ¡Y bien derecho te acomodas en tu asiento!”

“Sí, señorita” la frente del infante, en fino desafío, optó por una natural y callada postura que los ojos, en tránsito de tenue miopía, confirmaron.

“Hacele caso a la maestra, Leandrito. Sabés que ella no perdona, acordate de lo que pasó con el negrito Esperanza. Lo echó de la clase porque llegó tarde dos veces...” era Lilian, su compañera de banca, una nena de pelo claro, rostro de ninfa medieval, mirada casi verdeazul, dedos de latente suavidad, túnica impoluta, calzado de esplendor, perfume de futura intimidad.

No sabemos si Leandro percibió talmente lo que aquí se describe, en un esfuerzo por confirmar que esa realidad ha existido; puede ser que su imaginación colocó un velo de luz sobre la equilibrada figura de su compañera, como todo vate que acepta la posibilidad de algún quijotesco encantamiento.

“No, Lilian, ¡lo echaron por negro!”

“No te creo, estás mintiendo. Sos muy chico para inventar eso.”

“Vos también sos chica, ¿ta?”

“¡Atención, niñoooooos!” la poderosa maestra Rufina del Campo provocó una onda de temor o incomodidad en aquellos treinta pequeños humanidos que cursaban con fatiga el segundo año de primaria.

“Repasemos un poco de vocabulario. A ver quién... Leandrito, ¿qué significa el término ñandutí?”

El infante debe pararse, se para sobre sus estrechados y gimientes zapatos, responde:

“El ñandutí, maestra, ¡es un animal cuadrúpedo!”

Dada la ignorancia general, debilidad comunitaria que aún persiste bastante, al conjunto de los chavos le pareció sin duda como muy asombrosa la respuesta. Lilian sonrió cual una reina homenajead por un príncipe de alba armadura y de lápiz por lanza.

“Perdóname, Leandrito, ¡pero el cuadrúpedo eres tú!” y la carcajada de la treintena

de infantes tuvo expansión universal...

“Sí, doctora. Me acordé mucho de esa anécdota en mis viajes a Paraguay, cuando examinaba en los mercados artesanales el finísimo entramado de ñandutí... en guaraní quiere decir ‘araña blanca’... la habilidad manual de las indígenas que lo elaboran imita la tela de ese animalito... que tiene ocho y no cuatro patas, según cree no poca gente... En verdad de verdad, aunque he contado esto algunas ocasiones, para ese niño que fui... resultó una humillación que jamás pudo diluirse del todo... Para completar el drama, para aumentar la vejación pública, a la salida del curso de ese día, iba yo de mano dada con Lilian, en la acostumbrada doble fila. En llegando a la acera, una mano que sentí como feroz, con dedos mordientes, implacables, se aferró a mi diestra, mientras otra mano igualmente agresiva desprendía de la mía la mano izquierda de Lilian... Hubo palabras también: ‘¡Soltá a mi hermanita, desgraciado!’, un muchacho como de más de quince, con pelitos en su cara sudada. Y allí anduve girando y mezclando los pasos en medio de una montonera de túnicas blancas y moñas azules... y sentí que una sombra de hielo negro me borraba del mundo... A Lilian la cambiaron de colegio, fue una revancha porque yo le cargaba su bolso cada día y porque ella me había dado un admirado beso de despedida un minuto antes de lo que le conté, doctora. Bueno, en verdad... me desdigo un poco. Hubo su beso de ella, mariposita blanca en mi rostro izquierdo, sí, pero el cambio lo hicieron porque era una familia de nuevos ricos... primero ahorraron en la escuela oficial y luego pasaron a un colegio privado... Sí, ya sé que soy algo terco, un dinosaurio político... pero los pinches burgueses siempre se la rebuscan a costa de los otros...”

”Pero lo que aprendí de esa coyuntura... es que todo lo que mejor y más deseamos está y estará lejos, aunque la memoria nos presione para convencernos de que lo vivido es vida viva por siempre jamás. Y esa cambiante lejanía es el espacio adonde cabe lo que uno escribe, lo que es capaz de soñar a su modo, lo que puede uno sufrir con dolor ajeno... porque los demás, no la famosa ‘Otriedad’, existen como sustancia de la historia, y sin ellos yo no existiría ahora, ni habría nacido, ni moriré cuando bien simplemente muera... Perdón, doctora, esta plática se parece demasiado a una torpe confesión de cantina, copas mediante y música de tango y de bolero...”

“No, no busque ningún perdón: eso le hace bien, confiésese así, como sale, le refuerza el ánimo. Tiene que dialogar con sus recuerdos... ¿Nos vemos en ocho días, verdad?”

El hombre Leandro se situó ante la bahía de Ríomar. No quiso ojear hacia el poniente, pues no aparecería el cerro que el creía conocer desde la infancia; aquel cerro

con su faro y sus laderas verduscas adonde asentaban quietud y firmeza las casitas proletarias, todas con su terreno para plantíos caseros, asados de domingo, reuniones sindicales o políticas y cascaritas o simples peloteos con balones livianos y de tamaño adecuado a canchas tan exiguas.

“Aquellas jornadas de huelga en los frigoríficos... conflictos en serio, casi jugándonos al todo o nada. En el año de la huelga mayor, hicimos unas barricadas sobre el Puente Libertad: por ahí no pasaría nadie, porque habíamos ocupado las instalaciones, desde los mataderos y la zona de congelados hasta el descuere, el deshuese, el desgrase, el sangrado... Sí, para evitar que entraran los milicos... Bueno, los administrativos también dieron apoyo y el conflicto se hizo más general. Asunto de salarios, sí, pero más allá de la cuestión económica. Queríamos horario justo, con pago de trabajo extra, beneficios para madres solteras, sanidad segura en los sitios de corte y descarnado, y consejos de conciliación entre nosotros, los patrones y el Estado... Y unidad de los trabajadores de todos los sindicatos en un bloque común, respetando las diferentes tendencias y las tradiciones ideológicas y de lucha... A las tres semanas el gobierno de derecha y/o conservador, catolicón por un lado y por otro laico, mandó las primeras tropas en vehículos blindados made in usa. Se toparon con la barricada en el lado este del Puente Libertad. No eran tanques, solo transportes de tropas para acción inmediata. Hubo mucho desconcierto entre oficiales y soldados. Alguien, luego de una hora más menos, ordenó disparar. En la barricada había muebles rotos, colchones, montonales de piedras, escombros traídos de alguna construcción, troncos de árboles del ornato público, bolsas de arena de fábricas cercanas... Alguien clavó en la cima un asta con la bandera nacional, y otro agregó una tricolor del general José Aragón: blanca en medio, azul en los dos extremos y en medio unos listones colorados... Hubo una delirante y absurda balacera, tuvimos un muertito y tres heridos. Los milicos entraron forzando nuestro puesto, a bayoneta en punta y sin piedad ninguna. Nosotros a las puras pedradas, no más... pero le partimos algún hueso a más de cuatro... A un compañero, recuerdo, lo pescaron entre tres milicos, casi lo masacran a patadas, y lo ataron al pie de un poste telefónico. Estuvo así un día completito, sangrando y cagado en su ropa. Recuerdo la fotografía en no sé que periódico: un senador del Partido Rosado y un coronel instruido en Gringolandia, ambos dos platicando a las risadas mientras el prisionero continuaba respirando su hediondez y su inconciencia... No basta con recordar como si uno soñara, es que uno quiere entender los sucesos del mundo... Eran tiempos de mucha dureza, la puritita represión policiaco-militar, ensayos golpistas a futuro, el Ejecutivo y su control del Parlamento, la vieja oligarquía actualizando técnicas bursátiles y mediáticas, el imperio enviando armas dizque modernas y maestros de torturería, los idearios fascistas permeando las

tradiciones democráticas... y nosotros reuniendo fuerzas, ajustando la unidad sindical, ampliando y profundizando alianzas políticas...

”Dos maneras diferenciadas de apreciar el ritmo de esos años: ellos, impacientes por acabar con la guerrilla y ejecutar el golpe de Estado, y nosotros, apelando al conjunto del pueblo y a una paciencia histórica que, maltrecha a veces, siempre se mantuvo en honor a nuestro pasado... ‘Padre José Aragón: guíanos!’, se dijo en cierta relevante ocasión... En fin, le agrego a este deshilachado monólogo dramático -diría el maestro Federico Patin- que una noche de golpeantes lluvias tocó a la puerta de mi departamento un alguien cualquiera. Entreabrí para distinguir un rostro desesperado; más abajo, un charco de agua sucia casi vertical, tanta mojadura llevaba sujeta a las magras ropas. ¿Extraña analogía, verdad? Pero así lo vi, y pregunté en lo directo qué quería. ‘Me manda tu amigo, el Pedrito... Necesito refugio por dos noches...’, el Pedrito qué, mi otra pregunta, ‘El de la fábrica, el que usa la máquina de cortar vidrio...’, ¿y el apellido, decime?, ‘Fernandes, sin acento y con ese’, era el código, entonces lo dejé pasar. Dame tu número, le dije, ‘El trece...’, está bien. Y en mi departamento permaneció no solo dos, sino cuatro noches. Dormía de tiempo completo. Llevaba una herida de bala de regular calibre en una pierna, con entrada y salida muy limpias. Mucha sangre perdida. Le puse un tapón de gasa en cada agujero, alcohol, yodo, sulfamidas. Arriba, una cinta emplástica. Ah, mi camarada Pedrito, siempre solidario con todos, sin mirar banderías ni pensar en lo ideológico. El trece se repuso en lo bastante, un guerrillero ya veterano que había enfrentado a unos cuantos milicos, dijo que ocho, junto con un par de compañeros. Un asalto a una casa cambiaria, en la zona del Este, asiento de ricachones criollos y de inversores extranjeros, a unas quince cuadras del aeropuerto. Solo él se escapó, con su pierna de arrastro llegó a mi casa muchas horas después. Los otros dos Tururupas, muchachos de poca experiencia bélica, fueron despedazados a bala y bayoneta. Los informativos radiales, bajo control de los servicios de inteligencia del Estado, habían anunciado ‘Otra gran victoria contra los subversivos: los Tururupa-comunistas serán derrotados para bien de nuestra Patria’, lo que fue reproducido tal cual en la mayoría de la prensa escrita. Las imágenes de la televisión mostraban los cuerpos tirados en la acera, doble carne macerada que estuvo expuesta una jornada entera como ejemplo nacional: ‘Así acaban los apátridas’ declaró el ministro de Defensa.

Y acabaron con los grupos guerrilleros, ya preparando el golpe neofascista, el inicio del llamado ‘Proceso’ o ‘Gobierno de facto’, impolutas expresiones para nombrar la inmundicia... Del trece no supe más nada, nos despedimos con un sencillo abrazo...”

Leandro dejó correr los ojos por las movidas espumas de la bahía. No supo reconocer en qué punto de aquella gran curvatura se encontraba.

“El tiempo también se curva, of course... en el principio fue el espacio... su hijo, el tiempo, no estaba... pero nació con el movimiento de la primera explosión... y todo se hizo realidad... la nada es lo que nunca alcanzamos, lo que nunca podrá ser pensado... quizá nuestro cosmos no sea nada más que el arrabal de otros universos... ¡Uy! esto es un delirio, un autosueño que solo adjudicamos al dioserío universal... una inercia fruto del desfasaje entre el espacio y el tiempo... siempre el hijo único contra el padre... por eso la boletera de la estación de ferrocarril llegó de otra geografía para semejarse a Rosita... o a María Laura... o a la gallega Marisa... Ellas no son una sola... uno las amaquiére a todas en el amor a una, la única, la elegida, la intocable... Ellas han salido del huevo cósmico de los antiguos, aunque somos más viejos que los antiguos, alguien dixit... Ya estuvo buena la masturbatio mentalis, ahora a caminar otra vez...”

Un toque de viento sureño le puso en la frente dos hilos de temprana neblina. Dejó que el agua salobre discurriera por su cara.

Otras fibras traslúcidas tocaron su boca y pudo beber ligeramente un sabor a mujer joven. Cesó aquella marcha indecisa, y el hombre Leandro logró sentarse, entre piedras y polvo de granos mojados, en un solitario punto a la orilla de la bahía, una orilla como playa de ocre pálido: se limpió las manos con usada arena, con cáscaras de espuma envejecida, pero tampoco pudo llorar.

Leandrito se ubicó estremecidamente encima de la muchacha/niña, la Amalia Eugenia, alias la Potota: ella lo atrajo con su despertada energía centrípeta y le pidió sin ruego y con convicción:

“Ponete así, nos seas bobo. Yo abro las piernas y vos te ajustás, como en las películas... Desabrochate la bragueta para que puedas sacar el pito, lo ponés ahí mismo, ¿pudiste o te ayudo?”

“Me parece que va... ¿y el calzón?”

“Es por arribita, nada más. Yo no soy tu novia, con el Juanpedro es otra cosa... La puntita solo, y se queda lo más contento...”

“¿Cómo? ¿Y yo qué?”

“Vos seguí para arriba y para abajo, no me beses en la boca, en el pescuezo sí, la piel se me eriza toda... Dale que te dale, Nene...”

“¿Qué hacés con esa mano? ¿Por qué me rascás el culo?”

“¿Te gusta o no, decime?”

“¡Ay, siento que me hago pipí!”

“¡Estás por acabar, idiota! ¡Salite para un costado!”

Leandrito fue expulsado de aquel fugaz paraíso y quedó de ojos perdidos mirando hacia ningún lugar, los calzones y los pantalones maculados por gracia del pecado original. La Potota, de postura enseguida vertical, con aprendida presteza reconstruyó la disposición normal de sus vestidos, los que no se ven y los que muestran tantas veces la imagen de lo que no somos.

Todo había sucedido en la recámara de sus padres de ella, sobre la prestigiosa trama persa de la alfombra extendida a los pies de la cama de tres plazas. Coronaba la cabecera de caoba o roble, qué importa eso aquí, el clásico cuadro en marco dorado adonde la Virgen María sostenía a un divino bebé de al menos doce kilos, que se prendía a la teta cordial con ferocidad sin límite.

La Potota miró con lejanía a Leandrito, ya en trance de varonizarse, de empezar a llamarse Leandro, pese a la desarticulada expresión de horizontalidad que mostraba ante los ocho redondeados ojos de dos niñas y dos niños, “¿Por qué los invitó la Potota?”, que sentados en unos macizos cojines callarían su testimonio de aquel acto parcialmente iniciático.

La Potota, desde su altura jerárquica, les dijo:

“Los invité a los cuatro para que sepan cómo se fabrican los bebés. Acá es por arribita, con calzones puestos. Después que el tipo se va, una puede fregarse la colita hasta sentir la cosquilla, ¿ta? Les voy a cobrar lo que les pedí. Pongan la plata en mi bolso, de a uno y sin trampa. Y bien calladitos la boca, esto queda entre nosotros. El que hable, se jode.”

“¿Y que pasa con este chavo? El Leandrito...” alguien dijo.

“Igual, callado como tortuga. Ah, ya te paraste, nene. Eh, ¿por qué estás todo mojado, hasta los calcetines? ¡Mire que orinarse después de acabar! ¡Puto! ¡Measte hasta la alfombra, mi mamá me mata!”

“Y la Potota me empujó, me echó de la casa, de pura rabieta no más, mientras me arreglaba la ropa con meados y todo... Sí, doctora, me oriné tirado en la alfombra, sin poder alzarme, después de mi primer escape de semen. Eso me dejó, creo, una marca tenaz: darme cuenta de que la experiencia del placer ‘en sí’, dirigido por un oscuro gesto de la especie, es solamente la patética confirmación de que, si no juntamos el ‘para sí’ personal con el ‘para sí’ de la musa/hembra universal, no habrá liberación creadora sino soledad permanente... Algún filosofante podría hablar de la tensión entre individuación y universalidad... ¿Usted que me dice, doctora? ¿No será demasiada metafísica?”

“Habrá que pensarlo más, saber de qué hipótesis no contaminada partimos para tener acceso a una conclusión válida... Trabaje sobre eso, nos vemos en quince días, ¿sí?”

“¿Y en ocho días, no?”

“Mejor en dos semanas. Tiene mucho para elaborar... Además, soy su terapeuta, pero también un ser humano que necesita un descansito, ¿no cree?”

El hombre Leandro despertó con las tripas repletas de hielo. Pudo mirar entre pesados parpadeos el alrededor de su camastro. No logró recordar el nombre del hotel ni en qué calle se encontraba asentado. Las habitaciones estaban señaladas con letras, no con números. En la puerta de la suya, una ese pintada en rojo y un llamador de metal pálido con cabeza de carnero. Durante la noche, entre murmullos de lluvia y atenuadas bocinas de autobuses, sus oídos habían absorbido torpemente, paredes y puertas mediante, la desmesurada diversidad sonora en que se apoyan los rituales del presunto amor humano.

“Ah, esto era una casa de citas, más que nada... hotelucho de alta rotatividad... para comprobar, seguro, que la fugacidad es la base de nuestra permanencia... En fin, nada de divagues... Si pudiera hablar con el espejo, al menos... Pero siento que la saliva está helada, tengo nieve negra entre las piernas... ¡Hace un friaje del caray!”

Fue costoso el regaderazo con agua tibia, jabón de restringidas espumas, una afeitada precaria, una secada con toallas insuficientes, hubo calidez humeante en el resto del café nocturno gracias a un anticuado aparato de serpentín eléctrico. Costoso fue el vestirse y empujarse en autobús hacia la calle Tamandaré, que era esa, a la vista, según el cartel esquinero:

“Ah, estamos entonces en el barrio Jardines del Este, cerca del arroyo Independencia, y más allacito, el aeropuerto. Leí que está todo reformado, reciclado, refaccionado, modernizado: somos residuales del primer mundo... o del segundo. Hasta a pata puedo ir, será como una media hora...”

Los temblantes charcos, las hilachas de agua barrosa, el debilitado gotear nacido y renacido en nubes anémicas y hojas y ramas de altores diversos, el viento con su arritmia compulsiva, los olores domésticos de cada mediodía, los pedazos de luz nocturna buscando fijarse en un aire resbaladizo, el falso eco de gritos y ladridos, la figura de alguien atravesando todas las calles y todos los caminos, eso que así describimos ingresó a la conciencia del hombre Leandro.

“Sí, soy el caminante, el adicto a paseatas similares a la retórica vacía de algún regreso... porque creo o siento o percibo o entiendo que estoy marcando un retorno a zonas fosilizadas... y se cruzan melodías tangueras, esos estremecimientos despedidos por el despertar de los primeros olores, sufrires, placeres, voces, olvidos, traiciones, trabajos, destrucciones... Y todo como un intercambio inevitable entre el uno que uno es y el otro

que son los otros... porque no existe el Otro, no existe la pinche Otredad, ¿ya lo dije o lo imaginé?, todos somos carne, dolor, sexo, fluidos, espacio... y el tiempo es un resto, una pinche chatarra de tanto entrevero... ha sido porque el espacio no puede detener su infinita expansión... y la Nada no puede oponerse a ese crecimiento... es hija putativa de la contracreación, por eso no podrá nacer... Bueno, basta ya... Sería interesante comprender a qué vine a esta calle, quién me llamó a este barrio de gente distinguida, con ánima de aristócratas de tercera clase... Ahora recuerdo que una vez...”

Un chirrido de rústicas ruedas de fierro y madera, insólito en aquellos sitios de silencio casi ritual, hizo que Leandro volteara para asombrarse ante una figura o bulto de suelta capa color mugre, que arrastraba un carrito con su cargazón de basura o desechos diversos.

“Señor, ¿le sobra algo? Muebles, libros, revistas, diarios, zapatos, ropa, platos, vajilla... Yo me lo llevo, paso a retirarlo donde usted me diga...”

“Disculpe, lo que me sobra no lo tengo conmigo... En realidad, no me sobra nada, vivo con lo justito...”

Leandro vio o inventó ver que a un lado de aquella figuración más o menos humana, un caballo destartado y acezante trasladaba una carreta de tablas, pescante y ruedas multicolores, conducida por nadie. Iba al trote salpicado el extraño tordillo de pequeñas y extrañas manchas marrones dispersas en las ancas y el pescuezo, en rumbo paralelo al del hombre de la capa.

“¿Capa? Tal vez un capote militar o un poncho campero... podría pensar otro narrador...”, trató de esclarecerse Leandro.

“Diga, señor, ¿es suya también esa carreta? A ese animal le falta mucho pasto, maíz y alfalfa habría que darle... Es bestia de trabajo, si no come, no rinde, ¿no?”

“¿Qué carreta, dígame? Acá estamos usted y yo, nada más... y mi carrito... Yo vivo de esto, así estoy bien, ¿para qué mierda quiero un caballo? Con comer yo solito, alcanza...”

“Pero... ¿quién conduce a este pingo maleado...? ¿No ve que va derecho, casi pegado a usted? ¿Por qué no miramos adentro de la carreta? Puede haber alguien tirado ahí... ¿No le llama la atención lo bien pintada que está? Lo jodido es el caballito... Como que no concuerda una cosa con otra, ¿no le parece a usted?”

“¡Qué va a haber alguien adentro! ¡Si no hay carreta! No me joda, ¿quiere? Déjese de chingar, yo estoy laburando. ¿No se le pasaron los tragos de anoche y ahorita tiene visiones? Yo cuando laburo, no chupo... Soy un ropavejero, un junta basura, un pepenador si quiere, pero también soy un profesional, ¡qué joder! Usted está loco, ¿por qué no lo internan hoy mismo?”

El hombre de la capa se alejó en línea recta, surcando el medio de la calle mojada,

como escapándose, porque crecía en él la convicción de que otra vez había hablado con el esqueleto de una sombra, de que nuevamente alguien le había mencionado aquella carreta pintada y aquel caballo, de que los alcoholes nocturnos desataban formaciones de luz fuera de control y de esclarecida energía.

Y fue inevitable la pulsión de decirse, con grisácea voz exterior, lo que aquel diálogo en su discurrir le impidiera:

“¡Qué tipo más tarado! ¡Ni se fijó en el nombre del dueño de la puta carreta, bien dibujado en letras rojas: Aziz Hussein! ¡Si no lo ve, no existe! ¡Así nadie puede entender un carajo de nada!”

“¿Y, m’ijo, ¿te duele? Porque te quejaste un poco, ¿eh!” el cirujano de mansa corpulencia y voz enmascarada.

“No, doctor, nadita... me duele...” el niño Leandro de puños bien tensos, con la mirada salpicando de luz confusa los cuatro rincones cardinales de la pequeña sala de operaciones del Hospital Público Nacional.

Su breve horizontalidad sobre la camilla estaba asegurada por correas de cuero sudado, envejecido y cuarteado por el mero uso. Paños de sencillo algodón amarillento daban mínima calidez a las piernas y parte del torso del operado. Ya los bisturíes habían mancillado la ingle derecha, ya los dedos del ayudante procedían a tejer las capas de músculos internos, ya punzaban con ligereza las pieles de arriba para cerrar el tajo que iba depositando en el vientre infantil una cicatriz que ninguna futura amante admiraría.

“¿De verdad que no sentís dolor, nene?” el cirujano retirando su máscara blanca.

“No, doctor, la verdá que no...” la voz fue antes que el gemido.

“¿Y por qué te quejás, decime?” preocupación humanista extendida al otro ayudante:

“¡¿No se habrá terminado la anestesia?!¿Cuánto le inyectaste? En esto no podemos ahorrar...”

“Sí, doctor, pero en la dirección nos ordenaron utilizar siempre la dosis más chica que fuera posible...”

“¡Qué decís, doctorcito de papel! ¡A dosis mínima, hay que operar forzado... eso es casi criminal! ¡Mirá este pibe, lo estamos cosiendo en frío!”

“Son las órdenes, doctor... Aquí funcionamos de ese modo...”

Usted es un cirujano de prestigio, pero recién empieza en este jodido hospital de pobres... Solo usted sabrá por qué, con semejante carrera profesional, se metió en estas andanzas... y con los sueldos que nos mal pagan...”

“Escuchá, no se trata de sueldos, se trata de ayudar a nuestra gente del povererío, ¿no? Y vos, ¿terminaste?”

“Sí, el último nudo... Pero este pebete no llora nada... ¡Así que saliste bien macho, no?” un elogio compensatorio.

El cirujano, más en calma y en son de aceptar una realidad ya decretada por los servicios oficiales de salud, preguntó como en un acercamiento solidario:

“¿Como te llamás, botija?”

“Leandro Vega en lo Alto, doctor... ¿Y usted?” una voz apenas respirada.

“Ah, eso suena a vasco... ¿Yo? José María Penca Brentano, todo eso. Decime, ¿qué sos en política?”

“Soy... democrático... ¡Uy...! Pero está doliendo en pila, doctor José María...”

“Hay que darle unas pastillas para que se alivie. La gente no tiene por qué sufrir al cuete, ¿no? Tenemos que evitar el sufrimiento, hasta el Buda enseñaba eso... Con la pobreza que cargan ya es bastante... Que descansa un rato en la sala, después lo llevan a su cama... Me dijeron que te han dado la última que estaba vacía... Tuviste suerte, si no marchabas para el hospital del puerto, ¡ése sí que es ejemplo de desastre sanitario!”

“¿Quién ese tipo... ese Buda, doctor...?”

“Dejalo para la otra... es difícil el tema. ¡Ah ese hospital del puerto...! Lo tengo en la mira. Ya ves, Leandrito, ¡todo lo que debemos cambiar en este país que algunos llaman la Suiza del continente mestizo!”

“Si puedo, lo ayudo, doctor... Cuando me cure...”

“¡Muchas gracias, muchachito! Ven, ¡esto es ser patriota!”

“Ah, doctor, no se vaya... estuve mirando una revista, Mundial o algo parecido... tiene fotos de la guerra en España... tanques, aviones, banderas agujereadas, fusiles, balas, humo, explosiones, hombres muertos, mujeres muertas, niños muertos, pedazos de gente tirados por la calle, por el campo... hasta caballos muertos... ¿Y a los lastimados, quién los cura? Es feo eso, doctor...”

“Es más que feo... Perdoná, pero tengo otra operación... Cuando estés bien, podés venir a verme. Cuidate y seguimos hablando. Sos chico, pero estás muy avivado. Chau, Leandrito.”

“Sí, doctor, ¡quiero que me enseñe a ser comunista...!”

“Bonito sueño me tocó esta vez... hasta parece una verdad fabricada por alguien que a veces sueña por nosotros...” las voces internas del hombre Leandro buscaron alzar los ánimos para el inicio de otro día, sujetos como estamos a los giros de los objetos del

cosmos y bien incapaces de elaborar un tiempo que funcione como fuerza independiente del espacio.

Se añadió Leandro -ya listo para su ineluctable salida a los rumbos de una ciudad que soplabla en sus limitadas orejas la posibilidad de un destino- unas palabras tímpano adentro para preservarlas de sus propias indecisiones:

“Y de repente estoy aquí, parcialmente bañado, más o menos vestido, en la panza solo un café espesado con azúcar... estoy enfrente, me acerco, estoy entrando en el local de las reuniones partidarias, ¿cómo vine a esta casa que nosotros mismos refaccionamos, limpiamos, pintamos, amoblamos, metiendo el propio dinero y con trabajo personal en los sábados rojos...?” pero a partir de ahí el tímpano de adentro solamente captó las voces de afuera.

“¿Qué hacés en la casa del partido, pelotudo? La reunión empieza más tarde... Ya no estás en el secretariado, ahora es nada más que la dirección... estamos preparando la asamblea del círculo ampliado de la cultura... Es el tiempo de la transparencia, del antidogmatismo, del pensamiento libre, de los preámbulos del nuevo socialismo... Así que tomate los vientos y volvé al rato... que ya hiciste bastante relajo...” cuatro voces sin caras, colmillos saltones, pelambreras peinadas al descuido, orejas con aretes, brazos tatuados.

“A mí me avisaron de la asamblea... ¡recién hace un rato! ¿Quién decidió eso, mis cabrones camaradas?”

“Orden de la dirección general. Andate, que en una hora y tanto empezamos la junta grande... Y vení bien preparado, que el asunto está que pela... para vos y para algún otro dinosaurio ideológico” alguien plantó la respuesta, y enseguida hubo una resonancia multiplicada, unánime, impenetrable, o sea:

“Sí, preparate pal temblor”, “Sos un aprovechado, un intelectual pequeño burgués”, “No me digas, hasta de la aristocracia vasca sos”,

“Cada poema tuyo es una apología del leninismo”, “Viajaste de garrón a todos lados”, “Los viejos dirigentes ya no están, quedaste solito”, “Si hasta te volaron de la prensa del partido”, “Un corrupto, eso es lo que sos y chau”, “Siempre buscando algún viaje a los países dizque socialistas...” entonces la oreja de Leandro puso un etcétera.

“Díganme, ¡montón de renegados! ¿Qué son ustedes sino unos marxistas posmodernos... entusiastas del turismo revolucionario? ¿Quieren un partido comunista tipo cucharita, que no corte ni pinche? ¿Se acuerdan de aquel español antifranquista, que peleó en Francia junto a los maquis, que estuvo en un campo de concentración nazi y terminó elogiando a la monarquía parlamentaria como garantía de democracia? Ustedes, por influencia y decisión de algunos dirigentes posmodernos, de bonita labia y alma empresarial... son oportunistas, son fraccionalistas, son liquidacionistas... en fin, se mean

en la lucha de clases, en la unidad del pueblo, en los frentes populares... y copiando el lenguaje seductor de los revisionistas... y en definitiva aliándose con lo peor de la seudoizquierda, de los falsos progresistas, de la siempre derecha y del centro... Trabajan casi gratis, son traidores vocacionales. ¿Qué, la mamá les dio poca teta? Ya los veo dentro de un tiempo en su papel de burócratas o de mandaderos de la llamada clase empresarial... o festejando algunos premios amañados, municipales y espesos... ¿Para qué chingaos voy a presentarme ante la asamblea de los círculos de la cultura? ¡Ustedes son estalinistas al revés... aunque nunca ganarán ninguna guerra mundial! ¡Este arroz se cocinó, valientes compañeros! ¡Lean a Sartre: ‘Les jeux sont faits’, ignaros camaradas! ¡Lean a Gramsci, compañeros culturolosos! ¡Van a culminar sus sucios días trepados grotescamente al carro del neoliberalismo! ¡Son pobres de espíritu revolucionario y ricos de espíritu lumpenburgués... por eso no será de ustedes el reino del vero socialismo!”

La imagen de aquel discurso propio actualizó sus orejas, y el hombre Leandro quiso descifrar el número de puerta del local, los signos en negro sobre blanco eran trazaduras de un sistema desconocido, que en esta relación solo pueden ser descritas: el uno inicial se reducía a dos líneas desfibradas, del tres siguiente solo estaba la curva de arriba, del cuatro que continuaba dos toques en ángulo recto, solamente el ocho final se mantenía como una lastimada señal de infinito. Luego, el caminante empujó con débil gesto una puerta vulnerada por brutalidades y abandonos. Una densa oloriza a humedades podridas, a despojos humanos, a oscura perversidad, arrasó sus narinas, sus párpados, su rostro completo.

“Aquí... yo no entro... ¿A qué chingaos vine? ¿Por qué ando entre jodidos pensares y desastres? ¿Cómo se me ocurrió venir? ¿Por qué hay que ver a fuerza lo que uno ni desea recordar? Ah, ¿qué es ese trapo colgado de un clavo, así parece...? ¡Claro! Debe ser el resto de la bandera nuestra... cagada y desflecada... pero roja todavía... ¡y allá la otra, la bandera de la unidad, la pura mugre en rojo, azul y blanco, la del general José Aragón!”

El hombre Leandro arrancó aquellos sobrevivientes y desechados pedazos de tela, los enrolló y juntó en uno solo. Al salir, una vibración desaforada subió desde las invisibles baldosas, y escuchó un vozarrón envuelto en eructado alcohol de caña:

“¡Qué querés, hijueputa! ¡Esto es violación de domicilio! ¡Acá no hay bolches, no hay más jodida política! ¡Qué paisito, che! ¡Ya ni te dejan dormir la siesta!”

El repartidor de correspondencia, sin desprenderse de su burocrática bicicleta, vio que Leandro estaba casi entrando en la casa de departamentos. Sabía de él, ¿desde cuál tiempo?, cuando en otras ocasiones le entregara de mano algunos envíos de países que

solo conocía de tanto leer sus nombres, y hasta postales con raros edificios como finas torres de templos sin adornos ni campanas, con reproducciones de ciudades extendiéndose entre ríos cruzados por puentes y altas avenidas, con pueblos sin duda más pequeños que Ríomar y sus calles en espiral entre casas de piedra, con raras construcciones en forma de pirámide... Como eran postales abiertas, el cartero quiso leer los presuntos saludos en tres o cuatro idiomas, pero apenas alcanzó un limitado desciframiento gracias a la ayuda algún colega de oficio.

“¡Señor Leandro de la Vega! ¡Hay correspondencia para usted!”

“Ah, buenas tardes... ¿cómo está? Soy Leandro Vega en lo Alto, ¿no se acuerda? Es que a veces la gente se hace bolas... se confunde con mi apellido...”

“Sí, claro... Qué bueno que lo pesqué cuando usted entraba en su casa... Mire, le dejo una carta certificada... Viene de...”

Leandro tomó el sobre de correo aéreo, firmó de recibido, saludó a media velocidad y buscó la entrada en el edificio de tres plantas, de construcción todavía digna pese a los descuidos en pintura y cerrajería.

Antes de ingresar por la firme y algo escoriada puerta principal, el envío sonoro del cartero:

“Oiga, ¿usted ha viajado en pila, no? ¿Cómo le hizo?”

Leandro, casi sin voltear, pie diestro en el escalón único, solo dijo:

“Mi mamá comentaba siempre que yo de chiquito no más, tenía hormigas en el culo... por lo inquieto... Es por eso lo de los viajes, ¿sabe?” y se metió por el apretado pasillo, de seguro que con avidez de leer la posible carta que el sobre protegía.

Suponemos que había reconocido la dibujada letra redonda en tinta azul que correctamente lo nombraba, así como los datos de domicilio, barrio, ciudad y país; aunque curiosamente, Leandro presintió que debajo de esas escrituras había otro nombre de persona y otros datos de destinatario. No buscó las huellas del remitente.

Sentado en un sillón de pieles corroídas, adquirido en alguna desleída operación de tercera mano, el leyente personaje de esta crónica apoyó los ojos sedientos en el perfecto rectángulo de papel brillante, tamaño oficio, extraído del sobre que, en su ángulo superior a la izquierda mostraba una paloma idealizada en alto vuelo, vulgar logotipo acompañado de letras en cursiva color oro bermejo: Fundacao Fome Zero, Caixa Postal 7777, Luanda, Angola.

Las líneas azules se movieron ante los lentos ojos de Leandro, olas que pasaban (valga el simple símil) sin regresar, eso sí fue entendido de inmediato: no habría una segunda opción de lectura.

Leer es, asimismo, tachar, soslayar, quitar lo leído: luego, la página será un espacio

muerto, un white hole, una designación de la nada.

Es de suponer, en función de los entreveros dimensionales que la realidad propone, que el hombre Leandro así, de tal yeito leería lo escrito como quien lo escucha, y que, con la ayuda del solo silencio, podría aun borrar además signos, trazos, arabescos, plumazos, renglones, subrayados, garabatos, transcripciones, líneas irregulares que dan carnalidad a las letras:

“Meu caro amigo Leandro, finalmente, me he decidido a enviarte este mensaje, que será el primero y el último. La decisión de escribirte ha sido costosa, lo reconozco. Tú decías que es difícil establecer cuándo se acaba una relación, al menos con las características de la nuestra. También afirmabas que no existe una ‘ley del amor’ ni una especie de ‘ars amandi’. Cada relación va creando sus códigos, sus leyes y sus reglamentos a partir de prejuicios internalizados y tradiciones en general adulteradas por su mala aplicación a una coyuntura específica, decías. Hablabas de la edad de la coca-cola, de la revolución técnico-científica y sus peligros, de la banalización del erotismo, del mercantilismo a ultranza, de la informática como productora de seres idiotizados, de la televisión como una falsa ‘prótesis del alma’, de los libros de auto ayuda en sustitución de la literatura sagrada, de la falta de fe en los cambios hacia un socialismo humanista sin concesiones, de la depredación de los bienes comunes o recursos naturales, de la deformación o ‘desintegración de los valores suprasensibles’ de la modernidad (progreso, felicidad, bienestar, Dios, cultura, civilización, moral, desarrollo infinito...) tejidos por el pensamiento de Occidente con apoyo en la filosofía y la ética clásicas, de que lo ideal no se concretaba en la realidad, del ‘desencantamiento del mundo’ según no sé quién... Era más bien, ahora lo pienso, tu desencanto, tu imposibilidad de romper con el núcleo de tu vanidad, de tu egolatría mal fingida, para entregarte a plenitud a la causa de la ‘humanidad que sufre’, ¿no lo crees? Tus lecturas de unos cuantos filósofos te confundieron demasiado, no tenías preparación bastante, fuiste siempre un balbuceante autodidacta... acusaste a Heidegger de nazi, interpretaste bajo error al súper hombre de Nietzsche, solo te gustaba su elemental ‘Gott ist tot’... Tu marxismo-leninismo era una pura teoría pobremente asimilada. Y después de años y años de llenarme la cabeza con ese enredo ideológico, caíste en la metafísica, simplificada en la famosa pregunta del ‘¿para qué sirven las cucarachas?’ Porque esa metafísica para primerizos te servía como una máscara con relación a tus versos, pues nunca lograste llegar a tu médula de creador, aunque reconozco que estabas muy arriba de la mayoría de tus colegas de esos tiempos. Es curioso, por un lado eras tan propenso a las disertaciones racionales, y por otro esa proclividad a lo oscuro, a lo turbio, a lo confuso, a lo sucio del inconsciente, al feo olor del deseo, para justificar lo que no podías revelar o explicar de tu propia poética. Eras

como un albañil que no entiende lo que es un ladrillo... Y al cabo y/o durante esas etapas de grandilocuencia intelectual y literaria y muchas lecturas y discusiones desordenadas, tu ingreso al partido comunista, tu sectarismo a rajatabla, tu no violencia revolucionaria, tu respeto y tu aversión a la guerrilla, tu posición posterior de unidad y diálogo, tus pasajeras novias, tus traumas de don Juan fracasado, tus conflictos con la dirección partidaria, tus borracheras absurdas... Leandro, la verdad es que solías olvidarte de tu familia, o sea, de mí y de tus dos hijos. Eras un padre proveedor, más que nada. En eso nunca nos fallaste, y hasta permitías que yo estudiara y trabajara. Pero el trago estaba acabando con tus neuronas, para qué recordarte eso. Tu vida, me dijiste una vez, era como un palimpsesto, o sea, tenías que vivir hoy sobre lo borrado ayer, sobre lo vivido que no recordarías jamás... Yo traté de comprender tu dolor, tu imposibilidad de transformar la poesía y el mundo, tu adhesión a la causa de la libertad, digamos. Pero hay límites para el dolor propio, y yo lo puse por encima del tuyo. ¿Recuerdas cuando te comuniqué la decisión de irme a trabajar a una organización en África, dedicada a la lucha contra el hambre, sobre todo en los niños? Estabas con unas cien copas de vino de más en tu sangre, te reíste sin alegría, casi lloraste sin tristeza, casi gemiste sin angustia, preguntaste ‘¿Y los niños?’ Se van conmigo, claro, contesté. Agregaste ‘Ta bien’ y te sumergiste en la cama durante diez horas. ¿Para qué seguir? Al menos, nos acompañaste al aeropuerto y nos juntamos los cuatro en un único y tal vez último abrazo. Nunca supe que también podías llorar... En fin, recuerdo lo que me dijiste en momentos de bruta represión desatada por los milicos: ‘La verdad, que no quiero andar de país en país... presiento que el golpe se nos viene con todo... y no estamos preparados... el Imperio está detrás de todo esta coyuntura...’. Tenías razón, sí, fuiste a dar con tus flacos huesos, como gustabas decir, a Mesoamérica, a Cuahtepaque nada menos. Supe de ti por compatriotas que venían a Luanda vía La Habana, que por allá te habían visto, en encuentros de escritores a base de ron y alguna musa de buena voluntad. También me enteré, ni sé cómo, de tu regreso, así que te escribo a la dirección que usabas en tiempos de la actividad clandestina. Espero que recibas mis palabras. Por acá estoy en una labor que me satisface, me da alegría diaria poder ayudar a tantos niños ante cuyo dolor nuestros padecimientos son boberías. Fue como encontrarme con mi destino. Te mando un abrazo.

P.S. Los niños están bien, hablan un sabroso portugués angolano.”

Leandro examinó otra vez el logotipo de la paloma volandera, las letras oro bermejo en itálico. La hoja tamaño oficio era una zona de tono blanco brillante, sin prolija escritura en azul, sin cláusulas compuestas o simples, sin frases, sin oraciones de ciego, sin puntos, sin comas, sin entre líneas, sin silencios ni sonidos ocultos.

“¡La puta! ¿Y yo qué chingaos lei? ¿Es que esa mujer no sabe que tengo horror al vacío?”

El hombre fue hasta una mesa que simplemente estaba por ahí, se agarró de una pluma de punta azul y empezó a escribir o a copiar de sí mismo:

“Meu caro amigo Leandro, finalmente...”

El escriba circunstancial terminó su labor, excluyendo la posdata.

Tampoco puso su firma al calce. Luego tomó un sobre de avión de algún lugar de la mesa y escribió con cuidadas letras y exactos números la dirección del remitente de la carta leída. En el ángulo correspondiente ubicó los datos del destinatario del sobre llegado de Angola. Eran siete las letras de Leandro, éste recién lo percibía, y cuatro sietes componían la cifra de la caixa postal (agregado innecesario para el lector avisado...). Estos juegos de azarosa numerología fascinaban al fatigado protagonista de nuestra crónica, al punto que estimulaban en él apócrifas (o sea, escondidas) pulsiones de extraña sensibilidad. Y así lo veremos en otras regiones que aún no han sido transitadas por este dislocado caminante.

“¿Por qué me llamaron a mí... es que la familia ya no existe? ¿Cómo pudieron localizarme? ¿En este mal denominado ‘paisito’ todavía vale aquello de que somos pocos y nos conocemos? Pero es al revés, estamos tan juntos que no nos vemos... gritamos y nadie oye nada... ¿Y los que vienen de afuera? No se puede vivir de verdad con base en consignas: ‘o maior do universo’, ‘como Cuauhtepeque no hay dos’, ‘esteños campeones de América y el mundo’, ‘Dios es yanqui’, ‘somos elegidos por gracia divina’, ‘falange es patria’... ¡Y te lo repiten desde antes de ser concebido en la barriga de tu puta madre!”

Había moléculas de angustia en tal preguntadero. Leandro terminaba de firmar los papeles que autorizaban “la reducción de los restos de doña Rosalía Vega en lo Alto, viuda, sin hijos, pensión a su favor de don Julio del Bosque, su esposo fallecido. La operación se cumplirá dentro de los plazos marcados por la Ley 25916, con testimonio visual del compareciente hasta que los mencionados restos hayan sido colocados en la nueva urna. Los gastos que correspondan serán por cuenta de quien conceda el permiso para este trámite. Se establece que en caso de no efectuarse el traslado de la occisa en el término de las 48 horas siguientes a la expedición de este documento, por ausencia o negligencia del familiar responsable -don Leandro Vega en lo Alto Ilha- el operativo se cumplirá a como dé lugar (art. 111 de la Ley mencionada). En tal caso, la exigencia del pago de gastos se llevará a cabo por la vía legal. Dado en la ciudad de Ríomar, en la fecha indicada ut supra”.

Un par de sombras como túnicas azulencas y paupérrimas lo guió hasta el final del muro poniente del cementerio cercano a la costa. Por encima del malecón o costanera o rambla se movían oxígenos venidos del invisible sur. Sobre el asfalto imperfecto que adaptaba su rumbo en función de las curvas de la playa Azul, rodaban máquinas productoras de ruidos diversos y se diluían gases agresivos. El Sol se erguía ya a cierta altura, acosado por la grisura de unas nubes sin forma y sin destino aparental.

“Siéntese aquí, señor... Ahorita traemos el cajón...” habló una de las sombras entunicadas.

“¿Vino solo?” sonidos como de una voz.

“Sí, ¿no ve?”

“Es que hace falta un testigo, a más del compareciente...”

“Nadie me informó de ese trámite...”

“Siempre se olvidan en la administración, como ellos ni tocan los huesos...”

“¿Y qué podemos hacer, eh?” dijo Leandro con delimitada ansiedad.

“Puede salir de testigo uno de nosotros dos, el que usted quiera... Como usted es doliente directo, sobrino de la finada muerta, le aceptamos una propina no más, para unas cervecitas...”

“Pero... ¿ustedes pueden, siendo funcionarios?”

“Acá está todo desregularizado, don Leandro... No hay ni reglamento ni tabulador para las propinas y menos para las coimas...”

“Ah, las mordidas...”

“Como usted las quiera llamar... Pa' nosotros, es pura propina, ¿ta? Somos gente pobretona, pero no nos corrompemos como los que viven en estas tumbas, pudriéndose y secándose... igual que su tía, ¿no, don?”

“No lo diga así... Ta bien, empiecen su trabajo. Que cualquiera de ustedes sea testigo... ¿Hay que firmar algún otro papel?” hálito con fibras de fatiga.

“No, no, esto es de palabra, don Leandro, y en efectivo. ¿Para qué más burocracia?” las dos voces mezcladas.

“De acuerdo, les dejo su guita ahora... pero por favor, empiecen ya. Ahí les va, son cien pesos en dos de cincuenta...”

“Che, agarrá los billetes, es media gamba para cada uno, sí. Oiga, don, por ser usted le aceptamos la cantidad... que tampoco está mal...”

“Bueno, tenemos que levantar la tapa. Si quiere, se aparta... porque puede jeder mucho, aunque es cadáver que ya tiene su buena temporada residiendo aquí...”

Y la barra de hierro fue eficaz palanca: un crujido sin resonancia y saltaron o se descolgaron núcleos de endurecida humedad, raquíticas cagazones de polillas, mínimas

expresiones de polvo, telas de araña enmohecidas, élitros de horrendos escarabajos, esqueletos de moscas panteoneras, alimañas indefinidas escapando de las agresiones de la luz.

Y luego luego (así se relee en el Quijote) hubo cuatro manos de brazos con mangas recogidas que empezaron a escarbar en la panza del derruido ataúd (fea comparación) para extraer a cierto costo de sudor y molestia unos caóticos conjuntos de huesos a los cuales se adherían masticadas telas quemadas por el óxido telas que fueron sedas o tules o fino algodón de lúcido blancor huesos que debieron ser rompidos a puro martillazo y tendones como cables seccionados a filo incierto de una cuchilla de carnicero hasta conformar un montón disparejo a un costado del cajón y enseguida más golpes de martillo porque reducir era eso fragmentar lo deshecho lo carcomido lo descompuesto para que entrara totalmente en una caja de latón que se cerraría para siempre o hasta el momento en que alguien se decidiera a cremar aquellos residuos que poco representaban de tantas niñas jóvenes y ancianas que habían entretejido bajo el nombre de Rosalía Vega en lo Alto de Del Bosque una existencia agobiada por la decadencia social por el desánimo por los fríos aires del sur por la maternidad frustrada por la soledad como mensajera de la nada.

Y Leandro recibió la caja de latón con brazos que esperaban un mayor peso al punto que pensó en lo ligero del equipaje de Rosalía y recordó a Antonio Machado pero su tía paterna no era una hija de la mar sino una mujer que solo pudo sufrir por el aún joven marido devastado por decisión de un infarto por el niño fallecido entre las mismas telas de tul y seda y lino y algodón con que un par de funcionarios sin rostro había dado envoltura a sus petrificados y deshechos huesos de musa doméstica invalidada por el retorcimiento perverso de un tiempo de crisis dinerarias y de guerras.

Leandro cargó la caja hasta el depósito del Departamento de Incineración, situado a la izquierda de la entrada principal de aquel cementerio de la costa. Llegó hasta allí con paso pensante de animal en soledumbre. Entró por una puerta estrecha y fuera de su marco.

“Hace años que la dejaron así, descuadrada, señor, naidés se allegó nunca para arreglarla. Es que viene poca gente a este departamento. Parece que no les gusta cremar a un familiar... para que no agarre fuego el alma de cada uno... Zonceras, no más. Lo que no existe, no puede arder, ¿no? ¿O creen esos tarados que los muertos resucitarán hasta con la misma ropa que usaban al crear? Si casi todo el mundo anda en la joda... con esas ideas de culpa y castigo tendrían que ir a parar al horno, allí se van a encontrar... ¿Se acuerda del tango ‘Cambalache’? Claro, que el Papa les puede adelantar, de obsequio interesado, algunas indulgencias, y dejarlos de foja limpia... Ah, me disculpa, ¿qué se le

ofrece? ¿Viene para cremar esa reducción?”

“Mire, no sé si dejarla en depósito... O la dejo, sí, y cuando me decida, vuelvo. Es que no vivo en la ciudad, estoy de pasadita, ¿sabe?”

“Señor... Mañana habrá una cremación, se trata de un niño que murió muy joven, solo de tres semanas el pobrecito... Como los restos son muy poca cosa... podríamos meter también a su familiar... ¿Le parece? ¿Qué era de usted?”

“Es una tía, hermana de mi padre. Dejé de verla hace una pila de años... y ahora... fue muy feo reconocer nada más que los trapos en que le envolvieron el hueserío... Los reconocí por una foto de su hijo, era muy chiquito... Antes les ponían mucha ropa... ¡Putá! ¡Si murió también de tres semanas! Algo a los pulmones y a la garganta, creo...”

“Una casualidad, porque éste que le digo murió de pulmonía...”

El hombre Leandro vio de repente un fulgor, un mínimo rostro apoyado en la blusa oscura de Rosalía, un crucifijo ennegrecido sobre una pared blanca, un conjunto estatuario en dos dimensiones, pero los ojos de ella hicieron la apariencia de mirar al mirante, fueron como dos agujas candentes que atravesaron almanaques, luces, nieblas, carne, nervaduras, hasta clavarse en el primer cerebro, desde donde a veces la antigua bestia reptílica nos llama.

“Estamos de acuerdo, le entrego la caja... ¿Cuánto le debo por este trámite?”

“Es a su voluntad... Nada en la muerte puede tener precio, ¿le parece? Pero, ¿cuándo viene a buscar las cenizas?”

“En un par de días, seguro... antes irme de la ciudad...”

“Claro, ¿y dónde vive?”

“Para los rumbos del norte... pero algo más lejos... Ahí le pongo unos billetes... Gracias, señor... ¿y su nombre?”

“Nessuno Camarda, Giancarlo... a la orden. Ya ve, descendo de italianos que vinieron corridos por los conflictos en la civilizada Europa, del catorce al dieciocho... Hasta prontito, señor.”

Leandro hacía fluir sus pasos por unas veredas desoladas, en dirección de la playa Azul. Alguien que andaba por ahí le oyó exclamar:

“¡Carajo! ¡Ya no aguanto esto! ¡Es demasiada realidad para mí!” Y el tipo que pasaba de seguro llegó a inquirirse:

“¡Qué sería de este país sin tanto loco suelto!”

Y el caminar del hombre Leandro, a fuerza de zapatos renovados y por lo tanto sin memoria históricamente acumulada, continuaba.

“La verdad, es que la ciudad era más chica de lo recordado... Sin asumir conciencia de esa percepción, me entrevero de ojos y oídos y narices... y entonces los edificios de apartamentos son como casas... y las avenidas se vuelven apretados callejones... y las plazas con todo y estatuas devienen jardines extraviados... y los grandes parques se aplastan como simples manchas verdes... y los arroyos y la bahía y las aguas del río como mar resultan tonos de dudoso azul en el mapa que un niño dibuja en su banca de escuela... solamente la alta efigie de mi general Don José Aragón mantiene su grandeza... Yo tendría que ver con los ojos de adentro, con la mirada del que se va, las capas de huesos y basura y de puntas de flecha y piedras talladas y de espadas y lanzas partidas que sostienen los fundamentos de Ríomar... Y escuchar los sonidos y gritos de lo cotidiano y las vibraciones del invisible sufrimiento y las toleradas voces del crimen y el sonoro derrame de la estulticia y la crepitante salivación del sucio poder que empapa aún nuestras banderas... Y oler el vaho de los pudrideros adonde los cuerpos de tantos detenidos-desaparecidos siguen y siguen descomponiéndose, transformándose y mezclándose en un trueque de carnes, pelos, médulas, uñas, cartílagos y huesos a cambio de las invasoras sustancias minerales de una tierra sin patria...”

Y el hombre Leandro simplemente recordó las declaraciones de un alto mando del Ejército a una agencia de noticias extranjera, en época dictatorial:

“Sí, los cuerpos de los comunistas y sus amigos subversivos son sepultados desnudos, se desintegran más rápido, ¿ve usted? De estos enterraderos saldrá una buena crianza de lombrices gordas... ¡Y con lo que me gusta ir de pesca!”

Y un hedor real, aunque todo es real, incluyendo lo que solo imaginamos, le explotó al protagonista de estas relaciones en lo más interno de unas narinas deseosas de captar lo insólito en los aires de su limitado mundo y lo renovado en las entretelas de la ondulante memorización sensorial, porque en ambas disposiciones se conforma la ilusión de lo que vivimos, ¿o no?

Leandro descubrió, al pie de un poste telefónico, un bulto semejante al de una perra popular aplastada por la impiedad de algún chofer autoendiosado en virtud (o en razón o a causa) de su camioneta de lujo. Se acercó a la fuente de malos aromas. La panza velozmente inflada por gases en fermentación se hallaba frecuentada por una banda de moscas carroñeras; el hocico mostraba dientes que serían hermosos cuando el descarne fuera completado (cierto maestro dijo que debemos buscar la belleza hasta en lo corrupto) y una lengua era atacada por ávidas hormigas; patas astilladas, orejas mordidas, cola seccionada y sin penacho, gusanería trabajando a la entrada de hoyos genitales y anales, ojos muy abiertos y sostenidos por la vieja inocencia del animal ‘que muere sin comprender’ (Rilke) y ahora picoteados y martirizados por un cuervo blanco descendido

de un cielo cuyo color nadie, ni el hombre Leandro, podrá ver jamás.

“¡Dame la guita, cabrón, o te pincho!” una brutal e inesperada demanda.

Y un mandato sin retuque:

“¡No te des vuelta, no me mires, viejo puto!”

Más órdenes fuera de toda posible respuesta:

“¡Ponete de rodillas, las manos agarradas atrás de la nuca! Y bien tranqui, ¿ta?”

Por simple reflejo, Leandro, al obedecer, quiso aflojar con dedos izquierdos el cinto de cuero para producir una distensión en el electrizado estómago. El golpetazo en la cabeza hizo que la gorra saltara hasta muy cerca de la perrita asesinada.

“¿Qué te dije? ¡Quedate así o te trueno, cabrón! ¡El que manda y ordena soy yo! Vos sos mío, ¿entendiste?” un hálito contaminado de febril ronquera.

Los bolsillos fueron esculcados y puestos al revés, la chamarra o campera fue arrancada, los lentes resultaron desprendidos de una cara en estado de sudor.

“¡Mirá que estás bien pobre, hijo de la mierda! ¡Si no estuvieras tan flaco, te echaba una cogida! ¡Porque sos mío, nenito!” la voz se mezcló con un tosido, hubo carraspera, expulsión de flemas.

“Este hijueputa habla como milico... Esa tos la conozco, la recuerdo al menos... no la invento... Y si es imaginación, ¿qué? ¡Ya sé! ¡Este fue uno de los que me dio palo en la Mamá Grande! Y si no es, ¿en qué sueño estoy metido?”

Leandro, al escuchar unos tosidos más tronados, un ahogo de gargajos, una aflojada en el respirar del asaltante, se alzó hacia un costado y, medio tropezando, contempló al otro inclinándose para el vómito. La primera patada hizo que el zapato diestro se insertara en la entrepierna, la segunda -como un zurdazo futbolero en la Copa América- produjo un crujido sin eco en la cara total que cayó sobre la acera.

“Sí, creo que éste era aquel milico podrido... A recoger lo que se pueda... la guita, mis documentos... y me llevo expropiada la pistola...”

Una súbita transición para anular detalles innecesarios, y al rato el hombre Leandro estaba pidiendo otro café bien negro, un exprés triple en taza más que mediana.

“¿Tan fuerte lo quiere de nuevo, señor?” un mesero sin nada que de él interese para escribir en esta línea.

“Sí, pues... Así como lo he ordenado...”

Mientras bebía con la lentitud de una bestia que sabe que no está sola, Leandro, mejor dicho, sus oídos siempre al pendiente, captaron algo de un fraserío originado en una de las mesas del fondo. Esto es más o menos la reconstrucción de lo que sus orejas atraparon:

“Sabés, venía con la Cristina hace unas horas por la avenida... a toda máquina, está

nuevita la camioneta, es importada, ¿viste? A esa tipa le gusta todo lo nuevo, lo moderno...”

“Claro, ella también es moderna, ¿no? Por eso andás con ella pa’ todos lados... Con ese cuerpazo...”

“¿Y sabés cómo coge? No parece esteña, como de otro país...”

“Así que ibas por la avenida Este... bien ligero...”

“¡A más de cien! La Cristina saltaba del asiento como loquita...”

De repente, vi que adelante, como a una cuadra, cruzaba un pibe con un perro no muy grande. Lo llevaba de una correa. Hice mi cálculo para no frenar... para darle solo al cachorro... Sentí un golpecito en el guadabarro y seguí más rápido todavía, ¡a ciento treinta! Ni miré para atrás, ¿para qué? Yo nunca le erro en esto de la alta velocidad.”

“Y la Cristina, ¿qué dijo?”

“Solo comentó que le habíamos dado a algo en mitad de la avenida... Nos fuimos a mi departamento, el nuevo, sobre la rambla. Pero no quiso meterse en la cama, ni con sábanas de pura seda... Conversamos un poco de todo, pero estaba muy tensa, hasta sudaba frío. Después, vinimos acá a tomar una copa. Aun así, seguía bastante nerviosilla... hace ya bastante que entró en el baño a refrescarse. Y llegaste vos para esta anécdota idiota... A la camioneta, nada le pasó. Son los materiales modernos, sabés... Mirá, también voy al baño. Permiso.”

“No sé cómo narrarle esto, el final de la anécdota, doctora... El dueño de la camioneta entró en el baño de las damas, seguro que a buscar a su novia o amante o concubina. Yo me fui casi repitiendo sus pasos; casi, porque me dolía el empeine de ambas patas y ostentaba una extraña renguera. Cuando entré, estaban los dos abrazados, mejor dicho, el tipo era el abrazador. Le ponía lindas palabras en el mero corazón del oído. La muchacha sollozaba de verdad, era un drama legítimo salido quizás de alguna telenovela mesoamericana o conosureña. Finalmente, ella susurró reprochando: ‘¿Por qué pisaste a ese pobre...?’ Y el cabrón respondió, furioso y sin gritar: ‘¡Te dije que fue nada más que el pinche perro!’ Y ella: ‘¿Y yo cómo lo sé?’ Y el jodido camionetero: ‘¿Por qué no miraste? ¡Si yo sí que manejo bien, mi querida Cristina!’ Y ella: ‘¡Ya no sé nada... nada...!’ Y el tipo jailaife, a lo mero bestia, la agarró del pelo y trató de llevarla hasta la puerta. Y se topó conmigo, doctora. Nadie más andaba de orinada en aquel baño de damas. Sentí que en la mano derecha me había crecido el revólver decomisado al milico asaltante. Solo tuve que apuntar con algún cuidado, para no tocar a Cristina. Dos disparos calibre treinta y ocho. Uno le partió el esternón y otro le agujereó la tráquea. Nunca había yo disparado un arma como aquella. El parte policial, redactado por un experiente forense, señalaría horas más tarde que ‘El criminal demostró una notoria

habilidad en el manejo de esa clase de armas, así como astucia para planear el atentado sin que persona alguna que se hallaba en el local de la frecuentada Cafetería Colombia tuviera de inmediato conocimiento del sangriento hecho. La señorita C. P. de L., amiga del occiso, distinguido abogado del bufete J. M. S., realizó declaraciones muy imprecisas dada su situación de shock emocional'. No, doctora, nunca experimenté culpa por eso. La especie nuestra está repleta de gente parecida, que continuará reproduciéndose al amparo del sistema... el sistema los necesita. No lo maté para así crearme un dios de la justicia sino porque a veces uno puede quitarle un átomo de mugre a la inmundicia de este mundo... No, tampoco, no cargo con ninguna muerte de nadie. Apenas si llevo algo de la vida de unos pocos... En fin, no sé si volveré a la consulta, doctora... Siento, y es lo que vale, que doy excesiva relevancia a las putas cosas que me pasan... Demasiado combustible para que el ego siga funcionando... ¿O yo soy más que otros, dígame? Pienso que debo seguir caminando... y mejor si es con los de más, con los míos... hay banderas que alzar todavía, banderas más limpias que nuestra sangre... aunque uno mismo no lo crea... Y si aparece la culpa, me jodo y ta... Muchas gracias, muy de verdad, doctora..."

Cerca de la atardecida, como principio de cierre de una jornada de otoño, el hombre Leandro, de ánimo apretadamente esfuminada y sudados zapatos, saliéndose de sus desorientadas caminatas, estaba sentado en la banca de cemento de una parada del autobús 149. Otros esperantes había, gente similar a la de incontables sitios populares que se reproducían a esas horas en la ciudad.

El caminante escuchaba la superficie de las conversaciones, de los comentarios banales, de las frases referidas a las rutinas del día, del balbuceo adherido a cuestiones de amor, del respirado desahogo en asuntos de salario, del tembloroso reír de las jóvenes bocas. Por esa razón aquí no reproducimos esas expresiones de la utilitaria imaginaria surgida del cansado ámbito del ganapán, del laburo, de la chamba sin esperanza. Creemos que Leandro rememoraba, ante tales ecos orales no profundizados, épocas de oficinas y papeleos estériles, de librerías y estantes de revistas muertas, de restaurantes y almuerzos baratos, de salones de clase y alumnos ausentes. Pero casi nunca es accesible la sensibilidad última de cualquier personaje...

"¡Al fin, carajo, ahí llega el bondi!" una voz estimulada por la entretosida anunciación de un motor.

Se había formado una cola espontánea, con respeto por el orden de llegada de cada usuario: algo natural, como los movimientos de las bandadas de pájaros que se desplazan hacia climas de más calor (¿no es esto un verso tanguero?). Leandro subió ya al final, sin

prisa y sin impaciencia, porque es posible que hubiera aprendido que la velocidad del regreso equivale a la raíz cuadrada de la distancia recorrida al partir multiplicada por el tiempo vivido en el lugar de origen y dividida por los años respirados en el exilio.

Y tan resultó de ese modo, que Leandro utilizó la mitad del recorrido en hacer las operaciones correspondientes, aunque sin aplicar la constante metafísica de su invención (errónea como la de Einstein), pues su cálculo daría cero y entonces nadie podría regresar ni ensoñarse.

“Con su permiso, señor” una expresión de femenina voz, de tono educado y en aparente equilibrio.

“Cómo no, señorita... adelante” y Leandro se paró para que la muchacha con pinta de estudiante pudiera pasar y sentarse contra la ventanilla.

Ella lo miró con un desliz de sorpresa, dijo:

“Es raro, señor. Acá ya nadie usa eso de pararse para que otra persona pase...”

Leandro percibió las siete eses utilizadas y emitidas con suave arrastre, contestó una pregunta no planteada:

“Sí, dicen que esa costumbre es de otros tiempos... Hoy, con la posmodernidad tardía, hay apuro para todo... hasta para llegar a ninguna parte...”

“Está bien lo que usted dice. Mis amigas me cachan... se burlan ... porque trato de usted a la gente mayor, digamos que de cuarenta en adelante...”

“Entonces, soy un tipo mayor para vos, ¿no?”

“Bueno, ¿usted cuántos años tiene?”

“No los tengo, se fueron. Los años pertenecen al tiempo... y el tiempo es hijo único del espacio... porque nadie puede ser el padre o la madre de la nada... das Nichts...”

“Pero... la experiencia de lo vivido, ¿qué significa?”

“Es como un objeto inalcanzable, se modifica a cada instante... y ese objeto en sí, fruto de la acumulación caótica, no necesita del tiempo lineal, de los años que pasan por nosotros a la medida de los relojes... Es muy simple: uno se va modificando y a uno lo van cambiando de continuo, así como nosotros, en cuanto núcleos indeterminados de energía, materia y tiempo cósmico, interactuamos diversamente con otras entidades, no con la Otredad... Por eso, el hecho de establecer conceptos sobre uno mismo, o sea, definir genéricamente esa experiencia, es como una forma o intento de paralizar el devenir, dicen... y eso es imposible... No sé si quedó más o menos claro... Es lo que pienso sobre el tema, solo eso... e mais nada...” asentó el hablante Leandro, es casi seguro que hastiándose de su propio discurso.

“¡Qué complejo para mí es lo que dice, pero muy interesante! Puede servirme para mis clases de filosofía... si usted me autoriza... señor...”

El hombre imaginó los tres puntos suspensivos y decidió poner ahí su nombre:

“Leandro, me llamo Leandro... Te cedo los derechos... Todo es de todos...”

“María Laura, mucho gusto de hablar con usted...”

“En verdad de verdad, es extraño que nazca una plática así en este autobús... en cualquier autobús de esta ciudad...”

“No sé, pero el lugar y la ocasión son muy variables, ¿no cree?”

“Depende, entonces, de las personas... pero somos más que personas. Es decir, estamos metidos en las danzas del Azar, y no sabemos de dónde nos viene la música... ni de dónde nos llega el silencio...”

Hubo una especie de suspense, un esbozo de transición. Luego:

“¡Qué lástima, señor Leandro! En la próxima parada debo bajar... por aquí vivo, no es barrio de gente rica...”

“Sí, ya lo sé... Algo conozco por estos lados... Fue una linda plática, María Laura, que no siempre se da...”

“Una preguntita, nada más: ¿usted es o no es de Ríomar? Digo... por su manera de hablar... sus gestos...”

“Se nace en todos lados y se muere en uno solo... Pertenezco a una especie en riesgo de extinción, la especie de los regresadores... Ahí tenemos a Gilgamesh, a Don Quijote, a Odiseo, a Martín Fierro... Están los que no volvieron: mi general orientalísimo José Aragón, el general mestizo José de San Martín, el antillano Ramón Betances... solo estos ejemplos entre nosotros, y Ovidio entre los clásicos...”

“Hay más, digo... Millones en el mundo... pero la mayoría vuelve, al menos es lo que ha pasado en nuestro país... Aunque otros siguen saliendo a procurar trabajo, estudio, cierto equilibrio emocional... La cultura del despegue... Es un ir y venir que recién ahora empezamos a estudiar, a entender... Si me permite...”

“Finalmente, somos una nación, los de afuera y los adentro... No somos un pinche paisito... En fin dijo Pichín, se pierde y se gana... El asunto es quiénes pierden y quiénes ganan...”

El hombre Leandro se paró para que ella pasara. No hubo roce de cabellos largamente oscuros, no hubo breve entretejido de manos. Hubo alguien que tomó asiento de nuevo, hubo alguien que descendió de un autobús nuevamente, hubo una inesperada placa pintada en blanco sobre verde o azul para que se leyera Calle Isla Florida.

“¿Dónde habré visto o inventado yo a esta muchacha? ¿De qué nada salió? Sin embargo, no pude evitar el verla más gastada, menos tangible, menos real... como envejecida de sí misma... Pero, ¿es posible modificar lo que no se conoce?” tres lógicas preguntas y un agregado que Leandro se habrá hecho, eso pensamos.

“Señor David, esto es muy poca plata... Usté dijo que nos daría dos pesos cincuenta... o hasta tres por día. Porque en las fiestas de fin de año aumenta la clientela, hay que atender a mucha gente y también cuidar los juguetes en la vereda, para que nadie se los afane... Yo sé por qué los pone ahí, para que sirvan de carnada y así los padres compren... pero a los gurises del barrio les entra tentación, y si uno se descuida se levantan alguna muñeca de goma meidinyapan o unos patines o un caballito con ruedas...”

“Poca plata, ni un pito, nene. Yo soy el comerciante que paga mejor en toda la zona. Son dos semanas de trabajo, diez horas por día y un café con leche de tarde... hasta con dos bizcochos, ¿qué más quieren, decime tú?”

“Si hago la cuenta, don David, faltan siete pesos con cincuenta centésimos... son como tres días menos... aunque tendrían que ser nueve mangos... es lo que habíamos arreglado...”

“¡Qué te pasa, pibe! ¡No entiendes nada! No se te olvide que tú y tu amiguito, el Pedro, se hicieron los tarados y no repartieron los volantes de propaganda del negocio. Debieron hacerlo casa por casa, cubrir todo el barrio... Sin publicidad, el capitalismo no funciona. Es algo que en este dizque democrático país deben entender...”

“¡Es mentira, repartimos todos! Y a mí no me importa eso del capitalismo, ¿sabe? ¿Qué es eso? ¿Son los negocios que hay en la capital... en Ríomar?”

“Eres un pebete ignorante, aunque hablas distinto, mejor que los otros... Y al menos parece que te bañan de vez en cuando... Pero no voy a pagar lo que me pides: lo justo es lo justo. Así que recojan las monedas, tú y el Pedro, porque ya me están molestando de más. ¡Y es la última ocasión en que trabajan para mí! De gente como ustedes salen los revoltosos, los comunistas de mañana...”

“¿Comu... qué?” dijo el Pedro, que era de los que solo hablaban para mostrar ocasionalmente su agrisada presencia en este mundo.

“Los comunistas, sí. Hay tienen a esos rusos de Stalin, que engordan comiendo niños... ¡Ojalá se mueran todos en esa guerra con los alemanes! ¡Y los alemanes también... después de lo que nos hicieron! ¡Si por eso estoy aquí, con esta juguetería miserable y aguantando a estos desgraciados hijos de ningún dios!”

“Mire, señor David, ¡métase las monedas en el fondo del culo!” y los discos de metal bronceo y semiplateado cayeron entre los pulcros zapatos altos del comerciante, el ricachón convertido en pequeño burgués a causa del llamado Holocausto; en fin, David Polskovinsky, el dueño de la papelería y juguetería ‘Luz de Yavé’.

Hubo asombro más que sorpresa ante aquel inédito, increíble y grosero desprendimiento dinerario, al punto que el insulto se desvaneció de modo instantáneo, no llegó ni a la memoria superficial.

“¿Y vos, Pedro, qué?” la pregunta del rebelde Leandrito.

Pedro bisbiseó presuntas frases, dio inocuo aliento a sílabas y letras sueltas, finalmente emitió, con apagado matiz de culpa:

“Yo... me las llevo... son mías...” y desapareció de estas narraciones para que el hombre Leandro pudiera ubicarse aquí, adonde el regresador, cortando su caminar insomne, contempla el rudimentario mapa modificado por su mano, si es que lo conservaba todavía, ya que podía ser un papel cualquiera:

“Sí, la esquina es ésta, no hay duda. La juguetería no existe, pues. Sobre su sombra tenemos un edificio de apartamentos, cinco pisos, elevador, balcones a las dos calles, sin cochera... Un templo de las capas medias más bien más bien pretensiosas... ¿Por qué vine a esta esquina? ¿Me trajeron mis propias palabras? ¿Por qué miro y miro el piso de las aceras? ¿Qué busco? Si esto fuera magia, tendría que encontrar ahora las monedas que le tiré con rabia al señor David, tipo que había sufrido cantidad, como tantos de los suyos... pero el primer explotador que conocí en sudor propio... Escapar no es cobardía... Vino a este país para salvarse con su familia, poner su negocio y gemir sus oraciones a un dios duro y solitario, como diría un dramaturgo yanqui... Bueno, para no mentirme, vine a regresarle al judío David aquel automóvil a cuerda que le robé justito la noche de los Reyes Magos... triste revancha la mía porque él no nos pagó lo que debía pagar... Él tenía su Yaveh, su severo juez, su padre tonante... venía de una cultura basada en la culpa original... Lo malo en mí es que no puedo yo solo medir los tamaños de mis culpas... Y la conciencia es como una cinta elástica... Mejor nos salimos de este cruce: calle Andresito con Humaitá... resonancias perdidas de la historia patria... Porque si aparecen sembradas en la banqueta aquellas treinta monedas... entonces los sueños serán demasiado pesados para este solo corazón...”

Al apartarse de la renovada esquina, doce pasos después, en las orejas de Leandro creció sin aviso una electrizada voz de niño:

“¡Mirá, mamá! ¡Qué lindo autito rojo! Está solo, y no es de nadie!”

Cuando Leandro escuchó los disparos, estaba por entrar en el bar ‘Los Campeones’, enfrente de la Universidad de la República, un sitio de alboroto casi siempre saturado de estudiantes durante la mañana y parte de la tarde. Con el trueque de luces, se registraba un cambio de fauna: llegaban los bebedores profesionales, los borrachos sin ánima, los

adictos al café en soledad, los lectores de diarios sin fecha, los vendedores de cigarrillos y condones de contrabando, los niños limpia zapatos, las meretrices vinculadas con un par de casas de citas cercanas de admitida clandestinidad. Las pizzas y el fainá bullían en el horno a leña; botellas, copas, vasos, ceniceros, cucharas y platos de plástico se cruzaban entre manos, charolas, órdenes verbales, mandatos gestuales, silbidos en extravío, ruidos que anulaban ruidos.

Los disparos escuchados por Leandro, según decíamos, explotaron cuando éste arribaba a la puerta esquinera del bar. Su herencia genética le impidió echarse sobre la acera, quedó erguido y sin movimiento. Solo buscaba el origen de la breve balacera, no más de cinco o seis explosiones de escueta resonancia. Gente y gente corría sin destino fijo, era el inicio de la tardecita. Muchos jóvenes buscaban huecos en los comercios aún abiertos, o salían en veloz desorden hacia las calles laterales, o se tiraban al piso apretándose contra las paredes o la orilla de las banquetas. Varios muchachos protegían a sus novias o compañeras ofreciéndose como escudos de los caballeros andantes. Mujeres con sus hijos gritaban hacia un aire humoso y congelado. Un anciano de escasa osamenta y menos carnes dispersaba su alba pelambre sobre el anfractuoso asfalto. El chillido de las sirenas policiacas se mezcló con la visión de Leandro en un raro efecto de sinestesia, al que se unió enseguida el olor dulce y ácido de la sangre en rápida expansión.

“¡Estos estudiantes locos...! ¡Largar una manifestación contra el gobierno justo frente a la universidad! Para mejorar el presupuesto, para que los muchachos pobres puedan estudiar... Está bien, claro.

Es lo justo... pero no hay que regalarse así... ¡O piensan que la universidad será respetada! Meten a la milicada ¡y chau para ti!” de este modo trataba de reflexionar Leandro, siempre quieto junto a la puerta del bar.

La llegada de la policía coincidió con la movilización visible de los agentes enropados de civil que, por docenas, se habían ubicado en la zona universitaria desde el mediodía, y hasta en alguna azotea para mejor vigilancia y mejor puntería de los francotiradores. Esto se sabría luego, pero al momento de estas recordaciones, o sea, las coyunturas respiradas por Leandro, solamente fueron vistos tres cuerpos desarticulados sobre la avenida Universidad, paralela a la avenida Este, en el mero corazón del barrio Medio.

“... y un cuarto bulto humano sería encontrado luego, dentro de un salón universitario, pues la bala del francotirador no mató enseguida al mulato Jorge Nieves sino que éste, espirando babas sanguinolentas, a cuatro patas trepó por la escalera de la entrada principal para recostarse a morir en el aula adonde tanto esfuerzo le costara llegar en su afán de cumplir una vocación” entrecomillado que reproducimos de un

semanario de izquierda para refrescar la memoria colectiva. En esa misma publicación, *El sol popular*, salieron los nombres de los otros tres estudiantes sacrificados:

Susana Arce, Hugo Pintos y Líber de los Santos.

“El gobierno no logró impedir el velatorio de los muchachos, ni la marcha hacia el cementerio de la costa: media ciudad estaba ahí, se los juro, y había muchas banderas: rojas, la tricolor de la unidad, la enseña estudiantil, el estandarte esteño... hasta banderas de los cuadros de fútbol: el Nacional, el Pignarolo, el Progreso... Dígame, ¿quién no llora hoy si estuvo ahí, llorando con todos? ¿O ustedes creen que el tiempo entierra las lágrimas y borra la sangre? Si ni lady Macbeth pudo borrarla...” diría, ¿cuándo?, el hombre Leandro en su platicada a un par de compatriotas esteños, acercándose unos centímetros más a la mesa siempre elegida de su cafetería favorita en el barrio de los Coyotes, ciudad de Cuauhtepeque.

Los tres muchachones marchaban con sus figuras ensombrecidas bajo la lluvia otoñal por aquella especie de callejón que el nomenclator de la ciudad aún no reconocía. Era la cerrada de los burdeles, apenas una cuadra y fracción al sur de la avenida de la Espada, metida entre dos calles sin alfombra de asfalto que se abrían entre altos o medianos edificios de departamentos de sudada construcción popular. Esa calle cortada se situaba así de modo táctico-estratégico, pues abundaba la clientela de varones jóvenes y aun de ancianos no derrotados por los prejuicios y el desánimo. La policía de la zona efectuaba su vigilancia sin presionar a los propietarios de los prostíbulos, que nunca ofrecían identidad ni presencia; para eso estaban las madamas, cuidadoras de las mujeres que allí laboraban y rígidas administradoras del negocio puteril.

En fin, los tres adolescentes arribaron al burdel de la famosa gorda Adelita. Como no había fila de espera, tal vez a causa de la lluvia aderezada con un viento castigador, pagaron los billetes correspondientes a cuatro acostones a la madama, una suripanta jubilada y bien fané y descangayada, vestida de horrorosa minifalda y blusa de celeste transparencia y una boca con menos dientes que una mosca.

“Che, ¿por qué me pagaron cuatro servicios?” una pregunta salivosa con pizcas de tabaco.

“¿No te acordás, viejita? A mí me cobran doble porque soy negro, pero me echo un solo polvo...” dijo Obdulio, el mulato de aquellos tres mosqueteros que nunca serían un cuarteto.

“A vos no te conozco, ¿cuándo viniste por acá?”

“Ni me acuerdo, pero me atendiste, eso sí es seguro... Mirá, lo que pasó es que

estabas media en pedo y se te habrán confundido los colores...”

“¡Parale, che! Yo no chupo cuando atiende a los clientes... Y más respeto, ¡aunque esto sea un quilombo de mierda!”

Se abrió la puerta encortinada de la pieza y la presencia de Adela, Adelita entre los íntimos, fue como una señal de silencio.

“Hola, pibes... ¿Quién se ocupa primero? Tienen suerte, porque recién empiezo a laburar...”

En el trío de socios hubo un entrelazamiento de ojos, una búsqueda de complicidades y acuerdos, también una indecisión alimentada por la amistad. Entonces dijo el Francisco, imponiendo su mayor edad y su indisimulada experiencia:

“Mejor que pase Leandrito, que todavía no le ha visto la cara a Dios... Es pura paja el cabrón, y hoy viene a desvirgarse...”

“¡No me digas! ¡Este pibe es virgo! Pero yo no atiende chicos menores de edad... Nos pueden cerrar el burdel por esa infras... infracción...”

“Pero Adelita, ¿quién va a ir con el chisme? Si estamos solo nosotros y esta vieja... Porque las otras muchachas todavía no atienden, ¿verdad?” argumentó el Francisco.

“Entonces, sí, pero tiene que pagar doble, como el negriño...” apeló la desdentada madama.

“Es que no traje más plata...” el avergonzado Leandrito.

Y la diosa Adela, muy antiburocrática, se impacientó:

“¡Entrá de una vez, que para mí sos un dulce!”

Cerrada la puerta a llave y pasador, la inquilina de aquel ámbito de placentero tránsito hizo que su iniciático cliente desechara con timidez la mojada chamarra, la prolija camisa, la ensudorada camiseta, los flojos calzoncillos, el pantalón heredado de su fallecido tío Rómulo, los estrujados calcetines, los zapatos de vulnerable suela. (Se dirá que hay en este fragmento demasiados adjetivos, pero ni modo: recordar no es escribir.)

“¡Qué flaquito estás, nene! Pero veo que te bañaste...”

“Me baño todos los días, señora... Es costumbre en mi casa...”

“No te quites los lentes, te ves mejor así... Vení, sentate en la cama, así te doy una lavadita... por las dudas. Soy profesional, y una no puede andar chupando cualquier verga así como así, ¿no te parece?”

“Si usted me lo dice...” un temblor único en Leandrito, desde las ingles hasta la voz.

“Ah, ¿todavía tenés el pellejo que te cubre la cabeza? Para mí es como un sombrero, sabés, y el tuyo es bien lindo. Mirá, lo corro para abajo y empiezo...”

Al salir del burdel, Francisco y el mulato Obdulio preguntaron al unísono o juntamente o los ambos dos al mismo tiempo y en un tono compartido:

“Y, ¿cómo te fue? Saliste como medio mareado. Bien mudo, callado como estatua... sin peinar... solo dijiste y apenas: ¡chau señora Adelita...! La madama se quedó ficticia, inédita: tosió un poco de humo y pudo soltar: ‘¡A quién se le ocurre decirle señora a una puta de quilombo!’ ”

Leandrito, abatido por la pericia lingüística, el peso del blanco nalguerío y la densidad de las poderosas tetas de aquella hembra aún no destruida por un oficio no elegido (lo de siempre: joven de provincia seducida, preñada, abandonada, viuda de su cría, inepta, carenciada, captada por las obscenas leyes de la putería, futura víctima de algún destripador, etcétera); Leandrito, se comentaba en esta narrativa, recordaría hasta sus edades de hombre el gesto de solidario y piadoso erotismo con que Adelita bautizara las albas y enrojecidas tonalidades de su piel vascuense.

Recordaría también esto que ahora aquí con rubor se transcribe:

“Cuando alguna tipa se meta en tu cama, que todo sea bonito... Si no tenés ganas, tranquilo, no inventes. El calor debe empezar en el corazón... Si después de coger te quedás como vacío de todo, es que cogiste mal. Y no te agarres ningún metejón, no te encules con ninguna mina. Si te gusta demasiado, ya no sos vos... Abrite de ella. Hay muchos ombligos, buscá el que se ajuste bien con el tuyo... A veces ni hay que buscar, pero tenés que estar al pendiente. Y no vuelvas más por aquí, ¿viste? Nunca te la habían chupado, fue lindo desvirgarte, sos un flaco buena onda... si volvés, serás otro tipo. Y creo que los dos queremos quedarnos con el suceso de esta cogida... porque una mujer sabe por mujer, pero más sabe por puta...”

Leandrito no respondió a la inquisitoria de sus amigos. Ya acercándose a una esquina, y a mitad de la acera fatigada por la lluvia, escuchó una voz en pálida demanda:

“Joven, ¿no me compra unos limones? Están jugosos, a un peso la docena... por favor...”

Miró como quien no más recuerda, oyó como quien no olvida, percibió a aquella muchacha o mujer sin cara y de pelos chorreantes, de faldas exageradas y desaseada camisa varonil, descuadrada su flacuchenta estampa, arrastrando una fea renguera y cargando a puro lomo una bolsa de arpillera multiuso con la insólita oferta de limones amarillos bajo la tensión de las aguas que borran cuerpos y manos, voces y sombras.

“Ta bien, dame una docena... No, no, tomá la plata... no es mucho... ¿Para qué quiero los limones? Mejor, ¿por qué no los ofrecés en el quilombo de Adelita? Decile que vas de parte mía... Está ahí, cerquita, es la casa del farolito rojo...”

“Sí, gracias, joven...”

Leandrito se marchó mirando fijo hacia adelante, a media altura los ojos, soslayando charcos y baldosas indecisas. Francisco y Obdulio se habían disuelto en

alguna oculta dimensión del agua.

Se detuvo de repente, un humanido solitario en sí mismo, solo para sí, por necesidad de la memoria:

“No le dije a la gorda Adelita que ella no me inició... que no era la primera vez para mí... Fue con la Titina, hace como dos años... cuando la familia hizo visita a unos parientes, allá por el barrio de las Uniones... Ella era una agregada para todo servir, no una pariente. Ya nos habíamos echado el ojo... de otras veces, ni me acuerdo. Pero esa tarde fingí un dolor de panza y me llevaron a un dormitorio en la planta alta... masajes con alcohol me hicieron... eran parientes buena onda conmigo... La Titina fue encargada de subir un té de manzanilla con anís... Yo estaba con las ropas desarregladas... con el masaje que me aplicó una de las tías lejanas de mi madre... se me paró el pito, pero ella se alejó de la cama y llamó enseguida a la Titina, ‘Súbele una infusión bien caliente al Nene’ porque ella hablaba así, media refinolis... ‘Y tú, ordena el pantalón y la camisa’... La chava dejó la taza sobre el buró, y sin nada que comentar lanzó sus manos entre mis piernas... masajes de otro tipo, llover sobre mojado moja más, nos besamos a diente, labios, lengua, saliva... se me puso encima, era toda ella y era todo yo... el calor, la humedad, los temblores, una respiración extraña nos juntaron... Titina me acomodó el pelo, tocó mi nariz con la suya, ‘Andá al baño a lavarte...’ Con la Potota fue tan distinto... Ella no estaba cuando regresé, todavía con algún mareo y sin dolor de panza... Nos topamos otras veces, muy pocas, en reuniones de familia, pero solo me miró para no verme... No, Adelita, no podía contarte esta idiota historia de radionovela...”

Y Leandrito orinó en la cósmica torrentada callejera, y sintió el sudor propio y el turbio aguaje que le anegaban la piel, y quitándose los lentes se apretó los párpados a lo bestia para llorar, quizá de buen amor, con la cabeza levantada hacia el cielo invisible.

Los seres humanidos caminan no solo a su voluntad, como suelen creer, sino bajo sometimiento a fuerzas de atracción que pueden actuar tanto desde la vulgar materia y sus expresiones arbóreas, edilicias, urbanas, cárnicas, terrestres, etcétera, como desde las sacudidas sustancias de la memoria y de la mera imaginaria.

Iba Leandro pensando esto, ajeno a cualquier asomo de novedad inelectual, cuando, al detenerse en el centro de una calle del barrio Las Delicias, sospechó que a su derecha, algo adelantito, debería estar la generosa mansión que habitara, ¿tres quinquenios años atrás?, aquel embajador mesoamericano en épocas de la dictadura neofascista.

“Sí, creo que ésta es la casa... Pero, ¿por qué vine por estos rumbos? No conocía bien esta zona de puras residencias, de gente que en vez de laburar, descansa... que en vez

de vivir, vive de los otros... Puta, ¡qué simplismo el mío! Aunque así funciona nuestra todavía democrática sociedad esteña... Según parece en la casona llegó a haber más de cien refugiados, militantes políticos y sindicales, mujeres, niños, tipos de varia edad... Escaparon del horror, se marcharon del país cargando sus historias personales y colectivas... en realidad, luego de tenerlos durante meses en una expectativa alucinante y desgastante... los sacaron a patadas en el centro del culo. Los milicos sostenían que eran delincuentes o miembros de movimientos terroristas... Para ellos no eran luchadores comunistas, socialistas y de otras formaciones políticas o guerrilleras... Hasta los niños resultaban peligrosos... Pero fueron saliendo hacia Cuauhtpeque, doscientos o trescientos, en un goteo irregular, agónico... hoy unos cuantos, mañana saldrán menos, después un montón... hasta que se cortó el flujo... Hay personas que en Cuauhtpeque y Ríomar recuerdan con emoción, sin duda, las gestiones de don Vicente, el embajador, un humanista incansable, un ser solidario hasta las raíces... la gente a su cargo en el servicio diplomático lo acompañó con dignidad... Bueno, eso me contaron y volvieron a contar algunos compadres durante el exilio... Ahora, creo que paso frente a la ex residencia del embajador porque he soñado que también estuve asilado ahí... cuando la persecución contra el partido era implacable... estuve ahí, soñé, como tres meses... en medio de la promiscuidad controlada, durmiendo en el suelo con otros quince... en colchonetas y cojines de todo tamaño, tapados con cobijas no más... comiendo a horas fijas, lavando trastes a hora fija... barriendo y trapeando pisos a hora fija, bañándome a hora y día fijo... leyendo y escribiendo sin hora fija... haciendo la vigilancia a hora fija... tratando de coger con cierta musa cuando se pudiera... En fin, lo malo, lo lindo, lo bueno y lo feo. Lo soñé, me digo, por eso no figuro en el libro muy bien documentado que publicará pronto -o ya publicó- Sylvie Dutrenoit, doctora en ciencias políticas, y que titulara *La embajada invencible*... ¿Qué más puedo decir sobre lo no experimentado? ¿Recordar tanto sufrimiento de tantos siempre acumulándose? Porque te duele en todas direcciones... Cuando todos fuimos expulsados, cuando salimos al ostracismo, al destierro, ¿no dejamos una estela como la que graban los barcos en la espuma desde antes de la Ilíada hasta hoy? ¿No es una cauda de sacrificados en la tortura, de desaparecidos, de vejados, de hambreados, de insultados, de violados, de destruidos, de engañados, de desechados? Y cuando volvemos, ¿es por eso más ligera, más breve, menos sangrienta, menos dolorosa, la misma estela nacida con el inicio del exilio y que nunca nos abandonó? Por mera fuerza de atracción... así es que los sufrimientos de los pueblos se juntan... Pero, ¿qué haremos con ese tormento social así acumulado? Si no hacemos una revolución de a de veras, entonces ¿qué?”

El hombre Leandro sintió en los pies una tonalidad de piedras sueltas, de arena mezclándose con mugres indefinidas. El roce o sutil arrastre de los zapatos casi vencidos tuvo en él una resonancia inédita.

“¡Caracho! ¿Qué es lo que oigo? ¿De dónde se aparecen estas voces? Que son voces... son. Como el pipí que, cuando cae en la boca de la letrina, empieza hablar en quién sabe que idioma... que uno después entiende, piú o meno... ¿Qué escucho? Ah, sigue caminando... sigue caminando... no no pares nunca... no no pares nunca... ¡Y hasta en hexasílabos! ¿Para que me asombro? Desde chiquito entendí que nada es mudo del todo, ni las piedras. Allá, en la casa de la estación Mangas, cuando mi madre semicantaba algunas canciones, con melodía improvisada sobre versos de Amado Nervo, para que con mi hermana Sara nos durmiéramos protegidos por esa magia sonora, dejaba de escuchar su cántico y por la cabeza se me cruzaban avisos de gorriones, señales de golondrinas, golpeteos de pájaro carpintero... Pensaba, imaginando que aquel sonidal venido de los espirales del día se añadía luego al fluir de la noche, que en los espacios de afuera de la casa fermentaban realidades plenas de claridad y de misterio. En mí se originaba un estado de angustia y de alegría que jamás pude describir. Los puros sonidos y crujidos y quejidos y su ritmo y sus intercaladas cesuras y sus caóticas pausas se transformaban en mí, como una oscura premonición, en los versos que años después estaría destinado a escribir... Tal vez lo que en este momento escucho al caminar es lo que estoy escribiendo... o soñando... Por eso he sospechado desde antes de la adolescencia que no hacemos camino al andar, según don Antonio Machado, sino que marchamos en la medida en que nos acercamos a un camino siempre intocado, siempre intangido como el objeto/sujeto del más primario deseo. En términos poéticos... un camino que nos lleva al centro del Azar... allí donde dejaremos acumulada la energía que, al calcinar sus límites, estallará para encender en los humanidos el alto fuego de la libertad perenne... ¡Qué discurso me largué! Además, ¿de dónde salieron las putas palabras? Un poeta diría que son la síntesis de todas las emisiones del aparato del habla humana misturada con el libro sonoro del mundo natural... pero la especie ha producido otros ruidos, otras vibraciones, otras melodías... ¿Eso también debe tomarse como elemento constitutivo del lenguaje? ¿Serán el barullo horrible de las grandes ciudades y el brutal ruidaje de las guerras una sustancia palabrera? ¿Existe el silencio en estado de pureza? Cuando usaba la bicicleta a favor de mis dolidas patas, según la velocidad, escuchaba con nitidez ‘Tomate otro trago... tomate otro trago...’, o si no ‘Decime otra cosa... decime otra cosa...’ ¿Por qué nadie escucha el ladrido de un perro muerto hace mil años? Quiero decirme que cuando alzo estas pobres reflexiones, estoy significando que toda expresión sonora, venga de donde haya salido

(viento, árboles, olas marinas, pedos de gorila, coletazo de piraña, gemido de amante, tos de moribundo, eructo de bebé, pájaros desterrados, maldición de madre, sirena de guerra, balazos nocturnos, súplicas de creyentes, bombas nucleares, suspiro de bacterias, réquiem de Mozart, estómagos derrotados, pichones solos, choque de galaxias, ballenas enamoradas, cantos de rapsoda, etcétera), es sustancia no tactada o dimensión irreconocida o materia real del único idioma posible en este universo que gira y gira simplemente alrededor de incontables universos cuyas leyes jamás conoceremos... Es decir, al cabo de haber inventado miles de idiomas y dialectos y cientos de sistemas de escritura, la especie cultural que somos no ha podido imaginar, recrear o traducir la lengua cósmica, la lengua de todos los días que empezó con una limitada explosión para comprobar, también, que la Nada es innombrable...”

Leandro, en algún costado de su cerebro, aborrecía estas banales divagaciones, pero estaba acosado de modo permanente por una pregunta tan retórica como angustiante: “¿Qué putas es la realidad?”

Según cierto erudito cervantino, es la cuestión esencial en Don Quijote, quien aplica su insanía en busca de una respuesta, para lo cual entrevera lúcidamente eventos que todos perciben con la obra de los encantadores que confirmarán su verdad. Y el caballero, tan acopiador de diversos nombres, defenderá esa verdad hasta términos extremos... Pero volvamos a Leandro: si las palabras fueran generadas como él nos dice y si por momentos pudieran, por mera sinestesia, adquirir figuración o apariencia, veríamos sobre su transida cabeza, no un aro de angelito medieval educado en latín ni un globo bidimensional atrapador de oraciones o frases o versos o exclamaciones o signos aislados o discursos o aun blasfemias como #&?}*x]+gr, sino un abanico de espuma sombría abriéndose y cerrándose en una respiración desesperada y exultante de brevísimas instancias en color multiplicado, o sea, una trama cambiante de entrelazados arcoiris a su vez estallantes en tallos de estructura impalpable y olorosa a usado sudor de pies y axilas abominables, a ácido pecho quemando vieja sangre, a hediondez de dedos hurgando la hendidura sagrada, a agrios dientes decapitando todavía la verba iniciática, a amargos hálitos que inexplicablemente pueden impulsar un cántico o una bandera...

“Tengo que descansar, ahorita mismo... Que nada hable en este entorno de bosques achatados por el duro aire del Sur... Que el idioma del viento no sea entendido por mis orejas... no, porque escuchar también cansa... Si apareciera una casita de troncos con su chimenea humeante de blanco, con su añejo rosal junto a la puerta receptiva, con sus muebles ordenados, con su cocina entibiada por el vapor del café... Si entrara en ella, sé que se agrandaría ajustándose a la masa y la forma de mi cuerpo, de lo que meramente soy, porque mi nombre no ocupa ningún sitio, cabe en donde se dé. Pero no puedo

comprender si esto en verdad es un bosque, reminiscencia de las aventuras de Rama o Tristán, o un letrero oficial que publicita las bondades naturales de esta república esteña... anuncio para atraer el turismo de los vecinos ricos... Es que entre los pinos y eucaliptos y acacias, el viento o el gran cartel deja ver lenguas de arenas intensamente blancas... ¿Y el Sol, por dónde anda el padre Sol?” esto se entredijo antes de enredarse en sí para dormir entre raíces y hojas murientes.

Leandro logró despertar cuando el temblor de aquel suelo arenoso y húmedo casi le gritó dos heptasílabos indicándole el tránsito de una camioneta de la policía preventiva: “Salite del camino... metete a la derecha...” Y así pudo rajarse del presunto bosquecillo, cargando la pistola en un bolso, pues jamás la llevaba encima, y saliendo hacia un grupo de casas de veraneo vigilado por una breve perrada que, sin ladrido ni gáñido alguno, permitió al caminante una aquietada aproximación a aquel apacible sistema doméstico.

“Si esto fuera una simple soñada, tendría que aparecerse la Rosita” es lo que, hasta donde lo conocemos, debió de cogitar Leandro, especialista en inciertos esfuminos y dislocados delirios, mientras destejía neuronas y sinapsis para que Rosita adquiriera lúcida imagen y vera semejanza.

Una de las casas en el centro del grupo estaba señalada por un cuidado letrero al comienzo del jardín: ‘Pensión el Edén’, letras de amplitud, y en cuerpo más pequeño: ‘Rosita Pérez, propietaria’.

El hombre Leandro tocó tres veces, a pura mano extendida, la puerta pintada a siete colores (¿reminiscencia de sus visiones de lingüística natural?). Por cada color hubo un silencio. Tocó, golpeó, rasguñó las tablas de posible cedro. Quiso relaborar la lejanía de aquel nombre de seis signos resurrectos, la palidez bermeja de una boca apenas insinuada en la suya.

Ya en completo desespero, golpeó a sufrido puño y pateó a zapato exhausto la estrecha entrada lateral, las ventanas, las paredes, los achatados árboles del jardín. Finalmente, vencido y genuflexo, dio con su cabeza en la puerta de cedro.

“Pero... ¿y los colores? ¿Por dónde caracho se fueron? Si yo los vi como pieles pintadas a puro pincel... Ahora hay solo una madera negra, y se escuchan los gritos de los perros... Parece que son más de los que eran... La puerta no se deja... tengo que abrirla... y si no, ¿qué hago?”

Cuando la furia de los perros llegaba al jardín, Leandro pudo apartar la hoja de madera para así percibir un ámbito sin forma traducible, o una habitación de tiniebla, o una dura oscuridad que, en medio de tropiezos y desgarros lo conduciría a un asombroso vacío, a la “terra australis incognita” de su propio pasado.

“Joven... ¿Cómo te llamas, muchacho?” una voz de patrón educado, sin prisa, en elaborado equilibrio.

“Leandro Vega en lo Alto... para servirle, señor.”

“Bien, supongo que te explicaron cómo será tu trabajo en la editorial... El horario es de ocho a doce y de dos a seis, de lunes a viernes, y de ocho a doce los sábados. A veces habrá que atender los puestos de venta en la feria de los domingos. En la mañana, lo primero es ordenar el mostrador, que no haya papeles sueltos, y barrer la acera con un poco de agua y detergente. Luego, trapear con cuidado el cuarto de aseo, conviene usar desinfectante, ése que huele a pino verde. Enseguida tendrás que ayudar a Juan Manuel a preparar los paquetes de libros. Se ponen de acuerdo entre ustedes para ver cómo harán las entregas. Ramona, la administradora, les entregará la plata para el transporte. Casi todas las librerías están por el centro o cerca de la Universidad, así que es fácil. Recomiendo que se entreguen todos los pedidos en el día. Hay editores que son poco responsables en eso, no cumplen con los tiempos de producción, tampoco con los de entrega. O que se asustan ante propuestas nuevas, distintas, originales, y que suelen tratar muy groseramente a los autores. Nosotros, con más de veinte añitos de tradición al servicio de la cultura nacional, operamos de otro modo. Publicamos solamente obras de calidad, renovadoras, sean de quienes sean, y pronto habremos instalado la librería en este mismo local. Hay que ampliarlo, claro, eso nos dará una presencia más firme en el mercado del libro que, la pura verdad, es un auténtico relajo. En fin, hay que modernizarse en serio o morir. Nosotros hacemos presentaciones públicas de nuestra producción, con la presencia de los autores que leen fragmentos de su obra y comparten ideas con los lectores. La prensa no nos da mucha pelota, es cierto. Porque hay como mafias, grupos de interés: este autor sí, este otro no... Una desgracia. Hay como una discriminación con un fondo ideológico, con una intención política, más que por motivos literarios. Y si un escritor se va del país, por la causa que sea, puede hasta perder su silla para siempre... Será para los otros ‘el que se fue’. Y hay celos, por supuesto. Y una hambruna de ganar premios oficiales y becas que ni te digo...” un discurso muy extendido, sí, pedante quizá, con algunos vulgarismos, pero el oyente comenzó a aprender algo de un oficio que sería parte de su existencia activa.

Un Leandrito de quince años iniciaba la jornada de acuerdo con las suaves indicaciones del director-dueño de la reconocida Editorial Independencia, hermano de un narrador de provincia con bastantes lectores en el todavía de hoy. Los dos hermanos eran como dos Abeles: uno escribía sus excelentes relatos de ámbito pueblerino, y el otro los imprimía y distribuía en Ríomar y alguna ciudad del interior.

La parte fea del trabajo matutino era la limpieza del baño. Allí, los buenos modales, los diálogos que entretejen la solidaridad laboral, el mero desarrollo de una creativa actividad industrial-literaria, las pláticas de alta intelectualidad entre el director y algún escritor de prestigio o algunos clientes especiales; allí, decíamos, en el no espacioso cuarto de aseo, todo aquello parecía diluirse.

“¡Qué vero asco! ¿Cuántos somos laburando en esta editorial? Cuatro minas y cinco varones... al jefe no lo cuento, él tiene su baño separado y lo limpia la gallega Dolores... doña Lola, pero ella usa éste, el del pueblo... ¡Miren los orines que salpicaron el retrete y el suelo! ¡Miren esas flemas pegadas al lavabo! ¡Miren ese papel fuera del canasto, todo lleno de mierda! ¡Y la mierda no tiene sexo! ¡Miren, quienes lean esto en otro tiempo, los paños menstruales mal usados, sucios de lo que es el licor sagrado de la hembra cósmica! Porque, me repito, la sangre, el sudor, el semen, la saliva, la caca, el pipí, ensucian cuando se cree que son mugre, solamente. Y si ensucian, es porque al utilizar toallas y trapos y gasas y algodón y arena y jabones y perfumes y hojas de árbol y pasto y papel vario y simples dedos y agua vulgar, nuestra especie agrega su inmundicia de origen... ¿Cuándo comprenderemos lo sagrado de nuestro triperío?” era la temprana reflexión del atormentado Leandrito/Leandro, el que, según el desarrollo de su aparente destino, comprendería que la mezcla caótica de los elementos terrestres y terrícolas sería la sustancia madre de toda lucha estética y de toda pelea por una liberación compartida... a riesgo de hundirse en una oscura metafísica, pero ni modo. Recordemos que la médula de la sombra está hecha de luz, según el místico Arabi Afiz Al-Mahad, el padre de Muahmmud, tal vez citado en estas costosas relaciones.

Dos meses de servicio en la editorial bastaron para confirmar en Leandrito lo que sería una inderrotada vocación por la lectura y la escritura, por lo que el dios Azar decidió sin consultarlo que saliera hacia otros rumbos más abiertos y propositivos.

“Si hubo un artista que pintaba con el propio excremento, por qué no escribir, no con sangre como más de un vate romántico o vanguardista lo hiciera, sino de ese yeito, ¡metáforas a pura cagazón!” , aunque habrá añadido, por mera lógica, “carmina non olent”, en pésimo latín y como asomo de una soberbia que nunca se extinguiría totalmente.

El hombre Leandro, tembloroso de lluvia y desánimo, entró en el vestíbulo de la empresa funeraria Los Ángeles, en la zona pretenciosa del barrio Medio, a unas diez calles del Hospital de Clínicas Populares. Buscó en el cartel de información los datos de la sala en la que, según le informaran opacas voces de amigos, estaba instalado el velatorio de

María Ana.

“Es mejor preguntar a la recepcionista... Poder decir y escuchar su nombre, nada más... Ah, pero no están puestos los apellidos, Carrara Vallejo...”

“Señor, ¿en qué lo puedo atender?” una muchacha delgada de rostro y de sonrisa neutra expandía un mínimo aroma a rosas artificiales, bien sentada con rectitud profesional para buena imagen de la tétrica empresa.

“Por favor, no entiendo en qué sala están velando a una persona... llamada María Ana. En el cartel de información no figuran los apellidos, ¿es raro, no? Tendrían que estar...”

La recepcionista debió acrecer su capacidad auditiva para escuchar a aquel hombre de gorra, lentes y ropas mojadas que hablaba como si solo estuviera pensando su corto discurso.

“Sucede que la documentación oficial no fue entregada todavía.

Se pusieron los nombres solo como indicación provisoria... No es posible para la empresa ingresar un cuerpo que no tenga una designación oficial... aunque incompleta... Usted lo comprende, ¿verdad?”

“Sí, está clarito: ya se sabe desde antiguo lo que no tiene nombre, lo que no ha sido bautizado, simplemente no existe... Pero una persona es más que su nombre... una persona no es como la llaman... o como lo establece un documento al nacer o al vivir o al morir... ¿Me entiende, señorita? Cada uno lleva un nombre secreto, que los de más no conocen. Y que uno debe saber para pronunciarlo cuando nazca y, sobre todo, si tiene chance, en la instancia de morir... Esto es más añejo que mirar el cielo, ¿no?”

“Señor, me disculpa, no le entiendo. Solo le informo que cuando llegue la partida de defunción, debidamente acreditada ante los organismos sanitarios y policiales correspondientes, se procederá a hacer el agregado de los apellidos. ¿Le queda bien claro ahora, señor? Ah, dígame, ¿usted es familiar de la difunta o qué?”

“Soy más que un pariente... pero no le explico, porque esto sí que no lo va a entender... Si me indica la sala, le agradezco...”

“Sala número siete, primer piso, suba las escaleras y doble a su izquierda, señor...”

“Muito obrigado, señorita. Até logo...”

“Ah, un fronterizo... Con razón tan atarantado... Esta gente viene de otro mundo...” en la tercera parte de su pensar hubo una certeza, pero la pulcra recepcionista no sabría nunca de qué certeza se trataba.

El hombre Leandro ingresó a una sala constreñida por un vago penumbrar. A la derecha, la clásica mesita con el libro para ofrendas escriturarias. Y, casi recostadas en la grisura de las paredes, unas doce sillas de congelado metal; también, a unos tres metros

del ataúd, estaba plantado estratégicamente el extendido sillón de falso cuero de antílope, asiento para comodidad de los dolientes más próximos. En otra mesa fuera de la sala, el servicio de agua mineral y denso café barato, del que favorece la agrura, profundiza el insomnio y atenúa el aburrimiento.

Dos atentos funcionarios, en traje de luto por todos los grupos humanos que allí descargaban sus cadáveres, vigilaban el orden de los trámites burocráticos -disposición de ramos de flores, encendido de lámparas, ayuda a las personas más dolientes, oferta de agua, café y galletitas, funcionamiento de la ventilación...-, mientras con olfato experiente calculaban la hora en que asistirían las mosquitas azules -avanzada de las moscas panteoneras- que desovan (es metáfora) en la nariz, los oídos y los ojos de los horizontalizados e indefensos muertitos (sustantivo in diminutio que se aplica para aminorar el sentimiento trágico de la industria de la muerte).

Leandro nada percibió como figuraciones de personas mayores o menores, de edad y de tamaño, salvo los mencionados funcionarios que se retiraron cuando él entraba, de seguro a fumarse algún tabaco o a soplar el polvo blanco que ayuda a resistir. Se trataba de una vaciedad en que la especie más depredadora apenas estaba representada por el cuerpo dispuesto en el breve y apretado cajón. Porque Leandro sentía en sí su pertenencia a una subespecie híbrida que ningún psicoanalista había logrado codificar. Es decir, en tal momento solo María Ana se sostenía en lo humano, como si su propia muerte luchara contra sí misma, para transmutar en memoria tangible, y tal vez imborrable, la presencia ausentada de aquella mujer que tanto había espiritualizado la carnalidad del amor con que Leandro la homenajeara como La Musa Total.

Debe agregarse que semanas antes de que el cáncer empezara a masticarle los pulmones, María Ana comentó a sus dos hijas gemelas -perfecta clonación de la hermosura y los tonos de piel y cabellos de la madre- que había en su pecho un bichito molesto.

“Sí, siento una picazón, una cosquilla que no es dolor... Y ya saben que ando baja de ánimo. Es por el papá de ustedes, que no acepta todavía el divorcio... El otro día le mostré los documentos, el veredicto del juez, las firmas de los testigos... Como fue por mi sola voluntad y en razón de cónyuge golpeada, él no acepta lo que ya está definido legalmente... el gran machista siempre quiso tener la iniciativa, oponiéndose a mis proyectos personales de estudiar, de trabajar, de ser una persona humana, independiente... Reconozco que me sometí demasiado, pero ahora es distinto y ustedes pueden ayudarme a que todas seamos libres...” y surgió el primer toque de tos, y luego un eco y otro eco.

“Mamá, estás muy pálida... Podemos llamar al médico...”

“No, no, ya está viniendo el alivio... Además, quiero decirles que ya no sigo con

Leandro... Es un buen tipo, un luchador social, un escritor... pero anda para todos lados, como si tuviera que elegir entre muchos destinos al mismo tiempo... Y yo quiero salir de un sufrir de quince años, de la brutalidad permanente, hasta de la grosería sexual... Ustedes tienen poca idea de lo que aguanté como una idiota tanto engaño, tanta humillación... ¿Fue por amor? Hubo atracción al comienzo, claro. Pero amor... fue por tener algo seguro, yo venía de la pobreza, que huele feo... y él exhibía una situación bastante firme, pese a rachas no buenas... Pequeños negocios inmobiliarios, periodismo, imprentas, cafeterías... Su alegre falsedad y sus intereses literarios me sedujeron, acepto, aunque en el fondo era un traumado de tantos... nunca llegó a escribir ni un cuento más o menos pasable... Tenía la egolatría de los ignorantes, la vulgaridad de los mediocres, el disfraz de una simpatía artificial elaborada frente al espejo... Sí, nunca les había hablado con la pura verdad a la vista. Fue otro de mis errores. Vengan conmigo, por favor, abrácenme, ¡las tres juntas seremos una sola persona en paz y en libertad...!" y la tos regresó para no retirarse.

(Se supone que Leandro no sabrá de este dramático monólogo materno; debería de leer lo que en él se redacta, en fin... quizá tenga su chance de mentirse o de soñar.)

El ex amador de María Ana miró el perfil derecho de aquel rostro que en su quietud externa sugería una hermosura más alta que la huyente luz de las cuatro lámparas apostadas en los cuatro ángulos del ataúd de planchas mestizas de pino y cedro. La tapa se hallaba debajo, no colgando a un lado, y con su interior de absurda seda acolchonada.

Leandro comprendió, o quiso comprender, que el rostro total de aquella musa transitoria, como todo lo que se menea en las conocidas o probables dimensiones de la cotidianidad, jamás fue tocado por la sedienta tenacidad de su boca, nada de ella lo había sido, ya que es probable que si algo muere es porque solo pudo existir en el ámbito de lo que, por facilismo, se denomina realidad.

“María Ana, escucha: están las manos cruzadas sobre tu arrugado corazón... debajo de la tela celeste, tus pechos como astros fulgentes, sabor de tierra profunda... tu vientre con su estructura de blancor y sombra... tus muslos dos tallos de asombrosa contundencia... tus dulces pies que debieron llevarte hacia otra forma de lo existente... tus ojos que no te verán como deseaste ser... ¿Dónde estabas en nuestros momentos del amarquerer? Te gustaba ese término tomado de alguna imaginiería lírica... ¿Dónde estuviste cuando las pláticas sin fin en nuestro oficio de andacalles? Ya ves, toco ahora tu boca con mi lengua empobrecida y sé que no estás ni siquiera aquí... porque no hubieras podido soportar el llanto de tus hijas... y menos que menos la ácida representación corporal de tu ex marido, con su aliento de ratón enfermo y la inevitable convicción de su

derrota, porque ya no podrá herirte ni golpearte ni humillarte... Debes reconocer, María Ana, que a pesar de tanta diversa distancia entre nosotros, pude añadir a tu vida la iluminación que tú hiciste crecer en los depósitos oscuros de mi ánimo. Quedamos a la par, mano a mano... porque no sé si soy justo conmigo ni contigo, porque tampoco sé si ahorita mismo estoy aquí...”

Esta reiterada duda tal vez tuviera asidero en cierta concepción del tiempo, que es imaginado como una máquina de tres ruedas: la trasera, o sea el pasado, se resiste a girar en el mismo sentido que la rueda delantera; ésta, el futuro, procura realizar sus giros a una velocidad que no domina o no puede prever, y la del medio se estremece porque no logra dar sus vueltas en ambos sentidos simultáneamente. Por eso, el presente parece moverse en varias y desconocidas o inesperadas dimensiones, y en su estructura hay rincones inmóviles, como esos sitios no tocados por la muerte en medio de una terrible batalla.

Antes de salirse de la sala, Leandro hizo lo que ni siquiera un imaginativo novelista podría inventar; así lo pensó a lo vasco, a puros genes no más:

“A levantar la tapa, ¿por qué la pusieron debajo del ataúd? María Ana, por cabrón nada más quiero ser el último en ver tu cara... Mira, la ajusto bien, sin ruido, tiene su peso... y aprieto con toda paciencia, con toda la debilidad de mi energía, los tornillos de bronce... Si hasta han dejado aquí las herramientas, andan apurados estos tipos de la funeraria... les adelanto el trabajo... Pero hoy sí llegué primero, nunca fue de ese modo contigo... ¡cómo supiste alejarte!, aplicando la jodida ley de la distancia... y me voy primero también... esta soledad no me la toca nadie, ni siquiera la forma definitiva de tu ausencia... Chau, María Ana...”

Sentado en uno de los bordes del gran hoyo dejado por la extracción del cerro de Ríomar, que hasta en el escudo nacional esteño figura, sobre campo plateado, como símbolo de la Fuerza, estaba el hombre Leandro contemplando esa extraña expresión del vacío. Algo a la izquierda del observador, el puente Libertad encimado sobre las indecisas corrientes del arroyo Pantanal, más movidas en esa instancia en razón de discretos chaparrones de ritmo otoñal. Pero dejemos que Leandro comente algunos trozos de su visión.

“¡Qué buraco se han echado los babosos! Se volaron los restos de la fortaleza con faro y todo... Sí, pues, hasta el museo de los milicos allí asentado, una mezcla de banderas desteñidas, gorras aplastadas, uniformes andrajosos, fusiles sin mecha, cañones estériles, lanzas inmóviles y sables paralíticos... ¿Para recordar qué? ¿Las absurdas guerras internas?

¿Las gestas liberadoras... hasta dónde? ¿Las matanzas de indios? ¿La desolación de la campaña, los ranchos incendiados, las reses pudriéndose al Sol? ¡Ah, Don José Aragón...! ¿Volverás por alguna grieta de la historia a recordar en los hechos que nadie es más que nadie? ¿Hablarás otra vez y hablarás para siempre? Habrá quienes te acompañemos, no tengas duda... es más, ¡vos lo sabés! ¡Y no seremos pocos!”

(Interrumpimos aquí, pues nuestro personaje se salió de su propio guión. Si introducimos una presencia humanida, lo sacaremos de tal ensimismamiento.)

“Escuche, señor. ¿Quiere un agua mineral? Es brava la subida hasta lo bordes... Mucha gente se queda sin llegar, y hay que tener cuidado, ¿sabe?, si la tierra y las piedras se desprenden, uno se va para abajo no más. Ya pasó con cuatro o cinco personas mayores, y hasta un botija de cinco años... ¡Se los tragó el pozo!” el discurso detallado sin aburrir del anciano vendedor de refrescos, cigarrillos sueltos, galletitas, condones baratos, banderitas para turistas; llevaba cargada la mercancía en un triciclo de buen tamaño y ruedas amplias.

Leandro creyó imaginar en los ojos del empobrecido mercader una especie de agua traspasada por finos canales de sangre en tránsito de coagulación.

“Presión muy alta tiene este tipo... será por el vino... y cargando tantas cosas...” fue su probable autodiálogo. Pero a veces hay como un impulso de hablar, como si desde las primeras neuronas de la especie se nos indicara esa tendencia inevitable, necesaria o no.

Entonces pasó del breve soliloquio a la comunicación sonora:

“No sabía de esos accidentes... tampoco que se habían escarbado el cerro hasta el fondo para extraer magnetita y minerales de hierro. O alguien me lo dijo en Cuauhtepeque, y no significó mucho esa información al estar uno tan lejos... Porque esto es como una pesadilla de la famosa posmodernidad, o es de ciencia ficción pura... Si abajo se ven máquinas meneándose, levantando carradas de tierra... ¿Cuántos árboles murieron, cuántas casitas tumbaron? ¿No había huertos que producían para la ciudad? ¿Cuánto hace que empezaron con esta mierda? Seguro que le dieron chance a empresas extranjeras, por mejor tecnología... aunque si fueran nacionales, no habría tanta diferencia: un subcontrato y chau. ¿Y este gobierno que va a hacer con el agujerazo? Si no lo tapan, ¡será un hoyo negro que se tragará todo! ¡Y además se ve a un costado, el inicio del ducto enorme para separar tierra de minerales... a costa del agua del Pantanal, sin contar con la suciedad en la bahía! No sé para que vine hasta acá arriba... Ah, ¡si pudiera inventarme un sueño distinto!”

“También murieron varios obreros, no había seguridad para nadie, señor. Hubo huelgas por eso, pero la obra siguió... Dicen que ya no quedan metales de valor... Se llevaron todo, nos dejaron el agujero. Dicen también que hay un proyecto de las mismas

empresas para rellenar el hueco con la basura de la ciudad, y hasta de algunas ciudades vecinas... del otro lado del río y del norte, ¿qué me dice? Bueno, a mí me favorece, siempre hay gente que solo le gusta mirar para abajo... no lo digo por usted... y así le vendo lo mío y saco para la diaria..." acabó su informe el refresquero, borrándose de esta desequilibrada crónica.

Leandro terminó su agua mineral, pasó un fatigado pañuelo por la boca en trámite de sequedad y lanzó la botella de plástico inmortal -doscientos metros en dudosa curva- hacia el oscuro centro del pozo.

No nos hace falta adivinar lo que de seguro pensó:

"¡Así debe ser el culo de Dios! ¡Con todo y semen del Diablo!"

"¡Levantate, hijueputa! A ver, mostrame tu cédula de identidad... Rapidito, ¡eh!"

El hombre Leandro en su cara sintió el polvo de saliva y la ácida agresión microbiana. Puso el cuerpo en ángulo más o menos recto y luego colocó los zapatos sobre la arenilla que rodeaba aquella banca de una plaza pública ignorada por los mapas oficiales de Ríomar.

Suele ocurrir que la gente carraspee y tosa en tales coyunturas, y Leandro carraspeó y tosió. Luego, manoteó, extrajo, exhibió y entregó sus incompletos documentos.

De los dos agentes de seguridad nacional, el de más corpulencia examinó los pocos papeles. A medio susurreo dijo a su compañero:

"Parece que es éste, ¿viste? Estaba fichado desde antes, cuando el gobierno de facto..."

"¿Por dónde entró? ¿Quién pasó la información?"

"Por la zona del Pantanal, el puente sin nombre... Ahí tenemos a un tipo, encubierto como mesero. Es un vendido, primero anduvo metido en la izquierda, se corrió para el centro, se hizo rosado y ahora colabora con nosotros... No es de confianza, pero hasta la caca sirve en el laburo que tenemos..."

"Como nos dijo el instructor ideológico: no tenemos amigos, tenemos intereses. ¡Todo sea por la doctrina de seguridad nacional...!"

"¿Qué te pasa? Menos charla y más acción... Escuchame, Leandro no sé qué. Tenés que renovar los putos documentos, si no vas a la jaula, ¿ta?"

"Sí, los renuevo... pero hoy... no hay dictadura..." una voz no muy límpida.

"¡Aquí solo hubo un proceso, no una dictadura! En este paisito somos un ejemplo mundial de democracia! ¡O sos demócrata o vas a la gayola!"

"Pero, con todo respeto... ¡un demócrata no precisa documentos para probar que es demócrata!"

"¡Claro que sí, cabrón! Si no los tenés al día, quiere decir que algo hiciste... ¿Qué

eras: tururupa o comunista o socialata?”

“Mejor te llevamos a la central de policía, para ver si te dan los jodidos papeles. Y tenés que probar tu salida del país y cómo entraste de vuelta, ¿ta? Todo legal, eso queremos, así no hay pedo.”

Leandro acomodó sus ropas alisando telas contra el cuerpo, calzó lentes y gorra, pidió para orinar al pie de un sólido eucalipto.

“Aguantate unos minutos, mariconazo. Nos vamos en la patrulla, podés mear en la estación. Además, está prohibido aliviarse en zonas públicas y menos contra un árbol propiedad del ayuntamiento...”

(Breve y necesaria transición.)

“Señor Leandro Vega en lo Alto, pase, pase por favor...” la suave orden de una funcionaria cuya similitud general con Rosita, ¿la recuerdan?, dificultó la respiración del dueño transitorio de aquel nombre y aquel apellido compuesto.

“Gracias, señorita...”

En lo inmediato comenzó el preguntadero. Solo ellos dos, era extraño, en un cubículo de vidrios opacados por ligeras mugres. Los agentes habían entregado a Leandro como un paquete más, una cosa que, según fuera ingresando al sistema que la estación policial representaba, iría desmemorizando la propia existencia bajo amenaza de iniciar la supuesta vida que querrían adjudicarle.

“Ahora será la pura plática, no hubo plantón previo, ni veo a nadie con pinta de torturador...” una afirmación silenciosa.

“Sírvase ponerse cómodo, señor. ¿Desea usted un cafecito con crema?” la atenta y retórica voz de la doble de Rosita.

“Café solo, bien negro, gracias... dos de azúcar...”

“Señor, usted ya nos confirmó sus datos generales en la oficialía de partes, donde empieza el registro... Pero necesitamos una firme información sobre su salida del país y, claro, su regreso. Al finalizar el régimen de facto, fueron destruidos inexplicablemente muchos archivos. Ahora disponemos de ordenadores de primer nivel, obsequio de gobiernos amigos... Queda entendido que esta entrevista es confidencial, es entre el Estado Esteño y usted, como ciudadano que jura decir al verdad. La seguridad para nosotros es tema esencial. Observe que la recuperación de la democracia nos obliga a ser más que estrictos en tal sentido, diríamos que estrictos hasta la dureza... En fin, hemos comparado las diferentes versiones sobre sus datos personales y familiares, y llegamos a una definición definitiva. Lo fundamental, pues, ya está resuelto. Pero, reitero, la carencia originada por los archivos eliminados, no se sabe por quiénes o por orden de quién, nos obliga a molestarlo con varias preguntas, ¿de acuerdo?” fue el preciso discurso de la doble

de Rosita Pérez (¿stunt, en inglés?, porque aquello era de película).

“¿Entonces? ¿Cuál es la primera pregunta?” un Leandro en trance de reponerse ante un olfateado peligro.

“¿Cuántas armas y de qué tipo trasladó usted a la frontera norte antes y después del gobierno de facto?”

“Perdón, debe decir dictadura...”

“Las definiciones son mías, usted conteste, nada más...”

“¿Armas? Ninguna... ¡Pero dígame! ¿En qué país respiramos ahorita? ¿O la dictadura sigue de otra manera? Señorita, o me sueltan o traen a mi abogado...”

“¡Qué abogado ni un carajo! ¡Los delitos cometidos por los comunistas no prescriben! ¡Siempre en la joda de meter el socialismo en el pueblo! ¡No entienden nada, eh! ¿Qué es eso de derechos humanos, eso de verdad y justicia? ¡Solo nuestra democracia es lo que sirve al país! ¿O no se enteró este señor de la Operación Olvido? Oficial Rosita, se acabó el interrogatorio, cierre los nuevos archivos. ¡Nos llevamos a este cabrón...!” así fue la intervención insólita del uniformado cuyo nombre no sabremos nunca y que hizo estremecer la mugrosa estrechez del cubículo de vidrio.

“Pero... mi coronel, me disculpa... en realidad, no tenemos nada contra el detenido. Es necesario sistematizar, relacionar la información pasada con la presente coyuntura... en fin, profundizar en la investigación. Dadas las vinculaciones de esta persona con mucha gente de la izquierda, del sindicato de periodistas, del gremio de profesores de secundaria y de preparatoria... a más de que se le reconoce como escritor, habría oportunidad de ampliar muchísimo no solo su archivo, sino el de dirigentes y militantes subversivos de todo pelo. Señor coronel, el detenido no es un pez flaco... El Departamento de Investigación Ideológica, que yo dirijo, le ruega se me permita continuar con el interrogatorio para beneficio de la seguridad interna de la nación...” así se manifestó la oficial Rosita Pérez ante el exacerbado coronel.

“Oiga, oficialita, ¡me lo llevo igual! ¡Este hideputa terrorista me pertenece!”

“Mi coronel, es esta una estación de la policía, ¿verdad? Y usted es miembro del ejército de tierra. Ya no existen aquellas fuerzas conjuntas. Yo debo cumplir mis obligaciones, y usted cumpla con su deber en el ámbito militar...”

“¡Callate, putita! ¡Te acostás con cuanto policía se acerca y ahora me venís a darme cátedra! Vamos, muchachos, me arrear a este cabrón...”

Habían reaparecido de golpe los dos agentes, ¿los recuerdan?, pero fueron neutralizados y sustituidos por un cabo y tres soldados. Leandro fue llevado en brutal arrastre hasta una camioneta sin placas, de cristales color humo gris, y trasladado hacia las instalaciones traseras de la prisión exclusiva del ejército de tierra. De allí, al sótano, a

las celdas y a los sitios de castigo que no habían dejado de funcionar del todo. Leandro desconocía toda referencia a tal establecimiento, por eso acá no asentaremos calle y barrio de ubicación, ¿no?

“¡Quién puta le fue a cantar a este miserable coronelito que yo estaba en la estación de la poli? Yo quería ese interrogatorio, me hacía... me hace falta... Era un asunto conmigo, no con ellos... Es que los otros, los cavernarios o fascistas o quienes sean, te inventan de tal modo que uno se va tragando esas imágenes, las va modificando... así, uno se parece a lo que ellos desean porque también uno, por cobardía o inconsciencia, quiso que fuera así... ellos te inventan un disfraz... terminan por no ver tu vera figura, el humanido de adentro... pero desconfían de toda imaginación, hasta de la propia, se agarran de sus ideas lineales y entonces te tiran con todo... Hay jodidas leyes que los protegen y la democracia neoliberal agradecida...” soltaba su discurso el hombre Leandro, como en un autosusurro.

Y se agregó en tal disertación ‘en sí’:

“Estoy muy cierto de que era la Rosita Pérez... no puede haber una persona tan igual a otra, hasta la voz, los nombres... Pero, ¿quién es capaz de bailar todas las músicas al mismo tiempo? Eso pasa en las pesadillas... las transmutaciones, la simultaneidad de los sucesos, los principios de la física que se diluyen... ¿Pero qué coños puede importar eso? Estoy en cana de vuelta, y ya vienen los cabrones con sus garrotes, sus pinzas, sus guantes de cuero de res... Pero la historia no se repite del todo, vaya la novedad... Se parece, por supuesto, y nos confunde, pero es que no hay clonaciones en eso del tiempo... Lo de mayor relevancia está en las variaciones que nuestra especie tiene conciencia de realizar... Buscar nuestra verdad, hacerla, respirarla con otros hasta el fin... ¡Qué tonto automensaje!”

Lueguito no más, el hombre Leandro, echado sobre una colchoneta de telas traspasadas por hedores en congelación y vómitos petrificados, ordenó un descenso de los párpados para ver la sombra de sus verdugos. La convicción de no morir le ayudó a aguantar la primera andanada de puñetazos, la serie ritual de patadas, el ritmo de los garrotes de goma, los pétreos puños del Caudillo en la cara de Leandrito, el dolor en la pierna de torpe futbolista, las piedras que rozaron los ágiles huesos, hasta los golpes en la cabeza del padre...

Al rato, sin saber que estaba inconsciente, quiso ver a través de los párpados los plantíos de viña, el faro del cerro en noche de estío, la densidad verde de algún parque, la belleza de la madre disuelta en ceniza, la torre del estadio futbolero, la espuma enredada en las playas de arena dulce, la pelota de trapo que un niño persigue, la espada de Don José Aragón más alta que todos los obeliscos, el moreno albor de una mujer

desnudándose, las tricolores banderas de la unidad, la mirada del padre muriente, los rojos estandartes que envuelven las armas enterradas, la luz única del Sur que se queda metida en los huesos.

Sin que nada o nadie lo anunciara, en la cabeza de Leandro se encendió un dolor sin antecedentes; levantó las erráticas manos para desviar o apaciguar una nueva agresión al sentir que su cuerpo levitaba durante un segundo, quizá dos. Y alzó también los gimientes párpados: en los aires diurnos nadaban fragmentos de luz, señales de movida volatería, hojas de asombrosa levedad.

Una mano había tocado su hombro, el izquierdo, pues Leandro solía dormir sobre el lado opuesto.

“Señor, señor... Mire que llegamos. Agradezco a Alá, grande y misericordioso, que usted pueda encontrarse con su gente, en su ciudad. Yo no entro en Ríomar, prefiero los caminos que marchan conmigo. Es que no hay caminos, Alá el benefactor lo enseña así, pero son pocos los que entienden Su silencio, porque Él, alabado sea, ya no habla con palabras. Sus palabras están en el Libro, y día con día nos entrega Su silencio, y de ese silencio está hecho el Libro primero. Tal vez, si Alá el bondadoso lo permite, nos encontremos en este mismo punto, porque cada punto es también un camino... Que Alá el transparente vea el fondo de su corazón de usted, habibi...” esa fue la alocución -fielmente traducida del araboespañol- de Aziz Hussein, el ferviente palestino que decidió continuar su rumbo hacia el oriente, la lejana patria del padre Sol.

El hombre Leandro, al cabo de bajar con explícitas dificultades del carretón hospitalario, afirmó los zapatos entre el polvo, las mínimas piedras, las cáscaras desechadas, las deyecciones perrunas, los papeles semienterrados, y así contempló el brazo en alto de Aziz Hussein y su espalda vestida en algodones blancos y verdes, las orejas tensas y las pacientes patas del caballo, tordillo con raras manchas, que bien pudo llamarse Clavileño.

Verticalizado en su nueva realidad, la sed y el hambre de súbito lo acosaron. Enfrente de aquella estrada como una frontera, vio algunas casas de ladrillo expuesto y tablas desaparejas. Entre ellas, una puerta entornada y encima un letrero sin muchas pretensiones: ‘Bar La Redota’. El frente del local estaba pintado en horribles tonos azules y amarillos, asombrosa analogía con los cielos y los soles de la República Esteña.

Cuando ya casi cruzaba la mitad de aquella calle fuera del nomenclator urbano, una sombra transfigurada en persona se ubicó a su lado izquierdo. Y dos manos de oscura apariencia le apresaron el brazo con extraña suavidad. La voz del anciano era reflejo de su fino esqueleto, de su pelo transparente, de su cara de infante en soledad, de su bastón de liviano metal, de su ropa adulterada por la liviandad de una mugre sin tiempo.

“Señor, ayúdeme a pasar al otro lado... por favor. Esta es una calle abierta, el aire lo lleva a uno a cualquier parte...”

“Sí, por supuesto, apóyese en mi brazo... Pero, ¿cómo pudo ubicarme?... digo, por su impedimento...”

“Yo vivo muy cerca. Espero a que llegue la carreta del turco Hussein, y si alguien baja le pido que me cruce...”

“Si le sirve así, qué bueno... Para algo están los otros, ¿no cree?”

“No siempre, a veces me escupe algún caminante... o me insultan feo... o me tuercen el rumbo... Por eso también aprendí a cruzar de solito...”

Estaban ya frente a la puerta del bar, subiendo una adelgazada banqueta. Olores a cerveza, a fiambres, a pan rancio, a letrina.

“Señor, si me permite, aquí nos separamos... La verdad, es que tengo hambre y sed atrasadas... vengo cansado, como quien vuelve de un largo viaje... Y otro viaje empieza enseguida... Ah, perdón, ¿no quiere tomar algo para refrescarse?”

Atraída o tentada por la plática, la representación material del mesero o dueño del bar se asomó al presentir un par de clientes en un día que recién se iniciaba.

“Le agradezco, señor... Pero ahora somos tres... Creo que su camino aquí no debe interrumpirse” y aquellas manos finísimas insistieron sobre el brazo del hombre Leandro.

El tercer hombre miró, escrutó, escuchó, reingresó al local, levantó el tubo de un teléfono negro, habló escuetamente, dejó el aparato en su nicho, apoyó los codos en el mostrador como quien sabe esperar.

Al arribar a la esquina, o sea, al cruce de la calle con una desleída avenida de costoso asfalto, el anciano indicó con un lento gesto de su bastón un horizonte de imprecisas vibraciones.

“Nunca he cruzado esta avenida... pero decía mi abuelo que siempre hay chance de una primera vez, ¿no le parece?”

“A cruzar, pues... ahí hay una parada de ómnibus... Justo lo que precisaba. ¿A dónde irán? Ya ni me acuerdo...”

“Mire, yo sé que está hambriento, pero no se apure, ya comerá después... Faltan unos pasos para llegar, ¿ve? Lo que importa es el viaje, no el destino. Algún sabio dijo eso no sé cuándo...”

“¿No habrá sido su abuelito, señor?”

“Bueno, llegamos. Vaya de una vez. Si vuelve, por aquí me encontrará, pero nunca entre en el bar ‘La Redota’. Ni los sueños ni la realidad son lo que parecen...”

El anciano se volvió para atravesar la avenida. El hombre Leandro le puso los ojos en la espalda hasta que lo vio entrar en territorio conocido, en su segura provincia de

sombras. Enseguida tomó el último puesto en la fila de espera para subir al autobús de la línea 149. El chofer-cobrador, un mulato de rápidos meneos, le recibió los doce pesos justos. Se acomodó en el único lugar sin nadie, que daba al pasillo. En el asiento de la ventanilla, una muchacha abrió un libro en la primera página. Leandro miró un inesperado título, y más abajo leyó una firma en letra redonda y tinta azul: María Laura, o algo así.

Ciudad de México, 30 abril / 5 septiembre 2011

F I N (¿?)

Volver... volver, Saúl Ibargoyen

Propiedad literaria © 2013 por AUTOR

Todos los derechos reservados, incluyendo el derecho a reproducir los materiales en su totalidad o en parte, o a su difusión por cualquier medio de comunicación.

diseño de cubierta del ebook por The WriteDeal

TheWriteDeal © 2013

www.thewritedeal.org

THEWRITEDEAL
